

**Rosemary Sutcliff**

# Las aventuras de Odiseo

La historia de la Odisea

*índice*

0	prólogo	1
1	el saqueador de ciudades	2
2	los cíclopes	3
3	el señor de los vientos	7
4	la hechicera Circe	9
5	el reino de los muertos	12
6	peligros del mar <<62>>	15
7	Telémaco busca a su padre	18
8	adiós a Calipso	21
9	la hija del rey	24
10	los juegos feacios	28
11	el regreso a Ítaca	31
12	el mendigo en el rincón	35
13	el concurso de tiro con arco	39
14	la matanza de los pretendientes	42
15	paz en las islas	46
	el escenario de la Odisea	49
i:	introducción	50
	personajes	56
	actividades	60

# el profanador de textos

## profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).  
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

## profanar.

(Del lat. *profanāre*).  
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.  
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©  
Todos los derechos reservados

## confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



## con respecto a este libro

Título: ‘Las aventuras de Ulises. La historia de la Odisea’

Autor: Rosemary Sutcliff

ISBN: 84-316-4471-0

Editorial: Vicens Vives

Fecha de impresión. 1999

primera pedeeeficación:  
marzo 25, 2017

actualizaciones:

## para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a [elprofanadordetextos@yahoo.com](mailto:elprofanadordetextos@yahoo.com), poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a [elprofanadordetextos@yahoo.com](mailto:elprofanadordetextos@yahoo.com), poniendo en el ‘Asunto: Típear.’ Gracias.

## GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

## BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf’ fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

## párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número <sup>(02)</sup> o un número y una letra <sup>(02c)</sup> al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

**si accede a este texto desde la Antroposofía**

una nota del profanador de textos

Esta narración del texto homérico se basa en los conceptos literarios de la sociedad moderna.

El ‘Ulises’ (romano) del título original ha sido cambiado por ‘Odiseo’ (griego).

Téngase en cuenta que la interpretación y comentarios representan, en su mayoría, ‘casi exactamente’ lo que Rudolf Steiner define específicamente como la forma incorrecta de interpretar los mitos, debido a la visión materialista:

*“Para quien conoce los hechos subyacentes ese estudio comparativo de las religiones es de lo más irritante de la tendencia científica moderna, precisamente porque la comparación se circunscribe a la menudencia externa y accesoria.” [121:08:05]<sup>1</sup>*

Sin embargo, la mayoría de las notas (indicadas como [N. del Au.] o [N. del Ed.]) pueden resultar útiles para un mejor entendimiento del texto. Entender el significado ya es otra cosa.

En todo el documento se ha usado ‘Odiseo’ (grigo) en lugar de ‘Ulises’ (latino). ♣

<sup>1</sup> Steiner, Rudolf. ‘Almas nacionales y su misión.’ [GA121] [n. del pr.]

## 0 prólogo

He relatado ya en otro libro la historia del sitio y la guerra de Troya.<sup>1</sup>

En esa historia se hablaba de cómo la bella Helena abandonó a su esposo Menelao, rey de Esparta, para marcharse con el príncipe Paris a Troya, y de cómo, respondiendo al llamamiento de Agamenón, el gran monarca de los griegos, se reunieron las naves negras de todos los reinos e islas de Grecia, haciéndose a la mar para conquistar Troya y recuperar a Helena.

El sitio duró nueve años, y en ese tiempo muchos grandes héroes, griegos y troyanos, murieron combatiendo.

Sin embargo, gracias, a un ardid de Odiseo, rey de Ítaca —no en vano se le conocía como el ‘fecundísimo en recursos’—, un puñado de griegos, se escondieron en el vientre vacío de un enorme caballo de madera.

Cuando los troyanos e introdujeron el caballo en la ciudad, aprovechando la oscuridad de la noche, los griegos abrieron sus puertas para que entrasen sus camaradas de armas.

Así fue conquistada y saqueada Troya.

<sup>1</sup> Sutcliff, Rosemary. ‘Naves negras ante Troya’ es una recreación de la *Ilíada* de Homero. [N. del Au.]

Los hombres fueron pasados a degüello y todas las mujeres fueron convertidas en esclavas, a excepción de Helena, cuyo esposo la recibió en su nave con todos los honores para volver a hacer de ella la reina de Esparta.

Y las naves negras regresaron a sus hogares.

Una vez en alta mar la poderosa flota se dividió, y cada jefe marcó el rumbo que habría de devolverlos a las anheladas playas.

Algunos las alcanzaron sanos y salvos; la desgracia cayó sobre otros durante la travesía, y hubo quienes, como Agamenón, regresaron a salvo a su hogar, pero encontraron la muerte a poco de llegar.

Esta es la historia de Odiseo y de las muchas aventuras que, de regreso a Ítaca, vivió durante su largo viaje por mar. ♣

## 1 el saqueador de ciudades

Muy poco después de que Odiseo separase sus doce naves del grueso de la flota, el viento del sudeste le llevó hasta la costa de Tracia, cerca de la ciudad, de Ismaro, situada entre las montañas y el mar.<sup>2</sup>

Los tracios habían sido aliados de Troya durante la reciente contienda, y los hombres de Odiseo todavía se consideraban en guerra con ellos, por lo que nada más desembarcar, entraron a saquear la ciudad, respetando tan sólo la casa de Marón, sacerdote de Apolo, que estaba rodeada de un bosquecillo de laureles sagrados.<sup>3</sup>

El sacerdote, hombre rico, agradecido por el trato recibido, hizo espléndidos regalos a Odiseo cuando

se separaron: oro en abundancia, una cratera<sup>4</sup> de plata para realizar mezclas y doce grandes tinajas de un vino tan oscuro, tan denso y tan fuerte que, a la hora de suavizarlo, sólo se necesitaba una medida de vino por cada veinte de agua.

Los hombres de Odiseo, cuando terminaron el pillaje\* y regresaron a sus naves con el botín, no quisieron hacerse a la mar aquella misma tarde, desoyendo los consejos de Odiseo: al ver que disponían de abundante vino y de ganado bien cebado que sacrificar, se quedaron en la orilla toda la noche, comiendo y bebiendo.

Mientras así descansaban, algunos habitantes de la ciudad corrieron a avisar a sus vecinos de las granjas cercanas y de los pueblos del interior.

Los recién avisados se vistieron para la guerra, empuñaron sus armas y se deslizaron en silencio aprovechando la oscuridad de la noche. Y al amanecer atacaron a los griegos que seguían en la orilla.

Los hombres de Odiseo, pese a tener la mente poco clara por haber comido y bebido en abundancia, lucharon con brío durante toda la jornada, pero al empezar a ocultarse el sol hubieron de retroceder hacia sus naves, por lo que, cuando zarparon para dirigirse a alta mar, habían dejado más de setenta compañeros muertos sobre la playa.

Entonces Zeus, el amo del trueno, desató contra ellos al furioso viento Bóreas, desencadenando una terrible tempestad.

Y durante nueve días con sus noches los vientos contrarios los llevaron perdidos a través del impetuoso mar, hasta que al décimo encontraron refugio

junto a las blancas arenas de una isla verde y paradisíaca, lugar donde atracaron las naves.

Amainada la tormenta, desembarcaron para aprovisionarse de agua potable en un manantial que corría entre helechos y musgo; y Odiseo envió a tres hombres en busca de los isleños, a fin de manifestarles sus intenciones pacíficas, con la esperanza de obtener alimentos y ayuda para el viaje.

Pero los tres enviados no regresaron y, al cabo de algún tiempo, Odiseo y dos de sus compañeros fueron en busca de los desaparecidos.

Pronto descubrieron que los pacíficos habitantes de la isla no comían otra cosa que el dulce fruto de los lotos que allí crecían, y que cualquiera que probara aquel alimento se olvidaba por completo del pasado, perdía todo deseo de vida activa, y su única ocupación era dormir, gozando de sueños felices y olvidado por completo del mundo.<sup>5</sup>

Odiseo halló finalmente, perdidos entre los isleños, a los tres marineros, que sonreían felices, con la mirada ausente y sin intención alguna de regresar a sus hogares.

Supo entonces que se encontraban en el país de los lotófagos —los comedores de lotos— y que sus hombres habían comido el fruto del loto.

De nada servía llamarlos por su nombre, ni recordarles las familias que esperaban su regreso.

<sup>2</sup> Esta ciudad de Tracia (noreste de Grecia) pertenecía al pueblo de los cícones, que, bajo las órdenes de su jefe Méntor, había ayudado a Príamo durante el largo asedio de Troya. Aunque muchos de los lugares que se mencionan en el libro no han podido identificarse con certeza, en [‘el escenario de la Odisea’] podrá verse la posible localización de algunos de ellos. [N. del Au.]

<sup>3</sup> El árbol del laurel era un símbolo sagrado de Apolo desde que su amada Dafne se transformó en dicho árbol para evitar los requerimientos amorosos del dios. Por eso a los poetas y artistas, protegidos de Apolo, solía coronárseles con ramas de laurel. Los cícones de Ismaro descendían de Cicón, hijo de Apolo, de ahí que se le tributara un culto especial en aquella tierra a este dios. [N. del Au.]

<sup>4</sup> cratera: 1. f. Arqueol. En Grecia y Roma, vasija grande y ancha donde se mezclaba el vino con agua antes de servirlo. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>5</sup> Los lotófagos (‘comedores de loto’) eran un pueblo mítico del que se dice que habitaba en el norte de África o en la isla de Dyerba. [‘el escenario de la Odisea’] El historiador griego Heródoto refiere que el loto es una planta que por su tamaño se parece al lentisco (‘arbusto de madera dura y rojiza de cuyos frutos se extrae aceite’) y por su dulzor al dáttil, y Polibio, en su detallada descripción, parece identificarlo con el azufaifo (‘árbol cuyo fruto de forma elipsoidal es dulce y comestible’). [N. del Au.]

—¡De pie! —les ordenó—. ¡Vamos, poneos de pie y seguidme!

Con la ayuda de sus dos compañeros, Odiseo logró levantarlos y los condujo a la fuerza hasta las naves.

Una vez allí, los ató de pies y manos, los arrojó a bordo, gritó a sus hombres que izaran velas, y, una vez más, pusieron proa hacia alta mar. ♣

## 2 los cíclopes

Después de siete días de navegación, la flota de Odiseo llegó a una isla de colinas bajas agrestes, con una bahía muy profunda en primer término.

En la entrada de la bahía encontraron un hermosísimo islote que, por su aspecto, no parecía tener más habitantes que las cabras monteses que allí pastaban.

Vararon<sup>6</sup> las naves en el lado mejor protegido y más cercano a tierra, y, como la noche había caído ya, se entregaron al sueño.

No bien se descubrió la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, Odiseo y sus hombres quedaron admirados del islote adonde habían ido a, parar.

Los dioses les procuraron abundante caza, y, a la puesta de sol, se dispusieron a comer la carne de los animales recién sacrificados y a beber el dulce vino que les había regalado Marón, contentos de poder olvidarse del mar, cuyas olas golpeaban con violencia la costa opuesta del islote.

Al día siguiente Odiseo rogó a los demás que se quedaran en el islote, se embarcó en su propia nave

y, acompañado de su tripulación y con un odre<sup>7</sup> de excelente vino tinto para caso de necesidad, fue a ver qué clase de gente vivía en la isla principal.

Desde el islote se divisaban las humaredas de fuegos distantes y se oían incluso los débiles balidos de ovejas lejanas.

De nuevo, como en el caso de los lotófagos, el héroe paciente quiso averiguar si aquellas gentes eran peligrosas.

La nave tardó poco en cruzar la bahía, y Odiseo, después de elegir a doce miembros de su tripulación, se dirigió hacia el interior de la isla.

No habían caminado mucho cuando descubrieron una enorme cueva, con una entrada de gran altura, sombreada por algunos laureles; a su alrededor encontraron corrales con vallas de enormes piedras, semejantes a los que disponen los pastores para guardar sus rebaños durante la noche.

Los corrales estaban llenos de ovejas y cabras, pero no había rastro alguno del pastor, por lo que Odiseo y los suyos pensaron que estaría apacentando sus rebaños.

Los recién llegados entraron en la gruta y examinaron con admiración lo que contenía aquel recinto.

Junto a establos repletos de corderos y cabritos, hallaron grandes cestos llenos de quesos, enormes vasijas rebosantes de leche, pero ni la menor señal de su propietario.

Los compañeros de Odiseo quisieron coger algunos quesos y todos los corderos y cabritos que pudieran transportar, para regresar con ellos inmediatamente al barco.

<sup>6</sup> varar: 1. tr. Sacar a la playa y poner en seco una embarcación, para resguardarla de la resaca o de los golpes de mar, o también para carenarla. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>7</sup> odre: 1. m. Cuero, generalmente de cabra, que, cosido y empegado por todas partes menos por la correspondiente al cuello del animal, sirve para contener líquidos, como vino o aceite. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Pero Odiseo, picado por la curiosidad, quiso contemplar al dueño de la gruta antes de marcharse.

De manera que comieron algo de queso, porque tenían hambre, y aguardaron en el fondo de la gruta a que volviera su propietario.

A la caída de la tarde oyeron balidos, ruido de pezuñas y todas las demás señales que anuncian la proximidad de un rebaño.

Una enorme sombra se proyectó sobre la entrada, y enseguida apareció un monstruo con figura de hombre, pero de mayor tamaño que ningún mortal, y con un solo ojo, completamente redondo y espantoso, en el centro de la frente.

Al verlo, los griegos comprendieron que habían ido a parar a la tierra de los cíclopes, hijos de Poseidón, dios de los mares, unos seres que vivían en grutas con sus rebaños y no plantaban ni sembraban, porque las viñas y el trigo crecían para ellos sin necesidad de cuidados.

Y también comprendieron que sus vidas peligrosaban.<sup>8</sup>

Una vez dentro de la cueva, el gigante descargó con gran estrépito la enorme carga de leña que traía a la espalda, destinada a alimentar el fuego con el que se prepararía la cena.

Luego introdujo en el espacioso antro a todas las ovejas, a los corderos y a los cabritos, dejando fuera de la cueva a los carneros.

A continuación, moviendo una gran piedra plana que veintidós parejas de caballos no hubieran podido arrastrar, la colocó a la entrada, a manera de puerta.

Acto seguido se sentó y empezó a ordeñar a las ovejas y a las cabras, reuniendo cuidadosamente a las crías con sus madres cuando hubo terminado.

La leche la apartó en baldes para beberla o para fabricar queso.

Durante todo aquel tiempo Odiseo y sus compañeros, inmovilizados por el terror, permanecieron en lo más profundo de la gruta, acucillados en la oscuridad.

Pero las tinieblas no podían protegerlos mucho tiempo, ya que el gigante de un solo ojo encendió fuego y, al crecer las llamas, la luz rojiza lamió hasta los más remotos rincones de la cueva, poniéndolos al descubierto.

—¡Forasteros! —rugió el cíclope al verlos, con voz semejante al entrecrocarse de los guijarros batidos por las olas en la playa—. ¿Qué os ha traído hasta esta isla atravesando el tormentoso mar? ¿Sois tal vez comerciantes, o piratas que surcan las aguas exponiendo su vida para desvalijar a cuantos caen en sus manos?

—Somos griegos —le respondió Odiseo—, guerreros del ejército de Agamenón, y hemos pasado largos años en el sitio de Troya.

»Conquistada ya la ciudad, queremos regresar ahora a nuestra patria, pero vientos y corrientes nos han arrastrado hasta mares desconocidos, por lo que hemos venido a ti con la esperanza de que, en nombre de Zeus, dueño y señor del destino de los hombres, nos ofrezcas los dones de la hospitalidad que se conceden a los huéspedes fatigados cuando se los recibe bajo el propio techo.<sup>9</sup>

Pero, a decir verdad, poca era la hospitalidad que el héroe paciente esperaba obtener en aquel lugar y, efectivamente, ninguna recibieron ni él ni sus hombres.

—Por lo que se refiere a ese Zeus que proclamas dueño y señor del destino de los hombres —dijo el gigante—, a nosotros, los cíclopes, nos importa bien poco, y lo mismo pensamos de los otros dioses —a excepción de Poseidón, nuestro padre—, porque somos más fuertes que ellos y no necesitamos obedecer otra voluntad que la nuestra.

»Y ahora, dime, ¿dónde has varado tu nave!

Sin esperar respuesta, y lanzando una estentórea carcajada, el gigante agarró a dos de los marineros acucillados y los estrelló contra el suelo con tal violencia que sus sesos saltaron por todas partes.

Mientras los compañeros de los infortunados contemplaban la escena mudos de horror, el cíclope les fue arrancando los miembros uno a uno y procedió a devorarlos como un león devora su presa, tragándose la carne humana con la ayuda de prolongados sorbos de leche.

Cuando hubo terminado se dispuso a pasar la noche tumbándose entre la tibieza de sus amontonados rebaños.

Tan pronto como se hubo dormido, Odiseo desenvainó su espada y, acercándose sigilosamente, buscó a tientas, bajo las costillas, el sitio donde una estocada atravesaría el hígado del monstruoso gigante, acabando con su vida.

Pero mientras lo hacía recordó que, muerto el cíclope, a él y a sus hombres les sería imposible salir de

<sup>8</sup> La tierra de los cíclopes se localiza en una isla que se ha identificado con Sicilia. Polifemo, el cíclope protagonista de este episodio, es hijo del dios Poseidón y de la nereida Toosa. [N. del Au.]

<sup>9</sup> La hospitalidad para con los forasteros era una costumbre ancestral y casi sagrada en todos los pueblos helénicos, y de

ella se nos ofrecen abundantes ejemplos en 'Las aventuras de Odiseo.' [N. del Au.]

## el profanador de textos

aquella cueva, debido a la enorme piedra que tapaba la entrada.

Así que, envainando la espada, volvió a sentarse entre sus compañeros, limitándose a negar con la cabeza ante sus miradas interrogantes.

Al día siguiente, cuando la Aurora empezó a pintar con sus rosados dedos las cimas de las montañas, el cíclope agarró a otros dos hombres y los devoró.

Después ordeñó a las ovejas, las sacó de aquella espantosa gruta y devolvió los corderos a sus corrales.

Finalmente colocó de nuevo la gran piedra en la entrada con la misma facilidad con que un hombre vuelve a tapar una aljaba<sup>10</sup> llena de flechas, y se marchó con sus ganados hacia los pastizales de las colinas.

Los griegos se hallaban al borde de la desesperación, pero en la mente de Odiseo, el fecundísimo en ardidés, se estaba fraguando un plan que le permitiría salvar al menos a algunos de sus amigos.

El gigante había dejado en la cueva una enorme rama de olivo, todavía verde, que se proponía utilizar cuando se secara y que, a ojos de sus cautivos, parecía más bien el mástil de un barco.

Con los instrumentos que encontró a mano, Odiseo logró separar de aquel cayado<sup>11</sup> un trozo que tenía la altura de un hombre con los brazos levantados.

Luego ordenó a sus hombres que lo alisaran y le dieran forma de punta de lanza, mientras él avivaba el fuego para ponerlo al rojo vivo.

Tomó entonces el palo, afiló un extremo y lo pasó por el fuego para endurecerlo, sacándolo en el momento oportuno y ocultándolo cuidadosamente bajo el abundante estiércol que cubría el suelo de la cueva.

Cuando el cíclope regresó a la puesta del sol, volvió a repetirse la escena de la noche anterior, salvo que en esta ocasión, tal vez intuyendo algún peligro, y pensando que los animales estarían más seguros en la cueva, hizo entrar a todo el rebaño, incluidos los carneros.

Y para los griegos fue una suerte que así lo hiciera.

Durante el día, Odiseo echó mano del odre de vino de Marón y llenó con él uno de los cuencos de madera del cíclope, sin añadir ni una gota de agua a la densa y embriagadora bebida.

Y cuando el gigante hubo consumido su espantosa cena, Odiseo se lo ofreció humildemente con las siguientes palabras:

*—Con esto rociarás la carne humana mejor que con leche. Te lo había traído para que hicieses una libación,<sup>12</sup> pero tú me pagas enfureciéndote de un modo cruel.*

El gigante bebió, chasqueó la lengua complacido y pidió más. Tres veces bebió y otras tantas Odiseo le llenó de nuevo el cuenco

Cuando estuvo de muy buen humor juró que en recompensa por bebida tan excelente haría un regalo al forastero.

*—Pero antes —añadió entre ataques de hipo—, has de decirme tu nombre, para que mis sentimientos hacia ti sean aún más amistosos.*

*—Mi nombre es Nadie —dijo Odiseo—. Así me llaman mi padre, mi madre y mis compañeros todos.*

El gigante lanzó una espantosa carcajada.

*—En ese caso me comeré primero al resto de tus compañeros y dejaré a Nadie para el final, y ése será mi regalo.*

Y, sin dejar de reír, cayó de espaldas y se durmió, a causa del abundante vino ingerido.

Entonces Odiseo sacó la afilada estaca de su escondite y, mientras calentaba la punta sobre las brasas, animaba al resto de sus compañeros, no fuera que alguno, poseído de miedo, quisiera retirarse.

Así que todos ellos, aunque ya sólo quedaban seis, le rodearon, preparados y a la espera.

Y cuando la punta alcanzó un brillante color rojo, la alzarón entre todos y, con toda la fuerza de que eran capaces, la hincaron en el único ojo del cíclope; Odiseo, entonces, la hizo girar como si se tratara de un barreno.

El enorme globo del ojo silbó como silba el agua fría cuando en ella se hunde el hierro caliente para templario, y el gigante, lanzando un espantoso alarido que hizo retumbar la roca, se arrodilló primero, para ponerse luego de pie, arrancándose de la ensangrentada cuenca del ojo la estaca todavía al rojo vivo, mientras con gritos estentóreos llamaba en su auxilio a los cíclopes que vivían en las cuevas de los alrededores.

<sup>10</sup> aljaba: 1. f. Caja portátil para flechas, abierta por arriba y con una cuerda o correa con que se colgaba del hombro. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>11</sup> cayado: 1. m. Palo o bastón corvo por la parte superior, especialmente el de los pastores para prender y retener las reses. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>12</sup> libación: 1. f. Acción de derramar vino u otro licor en honor de alguna divinidad. 2. f. Acción de libar (gustar un licor). U. m. en sent. fest. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Al oír sus gritos acudieron en tropel, pero al encontrarse fuera con la gran piedra de la entrada, le preguntaron a voces:

—¿Quién te maltrata, Polifemo, que así nos sacas del sueño con semejante estruendo?

Y el gigante rugió en respuesta:

—¡Nadie me hiere! ¡Nadie me mata con su astucia!

—En ese caso, si nadie te hiere, no necesitas ayuda de nadie —gritó uno de los gigantes—. Si estás enfermo, encomiéndate a nuestro padre Poseidón,  
»Y quizás él te socorra.

Dicho esto, los cíclopes regresaron a sus cuevas renegando, y Odiseo se rió para sus adentros.

Sin dejar de aullar a causa del dolor, el gigante ciego buscó a tientas el camino hasta la entrada de la cueva, apartando la enorme piedra para sentir en la herida el frescor de la noche; pero procedió a sentarse en la abertura, con los brazos extendidos a ambos lados, de manera que si alguno de los cautivos intentaba salir pudiera tocarlo y capturarlo.

Odiseo, sin embargo, había concebido un plan para aquella eventualidad.

Trabajando en silencio en la parte más profunda de la cueva, eligió los carneros de mayor tamaño y procedió a atarlos de tres en tres con algunos de los largos mimbres flexibles sobre los que el gigante solía dormir; luego sujetó, uno a uno, a sus hombres bajo el carnero del centro en cada grupo de tres, de manera que si el cíclope ciego los tocaba, sintiera sólo a los animales situados a ambos lados.

Finalmente eligió para sí el más fuerte y el de mayor tamaño, sujetándose con pies y manos de las espesas lanas que le colgaban del vientre.

Odiseo terminó sus preparativos cuando estaba a punto de aparecer la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos.

Poco después los animales se encaminaron hacia la entrada de la cueva, donde Polifemo vigilaba con los brazos extendidos.

El cíclope los fue palpando mientras se apretaban unos contra otros, empujándose para salir, pero no pudo descubrir a los hombres ocultos bajo el vientre de sus carneros más preciados.

El más hermoso de todos ellos, cargado con Odiseo, se presentó el último, y el gigante lo palpó con sus enormes manos, al tiempo que le preguntaba entristecido: .

—Tú, mi carnero preferido, tan orgulloso, el primero entre tus compañeros, siempre a la cabeza del rebaño...

»¿Por qué sales hoy el último?

»¿Acaso es el dolor que te causa la desgracia de tu amo, que ya nunca podrá ver tu hermosura porque le cegó un malvado llamado Nadie?

»Si tuvieses mis sentimientos y pudieses hablar para indicarme dónde se oculta!

Finalmente salieron todos.

Al llegar a campo abierto, más allá de los corrales, Odiseo liberó a sus hombres y, sin perder un instante, escogieron a los mejores animales del rebaño y los llevaron hacia la nave, que los esperaba junto a la orilla.

A considerable distancia ya de la cueva del gigante, el héroe paciente le dirigió estas palabras:

—¡Cíclope! No deberías emplear tu formidable fuerza para devorar a los amigos de un hombre indefenso.

Ahora los dioses te han castigado por tus malas acciones.

Y Polifemo echó a correr tras ellos, gritando y tropezando.

La tripulación se alegró sobremanera al verlos llegar, aunque poco después lloró la muerte de seis de sus compañeros.

Pero no había tiempo para lamentaciones, y Odiseo les ordenó que subieran a bordo a las ovejas y se dirigieran hacia el islote donde esperaban las restantes naves.

Pero al ver a Polifemo que avanzaba a los tumbo por la escarpada cima del acantilado, Odiseo, colocándose las manos delante de la boca a modo de bocina, imitó el balido de una oveja para burlarse de él.

Aquello fue una imprudencia, porque el sonido delató su posición y, lleno de cólera, el gigante ciego arrancó la cumbre de una colina rocosa, arrojándola hacia ellos.

La enorme masa cayó delante de la nave y produjo tan terrible agitación en las aguas que su reflujo empujó la embarcación hacia la costa.

Odiseo, empuñando un larguísimo remo logró que no quedase varada, mientras sus hombres se esforzaban con los remos, llevándola velozmente hacia mar abierto.

Pero como el héroe paciente aún estaba muy irritado por las penalidades sufridas, se volvió hacia tierra para gritar:



—*¡Si alguien te pregunta quién te ha cegado, dile que fue Odiseo, hijo de Laertes y señor de Ítaca, Odiseo, el saqueador de ciudades!*

Y Polifemo alzó los brazos y, lleno de dolor y de cólera, dirigió su plegaria al soberano de los mares:

—*¡Óyeme, Padre Poseidón, tú que sacudes la tierra, dios de azul cabellera!*

»*Si en verdad soy hijo tuyo y tú te glorías de ser mi padre, concédeme que si Odiseo, el saqueador de ciudades, regresa finalmente a su hogar, llegue demasiado tarde y completamente solo.*

»*Y que cuando desembarque de nave ajena, después de haber perdido a todos sus compañeros, halle en su morada nuevas y amargas cuitas.*<sup>13</sup>

Aún arrancó otro peñasco, más grande que el primero, y lo arrojó en dirección a Odiseo.

Pero esta vez la roca cayó detrás del navío y la ola que produjo empujó la embarcación hacia el islote donde les aguardaba el resto de la flota. ♣

### 3 el señor de los vientos

La siguiente etapa de su viaje los llevó a Eolia, la isla flotante del Señor de los Vientos, Eolo Hipótada.

Allí, en un espléndido palacio con murallas de bronce y separado del mar por altas y escarpadas rocas, vivía felizmente Eolo en compañía de sus seis robustos hijos y de sus seis hermosas hijas, a los que, a la manera de los reyes y reinas de Egipto, había unido en matrimonio entre sí.<sup>14</sup>

Eolo recibió a Odiseo y a sus compañeros con gran amabilidad, cobijándolos bajo su techo durante un mes, mientras su huésped le narraba el sitio de Troya y las incidencias, hasta aquel momento, de su viaje de regreso a Ítaca.

Y cuando llegó el momento de hacerse a la mar, Eolo les facilitó nuevas provisiones.

A Odiseo le entregó, pidiéndole que por ningún motivo lo abriera antes de llegar a casa, un odre hecho con una única piel de buey, en el que había encerrado a todos los rugidores vientos del mundo,

<sup>14</sup> La isla Eolia se ha querido identificar con una de las que se encuentran al norte de Sicilia. [‘el escenario de la Odisea’] Pero, si es flotante, ¿cómo podría localizarse con precisión? El matrimonio incestuoso entre hermanos, por otra parte, resulta extraño en la antigua Grecia, aunque tiene antecedentes en el matrimonio de los dioses Zeus y Hera, ambos hijos de Cronos y Rea. [N. del Au.]

a excepción de uno, un suave viento del oeste, el Céfiro, que había de llevarlos sanos y salvos hasta su destino.

El odre estaba cosido con hilo de plata y se colocó bajo los bancos de los remeros en la nave de Odiseo.

Navegaron por espacio de nueve días y nueve noches sin necesidad de tocar los remos, mientras el Céfiro abombaba dulcemente las velas; y durante todo aquel tiempo Odiseo se mantuvo al timón, sin cedérselo a nadie.

Pero al décimo día, cuando divisaron Ítaca, Odiseo, exhausto, y sabedor —por la forma familiar de las colinas visibles en la línea del ‘horizonte’— que se acercaba el final de sus viajes marítimos, se dejó vencer por el sueño.

Pero mientras dormía, los miembros de su tripulación, dominados por la curiosidad que les inspiraba el contenido del odre, comenzaron a hablar entre sí:

—*¿Qué tesoro es ése que nuestro capitán esconde con tanto cuidado, y que no debe sacarse ni examinarse hasta que lleguemos a nuestro destino?*

»*Sin duda esa gran bolsa está repleta de oro y plata, puesto que tan celosamente la guarda; y es de justicia que también nosotros recibamos nuestra parte, puesto que hemos viajado y sufrido tanto como él.*

»*Ahora que estamos tan cerca de casa, no causará ningún daño que la abramos tan sólo para ver lo que contiene.*

En ese momento se hallaban ya tan cerca de la costa que podían distinguir a las personas que encendían fuegos entre las rocas.

<sup>13</sup> cuita: 1. f. Trabajo, aflicción, desventura. 2. f. desus. Ansia, anhelo, deseo vehemente. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Entonces sacaron el odre de debajo de los bancos de los remeros y desataron el hilo de plata.

Entre rugidos y bramidos, los vientos prisioneros se escabulleron a toda prisa por el cuello del odre. Se arremolinaron, llenaron el espacio entre el mar y el cielo, y, saltando sobre las doce naves, las desperdigaron, arrastrándolas desde las costas de su patria hasta mares desconocidos.

Odiseo, despertado por los gritos de la tripulación y el fragor de la tormenta, comprendió enseguida lo sucedido y, llevado de la desesperación, estuvo a punto de arrojarle por la borda a las encrespadas olas y acabar con su vida y con sus viajes en aquel mismo momento.

Pero debía pensar en sus hombres, aunque fuesen los responsables de aquella desgracia.

Así que retomó el mando de su nave y de la flotilla zarandeada por los vientos.

Transcurridos varios días de terribles tormentas, durante los cuales perdieron la noción del tiempo, arribaron una vez más a la isla de Eolo.

Pero esta vez el Señor de los Vientos no les dio la bienvenida, sino que al verlos exclamó:

—¡Habéis provocado la ira de los dioses! ¡No hay sitio en mi casa para aquéllos a quienes los dioses odian ni tampoco me es posible proporcionarles ayuda!

»¡Marchaos enhoramala y no volváis jamás a mi isla!

Dicho lo cual los expulsó inhumanamente de su palacio, pese a la angustia que embargaba a Odiseo.

Esta vez no encontraron viento que les hinchara las velas, por lo que hubieron de remar durante todo el trayecto, sin encontrar tampoco tierra en la que cobijarse al caer la tarde, de manera que se turnaron

a los remos y siguieron navegando ininterrumpidamente de día y de noche.

Al cabo de una semana, sin embargo, divisaron tierra y, dirigiéndose hacia ella, hallaron una bahía que proporcionaba un refugio seguro con altas rocas a ambos lados de la entrada.

Odiseo ordenó a las otras naves de su flota que entraran en el puerto y echaran el ancla en sus protegidas aguas, pero condujo su propia embarcación hacia un peñasco del cabo, donde sus hombres ataron las amarras.

Luego subió a una áspera atalaya,<sup>15</sup> desde la que observó la isla.

Y muy afortunada fue para él tal decisión.

Las noches eran tan cortas en aquel lugar que, cuando apenas se habían desvanecido por poniente los últimos arreboles<sup>16</sup> del crepúsculo, ya empezaba a palidecer el cielo oriental para dar paso a la Aurora.

Y antes de que saliera el sol, desde el rocoso promontorio de la boca del puerto, Odiseo envió a tierra a tres de sus hombres para que reconocieran la zona.

Después de caminar algún tiempo divisaron una ciudad a lo lejos, pero antes de alcanzarla encontraron un pozo, bien protegido por la sombra de los árboles, donde una muchacha de largos brazos y anchos hombros sacaba agua.

Le preguntaron quién era el rey de la isla y dónde podrían encontrarlo.

—Es a mi padre a quien buscáis —respondió ella, echándose a reír—.

»Venid conmigo y os llevaré sin tardanza a su presencia.

Dicho lo cual los condujo a la ciudad de los lestrigones<sup>17</sup> y a un palacio de grandes dimensiones que se alzaba en su centro.

Pero el recibimiento que el rey Antífates les depa-  
ró no fue muy diferente del que les había dispensado Polifemo, ya que tan pronto como vio a los hombres agarró a uno de ellos, le reventó el cráneo contra una columna y exclamó que ya tenía carne fresca para la cena.

En cuanto a los otros dos, que a duras penas consiguieron escapar, corrieron desesperadamente de vuelta hacia la nave.

El rey, sin embargo, comenzó a gritar, llamando a voces a los otros lestrigones, quienes, al oírle, empezaron a acudir de todas partes en gran número, y eran de una fortaleza tal que más que hombres parecían gigantes.

Enseguida, desde las peñas de la orilla, empezaron a arrojar enormes piedras sobre las naves ancladas en el estrecho refugio.

Los dos que habían escapado del palacio real cayeron desde las rocas del promontorio a la nave atracada en la boca del puerto.

Y Odiseo, al tiempo que los veía llegar, presencié también lo que estaba sucediendo con el resto de la

<sup>15</sup> atalaya: 1. f. Torre hecha comúnmente en lugar alto, para registrar desde ella el campo o el mar y dar aviso de lo que se descubre. 2. f. Altura desde donde se descubre mucho espacio de tierra o mar. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>16</sup> arrebol: 1. m. poét. Color rojo, especialmente el de las nubes iluminadas por los rayos del sol o el del rostro. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>17</sup> lestrigón: 1. m. Individuo de alguna de las tribus de antropófagos que, según las historias y poemas mitológicos, encontró Orestes en su navegación. Diccionario RAEL [n. del pr.]

flota. Oyó los gritos y gemidos de los moribundos y el quebrarse de las cuadernas.<sup>18</sup>

Y comprendió que nada podía hacer por ellos.

Desenvainando la espada, cortó la amarra de su barco, gritando a la tripulación mientras lo hacía:

—¡Remad! ¡En el nombre de todos los dioses, remad si queréis salvar la vida!

Los remeros, impulsados por el miedo a una muerte espantosa, golpearon el agua al unísono, enviando la nave hacia adelante como un sabueso liberado de la trailla,<sup>19</sup> y de esa manera llegaron a mar abierto.

Dejaron a sus espaldas tan terrible lugar, agradecidos por haber escapado con vida, aunque llorando, mientras remaban, la muerte de tantos compañeros.

Y Odiseo comprendió que Poseidón, el de azul cabellera, había escuchado la plegaria de su hijo Polifemo, el cíclope ciego.

Porque ahora, de las doce naves y de sus valientes tripulaciones, tan sólo le quedaba una. ♣

## 4 la hechicera Circe

De nuevo navegaron Odiseo y los escasos supervivientes de su grupo hasta llegar a otra isla.

Una vez más anclaron su nave en una bahía protegida; y durante dos días y dos noches permanecieron en una playa, junto a su nave, demasiado exhaustos y deprimidos para hacer cosa alguna.<sup>20</sup>

Pero al llegar la mañana del tercer día Odiseo tomó su espada y su lanza y, dejando a los demás, se internó en busca de un lugar elevado desde donde estudiar el terreno.

Pronto llegó a una colina y, trepando hasta su cima, contempló un espeso bosque que cubría la mayor parte de la isla.

No había señal de tierras cultivadas, ni tejado que revelara la existencia de habitantes humanos, aunque en el corazón mismo de la isla, donde los árboles eran más espesos, se alzaba un único penacho de humo rojizo.

Casi se disponía ya a seguir adelante para averiguar el significado de aquel humo, cuando recordó los peligros encontrados en anteriores ocasiones.

Quizás fuera mejor regresar a la nave, conseguir que sus hombres se alimentaran para reponer fuerzas, y enviar después a un buen grupo de exploradores.

De manera que emprendió el regreso y, en la orilla de un arroyo, se tropezó con un hermoso ciervo de magnífica cornamenta que bebía a la sombra de un árbol.

Sin pensárselo dos veces le arrojó la lanza con tal acierto que, hiriéndolo en el espinazo, lo atravesó de parte a parte.

Tejió luego con mimbres una sogas como de un metro con la que trabó las patas del animal.

Después se lo echó a la espalda y se encaminó hacia la nave apoyándose en la lanza a manera de bastón.

Al reunirse con sus compañeros, los encontró tumbados en torno a la embarcación, demasiado exhaustos aún para interesarse por lo que pudiera sucederles.

Odiseo arrojó entonces el ciervo en medio de ellos, diciéndoles:

—¡Arriba los corazones! Sólo descenderemos a la morada de Hades cuando llegue el día marcado por el fatal destino. »Animo, pues, y mientras tengamos comida y bebida no nos dejemos consumir por el peor de los enemigos, que es el hambre.

Y aquella noche cenaron asado de ciervo y bebieron a discreción dulcísimo vino, por lo que se fueron a dormir con el estómago menos vacío y el ánimo más sereno.

A la mañana siguiente, Odiseo, después de dividir a sus hombres en dos grupos, tomó el mando

<sup>18</sup> cuaderna: 4. f. Mar. Cada una de las piezas curvas cuya base o parte inferior encaja en la quilla del buque y desde allí arrancan a derecha e izquierda, en dos ramas simétricas, formando como las costillas del casco. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>19</sup> trailla f. f. Cuerda o correa con que se lleva al perro atado a las cacerías, para soltarlo a su tiempo. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>20</sup> La maga Circe habitaba en la isla de Eea, que hoy los estudiosos no identifican con una isla sino con la península italiana de Circeo en la bahía de Nápoles. [N. del Au.]

## el profanador de textos

de uno y el otro se lo encomendó a Euríloco, un pariente lejano suyo.

Echaron luego a suertes —por medio de dos trocitos de madera depositados en un yelmo— quién se encargaría de averiguar el significado del distante penacho de humo.

Al agitar el yelmo, cayó fuera la madera de Euríloco, quien, con sus veintidós hombres, se internó en el bosque, mientras Odiseo y los demás esperaban junto a la nave.

Cuando el día tocaba a su fin regresó Euríloco incapaz de hablar, al principio, a causa de los horrores que había presenciado.

Sólo logró que salieran de su garganta suspiros y sollozos, mientras manaban de sus ojos abundantes lágrimas.

Al fin pudo recobrar la calma y consiguió narrar lo acontecido.

Después de atravesar el encinar, tal como Odiseo les había indicado, encontraron en el interior de un valle un hermoso palacio de piedra pulimentada.

A su alrededor paseaban lobos y leones de gran mansedumbre, que se acercaban a hacerles fiestas, irguiéndose incluso para ponerles las garras en los hombros y lamerles la cara. En el pórtico de columnas vieron, junto a un telar, a una mujer que cantaba suave y dulcemente mientras tejía la delicada urdimbre.

Uno de los hombres le dirigió la palabra, y la hermosa mujer, de aventajada estatura, vestida con una túnica de color oscuro y fantásticas joyas de filigrana de oro en los brazos y en el cabello, abandonó su labor y les dio la bienvenida.

Enseguida, abriendo las magníficas puertas del palacio, les invitó a entrar; todos, confiados, la siguieron, a excepción de Euríloco, que recelaba un

engaño y permaneció fuera, contemplando lo que sucedía a través de las puertas abiertas.

Euríloco vio cómo la mujer y sus doncellas invitaban a sus compañeros a sentarse, cómo mezclaban vino que procedieron a ofrecerles y cómo, con la mayor dulzura y amabilidad, les sostuvieron las copas para que bebieran.

Pero cuando los griegos apuraron el líquido embriagador, la dueña del palacio tomó una delicada varita de madera tallada y, uno a uno, fue tocándolos con ella; al instante les brotaron cerdas, la boca se les convirtió en hocico y empezaron a caminar en cuatro patas.

Habían dejado de ser hombres para convertirse en puercos, raspando el suelo y gruñendo alrededor de la maga.

—Entonces —dijo Euríloco, concluyendo su relato—, la mujer estalló en carcajadas y los sacó del palacio.

±»Pasaron muy cerca de mi escondite, los seguí, y vi cómo los encerraba en las pocilgas, diciendo que aquél era el lugar que ahora les correspondía.

«Pero en medio de la suciedad de las pocilgas vi cómo nuestros compañeros lloraban con lágrimas humanas.

Después de escucharle, Odiseo se ciñó la espada, tomó el arco y le rogó que volviera con él al palacio de la maga.

Pero Euríloco se arrojó a sus pies, llorando de nuevo.

—¡No me pidas eso!

»¡No puedo volver a ese lugar! ¡Y tú tampoco!

»¡Nuestros compañeros están perdidos para siempre!

»¡Y tú no regresarás nunca!

Odiseo, después de intentar darle ánimos, le permitió quedarse con los otros y se internó solo en el bosque.

Pero en el camino se encontró con Hermes, el mensajero de los dioses, transformado en hermosísimo mancebo en la flor de la edad, quien, tomándolo de la mano, le dijo:

—Veo que estás decidido a rescatar a tus hombres de las pocilgas de la maga Circe, pero tu arrojo sólo servirá para que te reúnas con ellos si no cuentas con la ayuda que sólo yo puedo proporcionarte.

Acto seguido arrancó una planta del suelo y se la mostró a Odiseo: la raíz era tan negra como la noche y las flores tan blancas como la leche.

Ningún mortal puede arrancarla, aunque todo es fácil para los dioses.

—Toma esta planta y guárdala, pues es la hierba de la vida —le dijo Hermes—; con ella el brebaje que Circe te preparará no tendrá poder para privarte de la forma humana.

»Ni lo lograré tampoco con el toque de su varita mágica.

»Pero cuando te golpee con ella, habrás de desenvainar tu espada y acometerla como si te propusieras poner fin a su vida.

## el profanador de textos

»La hechicera caerá a tus pies presa de terror, porque ningún hombre ha resistido jamás el poder de su magia.

»Y te rogará que yazgas con ella en el lecho y que le concedas tu perdón.

»Tú le otorgarás esos deseos de buen grado, pero no sin antes hacerle prometer que deshará el encantamiento que transformó a tus hombres.

»Y que renunciará a maquinando nuevos horrores contra ti y tus compañeros.

Dicho esto, Hermes se elevó por los aires para regresar al Olimpo, la morada de los dioses.

Odiseo, después de ocultar bajo la túnica la planta de flores blancas y raíz negra, de sentir su frescor al ponerse en contacto con la piel, prosiguió su camino.

Al llegar al palacio de Circe oyó cómo la maga cantaba trabajando en el telar, y empezó a llamarla mientras los lobos y los leones le hacían fiestas.

La hechicera salió a recibirle, le rogó que entrara en la casa, y le acomodó en un hermoso sillón con adornos de plata.

Luego le preparó una mezcla y echó en ella una droga que ocultaba en el hueco de la mano.

Después ofreció a Odiseo aquel brebaje en una copa de oro, diciendo:

—Bebe y sé bienvenido bajo mi techo.

El hijo de Laertes, confiando en la planta de flores blancas y raíz negra oculta bajo su túnica, apuró el líquido hasta el fondo y devolvió la copa.

Entonces la maga su varita y le golpeó suavemente, rogándole entre sonrisas que saliera a reunirse con sus amigos en las pocilgas de palacio.

Pero Odiseo desenvainó la espada e hizo ademán de atravesar a Circe con ella.

Lanzando agudísimos gritos, la maga se arrojó a sus pies y, abrazada a sus rodillas, le dijo:

—¿Quién eres, que mi magia no tiene efecto sobre ti?

»Sin duda debes de ser aquel Odiseo de quien en una ocasión el dios Hermes me anunció que pasaría por esta isla en su nave negra, de regreso a su patria, una vez concluida la guerra de Troya.

»¡Por favor, envaina la espada, para que florezca entre nosotros la confianza y la amistad!

Odiseo colocó su espada desenvainada en el cuello de la hechicera.

—Prométeme primero, poniendo a todos los dioses por testigos, que no volverás a utilizar tus artes contra mí ni contra mis hombres.

»Quizás entonces pueda nacer la amistad entre nosotros.

Todavía llorando, Circe hizo la promesa que Odiseo le exigía, y el héroe paciente envainó la espada.

Las cuatro doncellas de la maga, hijas de los manantiales y de los árboles, cubrieron entonces los sillones con hermosos tapices de púrpura, colocaron platos de oro sobre mesas de plata y mezclaron vino en una cratera.

Calentaron agua y bañaron a Odiseo, derramándole sobre la cabeza y los hombros agua perfumada hasta que desapareció todo su cansancio.

A continuación le engalanaron con nuevas prendas y lo condujeron hasta la mesa, rogándole que comiera y bebiera.

Pero él permaneció ensimismado, sin tocar ni los alimentos ni el vino, hasta que Circe le preguntó por qué seguía triste.

—¿Aún dudas de mí? —añadió—. No temas, porque he jurado no hacerte ningún mal.

—Pero, ¿y mis compañeros? —respondió Odiseo—.

»¿Qué hombre razonable pensaría en comer y regocijarse, mientras sus amigos, convertidos en puercos, permanecen cautivos y languidecen en tus pocilgas?

Circe, seguida de Odiseo, salió del palacio para dirigirse a las cochiqueras.

Una vez allí abrió la puerta, llamó a los amontonados puercos y fue tocándolos con su varita.

A medida que los tocaba volvían a ser hombres, ahora más jóvenes y bellos que antes.

Y, al ver a Odiseo, lo abrazaron llenos de alegría y luego se abrazaron unos a otros sin poder contener las lágrimas.

La maga ordenó entonces a Odiseo que regresara junto a su nave para sacarla a tierra firme, almacenando todas sus posesiones en una cueva cercana.

Y que después volviera con el resto de sus hombres, porque todos habían de ser huéspedes suyos durante algún tiempo.

Odiseo, aunque dudó unos instantes, no había perdido aún su ansia de nuevas y extrañas experiencias.

Y también pesó en su ánimo el hecho de que tanto sus hombres como él necesitaran descanso, además de provisiones y suministros, antes de hacerse de nuevo a la mar.

Aceptó por tanto la invitación de la maga y volvió a la costa con todos sus hombres; una vez allí explicó al resto de sus compañeros lo sucedido, así como su propósito de regresar al palacio de Circe.

Todos, menos Euríloco, aceptaron la invitación de buen grado, y pusieron manos a la obra para varar la nave.

Pero Euríloco seguía siendo un hombre dominado por una pesadilla, y les suplicó que en lugar de volver con Circe se hicieran a la mar enseguida, para escapar así al poder de la maga.

Odiseo desenvainó la espada, dispuesto a acabar con él, aunque fuese su amigo y pariente para impedir que contagiara su miedo a los demás.

Pero sus compañeros le rogaron que lo dejara como guardián de la nave mientras ellos se hospedaban en casa de la hechicera.

Y Odiseo aceptó.

Aún no se habían alejado mucho, sin embargo, cuando Euríloco se reunió con ellos, temeroso aún de la terrible amenaza de Odiseo.

Y así fue como todos llegaron juntos a casa de Circe y a la fiesta que ella y sus doncellas les habían preparado. ♣

## 5 el reino de los muertos

Día a día se fueron sucediendo los banquetes, mientras que por las noches el sueño los visitaba en blandos lechos, por lo que el tiempo transcurría muy agradablemente; y ninguno de los huéspedes de la maga, ni siquiera Odiseo, se daba cuenta con claridad de cómo pasaban las horas.

Porque en la isla encantada de Circe el tiempo parecía tener menos importancia que en el mundo de los hombres.

Pero transcurrido un año, cuando las flores que perfumaban los claros del bosque a su llegada a la isla abrieron de nuevo sus pétalos, los compañeros del héroe paciente acudieron a él para decirle:

—Señor, si de verdad deseas que regresemos a nuestros hogares, ya va siendo, hora de que, una vez más, empieces a pensar en Ítaca.

De manera que aquella noche, mientras sus compañeros dormían en el palacio en sombras, Odiseo fue a hablar con Circe en su habitación.

Y la hechicera, mientras peinaba sus largos cabellos negros, le dijo:

—¡Parte entonces, si es eso lo que deseas!

»Pero ni siquiera yo puedo decirte todo lo que necesitas saber para regresar a tu patria.

—¿Quién puede decírmelo? —preguntó Odiseo.

Circe siguió peinándose en silencio hasta que dijo:

—Has de ir al reino de los muertos, a las oscuras mansiones de Hades y de la hermosa Perséfone.

»Y, una vez allí, habrás de invocar al espíritu de Tiresias, el profeta ciego de Tebas.

»Sólo él posee los saberes que necesitas.

A Odiseo se le encogió el corazón, porque ¿cómo podía ir él al reino de

.. los muertos y regresar con vida?<sup>21</sup>

Pero Circe le explicó los caminos que había de seguir y las cosas que debía hacer, entregándole una oveja y un carnero negros para ofrecerlos en sacrificio en el momento oportuno.

Al día siguiente Odiseo reunió a su tripulación y la condujo hasta la nave.

Uno de ellos, sin embargo, faltó: Elpénor, el más joven de todos, después de haber bebido demasiado la noche anterior, subió imprudentemente, buscando el aire fresco, a la parte más alta del palacio, donde se entregó al sueño.

Cuando la algarabía provocada por el anuncio de la marcha le despertó, sobresaltándose, quiso apre-

<sup>21</sup> Hades y su esposa Perséfone reinaban en los Infiernos, la morada de los muertos, lugar de sombras aunque no de tormentos, como lo es el infierno cristiano. Ningún mortal podía penetrar en ese lugar y regresar al mundo de los vivos, aunque algunos héroes (Heracles, Orfeo, Odiseo, Eneas...) lograron hacerlo. [N. del Au.]

surarse todavía medio dormido, por lo que perdió pie en la escalera, y se rompió el cuello al caer.

El resto de la tripulación, que se creía a punto de hacerse a la mar en dirección a Ítaca y a sus hogares, lloró amargamente, presa del abatimiento, cuando Odiseo les informó sobre la sombría peregrinación que les esperaba.

Pero ningún provecho les proporcionaron sus lamentaciones, de modo que, sobreponiéndose a la tristeza, arrastraron la nave hasta ponerla a flote, colocaron el mástil y las velas, además de embarcar a la oveja y al carnero negros.

Entonces zarparon, y un viento enviado por Circe los empujó en la dirección deseada.

Navegaron por espacio de un día, aunque quizás fuesen varios, alejándose de la luz y adentrándose en la oscuridad, hasta alcanzar el profundo río Océano, que ciñe la tierra, y los parajes, eternamente envueltos en nieblas y a los que nunca llega el sol, donde se encuentra el melancólico bosquecillo de álamos y sauces cuya dueña es Perséfone.

Embarrancaron la nave y siguieron a pie por la orilla del río Océano hasta el lugar donde confluyen los dos ríos de los muertos.<sup>22</sup>

Una vez allí cavaron una zanja y vertieron en ella la miel mezclada con leche y vino que Circe les había entregado con aquel fin, encomendándose, mientras lo hacían, a los espíritus de los muertos.

<sup>22</sup> El Océano era el nombre que recibía un río que circundaba el disco plano de la Tierra y que marcaba sus confines (véase el mapa). Traspasado el Océano se accedía a los ríos de aguas sulfurosas, Estigia y Aqueronte, que daban paso a la mansión de Hades. Para cruzar el Aqueronte las almas de los muertos que habían recibido las debidas honras fúnebres debían pagar una moneda al barquero Caronte, que rechazaba a los muertos insepultos o a los vivos. Homero, sin embargo, parece desconocer la figura de Caronte. [N. del Au.]

Odiseo sacrificó después el carnero y la oveja, como Circe les había indicado, derramando su oscura sangre en el interior de la zanja.

Y enseguida salieron del Erebo<sup>23</sup> los pálidos espíritus de los muertos, deseosos de oler la sangre recién vertida: sombras de novias, fallecidas largo tiempo atrás, jóvenes y ancianos o infelices, y guerreros que habían perecido luchando, con la espectral lanza en la mano y las heridas aún abiertas.

Y Odiseo, sintiendo que le dominaba el terror, ordenó a sus hombres que desollasen a los animales sacrificados y quemasen las porciones sagradas en honor de Hades y Perséfone.

Y mientras le obedecían, el héroe paciente permaneció sentado y con la espada desenvainada sobre las rodillas, a fin de que ningún otro espíritu, a excepción del de Tiresias, se acercase a la sangre.

La primera sombra que se presentó fue la del joven Elpénor, para suplicar que se quemara su cuerpo, porque de lo contrario le sería imposible relacionarse con otros espíritus.

Odiseo prometió cumplir su deseo tan pronto como regresara a la isla de Circe.

Luego acudió el alma de su madre Anticlea, viva aún cuando su hijo salió de Ítaca camino de Troya; pese a la gran aflicción que le embargó, no permitió que se acercara a la sangre hasta que Tiresias la hubiera probado.

Apareció, por fin, el espíritu del profeta ciego, quien rogó a Odiseo que le dejara beber.

El hijo de Laertes enfundó la espada y dio un paso atrás.

<sup>23</sup> El Erebo es el nombre de las tinieblas infernales; como personificación divinizada se le consideró hijo del Caos y hermano de la Noche. [N. del Au.]

Después de qué Tiresias hubo satisfecho su sed, quedando fortalecido, procedió a hablar con la auténtica voz del vidente.

—*Poseidón, señor del mar, aún está enojado contigo por haber cegado a su hijo, y pondrá obstáculos a tu viaje.*

»*Tú y tus hombres podréis, sin embargo, volver sanos y salvos a vuestras costas si escuchas las advertencias que voy a hacerte.*

»*Llegarás en tus viajes a la isla de Trinacia,<sup>24</sup> donde encontrarás en sus excelentes pastos a los ganados del Sol, el del carro de fuego.*

»*Si los dejas engordar en paz y piensas sólo en volver a casa, todavía hay esperanzas de que tú y tus hombres regreséis a Ítaca.*

»*Pero si les haces daño, desde ahora mismo te anuncio que perderás la nave y a tus amigos.*

»*En cuanto a ti, si consigues evitar la suerte de tus compañeros, te veo llegar solo, en la embarcación de un extraño, a una morada llena de dolor y de conflictos.*

»*Un montón de desvergonzados asola tus posesiones al tiempo que corteja a tu reina, Penélope, que te cree perdido desde hace mucho tiempo.*

—*Bien está todo lo que acabas de decir, puesto que así lo decretan los dioses —dijo Odiseo.*

Y, al ver que el espíritu de su madre aún seguía cerca, preguntó cómo podría comunicarse con ella.

—*Cualquier sombra a la que permitas participar de la sangre del sacrificio podrá hablar*

<sup>24</sup> Trinacia: Isla donde Helios guardaba su ganado, bajo el cuidado de su hija mayor, Lampetia. [n. del pr.]

## el profanador de textos

*contigo —dijo Tiresias, cuya voz se fue haciendo más débil mientras hablaba, hasta desaparecer por completo.*

Se aproximó entonces la madre de Odiseo, y él le permitió probar la sangre, después de lo cual conversaron.

Anticlea le preguntó qué hacía en aquel lugar y le contó cómo había muerto de dolor cuando él llevaba ya muchos años ausente.

Dominado por la nostalgia, en tres ocasiones extendió Odiseo los brazos para estrecharla, pero en otras tantas el espíritu de Anticlea se escabulló como una sombra incorpórea o un sueño hasta que, finalmente, quedó completamente vacío el sitio que había ocupado.

Se fueron presentando luego otros difuntos. Entre ellos Agamenón, rey de todos los griegos y comandante supremo de las naves negras enviadas a la conquista de Troya.

Después de saborear la espesa sangre, procedió a relatar cómo, al volver a su hogar, Egisto, el amante de su esposa Clitemestra, lo había asesinado a él y a todos sus compañeros, en el transcurso de una fiesta que creyeron se celebraba para darles la bienvenida.

También él se marchó, finalmente, y vino a ocupar su sitio Aquiles, el más grande de todos los guerreros.

Odiseo le preguntó si lo honraban por sus hazañas.

Dijo que pero manifestó:

*—Antes preferiría ser siervo de cualquier campesino en el mundo de los vivos que rey sobre todos los muertos, en este país gris y melancólico*

*donde nunca brilla el sol ni crecen las flores, salvo la pálida violeta.*

Pidió noticias de sus amigos y parientes en el mundo de los vivos; y cuando Odiseo le hubo contado todo lo que sabía, se alejó a grandes zancadas, como hacía cuando estaba vivo, hasta perderse entre las sombras.

Muchos fueron los personajes que desfilaron ante Odiseo y sus compañeros: el poderoso Ajax, que no quiso acercarse porque todavía le guardaba rencor, ya que había sido el causante de su suicidio; el rey Minos, con su cetro de oro; y Orión, el cazador, con su maza de bronce jamás quebrantada, persiguiendo por los campos de violetas las fieras que en vida mató.

Vieron a Tántalo, ardiendo para toda la eternidad con el tormento de la sed. Porque si bien permanecía sumergido hasta la barbilla en un estanque de agua clara, cada vez que inclinaba la cabeza para beber, el agua descendía al instante hasta descubrir, en torno a sus pies, la tierra negruzca que un dios desecaba; y cada vez que, desesperado, alargaba la mano para apoderarse de una pera o de una granada de los frutales que tendían sus ramas sobre el estanque, un viento veloz las alzaba hasta las nubes sombrías.

Vieron igualmente a Sísifo, empapado en sudor, la cabeza envuelta en polvo, mientras se esforzaba, el corazón estallándole en el pecho, por empujar pendiente arriba una piedra monstruosa que luego, cuando ya estaba a punto de dejarla sobre la cumbre, volvía a deslizarse pendiente abajo, arrastrándolo por su gran peso, regresando hasta el llano, donde Sísifo volvía a empujarla con todas sus fuerzas.

Muchas fueron las almas que salieron de las sombras y llenaron el aire con sus gemidos, muchos eran

los fantasmas de todos los muertos desde el comienzo del mundo.

Finalmente, el miedo que había ido apoderándose de los vivos llegó a hacerse insoportable, obligándoles a regresar lo más deprisa que pudieron al bosque donde habían dejado la nave.

Soltaron amarras y se alejaron de tan melancólica costa, apartándose de las sombras para buscar de nuevo el sol.

T, empujados por el viento occidental, regresaron a la isla de Circe. ♣



## 6 peligros del mar <<62>>

Lo primero que hicieron Odiseo y sus hombres al poner pie en la isla de la hechicera fue incinerar el cadáver de Elpénor y levantar en memoria suya un túmulo,<sup>25</sup> en cuya cúspide colocaron, erguido, el remo que había levado en vida.

Luego celebraron un banquete con Circe, como en tantas ocasiones, y le contaron todo lo sucedido durante su viaje al reino de los muertos.

Llegada la noche, al comprobar que sus huéspedes seguían decididos a zarpar para regresar a sus hogares, la hechicera recordó a Odiseo los peligros que aún les aguardaban y le explicó cómo superarlos.

Le habló de las sirenas y de los peñascos errantes, Escila y Caribdis.

Odiseo la escuchó y atesoró en su corazón todo lo que ella le dijo.

Al llegar la Aurora de rosados dedos se despidieron, esta vez para siempre.

Circe regresó a su palacio mientras Odiseo y los suyos se embarcaban para adentrarse una vez más por mares desconocidos.

Al comienzo del viaje les acompañó una brisa propicia, último regalo de Circe.

Pero después de algún tiempo cesó el viento quedándose el mar en calma.

Y en el centro de aquella calma profunda divisaron, como si flotara sobre el agua, una isla semejante a un prado florido, desde donde les llegaron voces de mujeres que cantaban, un sonido tan débil que resultaba casi inaudible, pero tan dulce que parecía atraer a quienes lo oían como con un hilo de seda.

Odiseo comprendió, porque Circe se lo había advertido, que estaba escuchando las voces de las sirenas, quienes cantaban desde sus prados floridos para atraer a los marineros que pasaban cerca de la isla.<sup>26</sup>

Y supo que las flores y las hierbas altas ocultaban los esqueletos de quienes habían respondido a su llamada, muriendo víctimas de aquel dulce y extraño canto que cautivaba el alma.

Odiseo ordenó a sus hombres que dejaran de remar —porque habían empuñado los remos al cesar el viento—, y fue colocándole a cada compañero en los oídos la cera que Circe le había proporcionado.

Así, todos sus hombres dejaron de oír el dulce canto.

Pero como él deseaba ardientemente oírlo, ordenó a sus hombres que lo ataran al mástil con fuertes cuerdas y que por ningún motivo lo liberaran, por mucho que forcejeara y se lo suplicase, hasta que la isla quedase muy lejos.

Sus compañeros hicieron lo ataron, empuñaron de nuevo los remos y llevaron la nave hasta muy cerca de la isla, desde donde todos podían contemplar a

las hermosas doncellas pero no ser seducidos por sus cantos.

Odiseo, atado, no podía ser llevado, pero disfrutaba del dulce canto entre el suave chapoteo de las olas que agonizaban sobre la arena.

*Acércate aquí, oh célebre Odiseo,  
la flor de los bravos guerreros aqueos;  
atraca tu nave y escucha los cantos  
que entonan las bellas doncellas del mar  
con voces más dulces que miel del panal  
Nosotras sabemos los hechos de Troya  
Y cuanto acontece en la Tierra copiosa en  
frutos...*

A Odiseo se le llenó el corazón de nostalgia, por lo que luchó intensamente para liberarse de las cuerdas que lo ataban, gritando a sus compañeros que lo liberaran, aunque sabía que no podían oírle.

Los remeros aceleraron el ritmo de sus paladas, aumentando la velocidad de la nave, hasta que la isla se fue perdiendo a popa y dejaron de oírse las voces de las sirenas.

Luego se sacaron la cera de los oídos y desataron a su capitán, que lloraba como si hubiera perdido el mundo con todos sus tesoros.

Y así fue como superaron el primero de los peligros anunciado por Circe.

No tardaron mucho, sin embargo, en tener que enfrentarse con la siguiente dificultad.

Ocultos a medias entre el vapor de unas olas inmensas, dos enormes peñascos negros, separados por un estrecho paso delgado como un río de montaña, alzaban sus cimas hacia las nubes.

Muy cerca, bajo la roca de la izquierda, se hallaba un hirviente remolino donde Caribdis, la monstruosa hija de Poseidón y de Gea, se tragaba tres veces

<sup>25</sup> túmulo: 1. m. Sepulcro levantado de la tierra. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>26</sup> Las Sirenas son divinidades marinas, con cabeza y pecho de mujer y el resto del cuerpo de ave, que atraían a los marineros con sus cantos melódicos para hacerlos naufragar. Este pasaje se sitúa frente a la isla de Sorrento, donde las sirenas se retiraron tras ser derrotadas en el canto por las Musas. [N. del Au.]

## el profanador de textos

al día el agua del mar y tres veces la devolvía; un remolino que ninguna nave conseguía superar.

Y en una cueva en el centro del peñasco de la derecha, tenía su guarida otro monstruo, Escila de nombre, con seis cabezas sobre largos y delgados cuellos escamosos y en cada una de sus seis bocas, tres hileras de afilados dientes.

Además, Escila estaba dotada de doce largos tentáculos con garras en sus extremos, con los que se apoderaba de sus presas: grandes peces o delfines, y también seres humanos, si alguno pasaba por sus inmediaciones.

Odiseo sabía todo aquello porque Circe se lo había contado.

Pero también estaba al tanto de que los abruptos arrecifes que se extendían a izquierda y derecha, bajo la espuma de las olas embravecidas, no estaban anclados al fondo del mar, sino que flotaban libremente.

Por lo tanto, si algo trataba de pasar entre ellos —sea un barco o un ave marina— chocarían como címbalos,<sup>27</sup> triturando y destruyendo lo que apresaran.

Así, no dejaban otra cosa que cadáveres y restos de naufragio o algunas plumas manchadas de sangre.

Por esa razón los dioses las llamaban las rocas errantes.

Tan sólo se podía pasar por el estrecho entre Escila y Caribdis.

Y cualquiera que utilizara aquel terrible camino marítimo había de elegir entre Caribdis —capaz de tragarse a cualquier nave que cayera en sus garras— y Escila —que sólo devoraba a algunos hombres.

Haciendo de tripas corazón, Odiseo ordenó al piloto que acercara el barco a la roca de la derecha, aunque sin explicar el porqué.<sup>28</sup>

Avanzaron por el estrecho, manteniéndose lo más cerca posible de la roca de Escila y distanciándose al máximo de la hirviente agitación y de los rugidos del torbellino que trataba de apoderarse de ellos y sumergirlos en el abismo.

Y mientras luchaban por abrirse paso, del fondo de su cueva surgieron las seis cabezas de Escila, que se apoderaron de seis de los remeros.

Mientras aún se debatían y pedían ayuda a gritos a sus compañeros, ayuda que nadie podía prestarles, las seis víctimas desaparecieron en la oscuridad de la cueva, y sus alaridos se perdieron entre el fragor de las aguas.

—¡Remad! —gritó Odiseo a los hombres que aún le quedaban—.

»En el nombre de todos los dioses, remad con fuerza!

Y sus compañeros se inclinaron sobre los remos y remarón como no lo habían hecho nunca antes, hasta volver a salir a mar abierto, dejando atrás aquel terrible desfiladero y a sus amigos.

Nunca hubo sobre la faz de la tierra hombres más agotados ni deshechos.

Al divisar más tarde una isla verde de aspecto acogedor y escuchar, cuando aún se hallaban a cierta distancia de la costa, los balidos de las ovejas y el mugir de las vacas, les pareció que allí podrían disfrutar del descanso que tanto necesitaban.

Pero Odiseo recordó la advertencia de Tiresias sobre el ganado del Sol, por lo que ordenó a su tripulación que siguiera remando.

Entonces Euríloco se rebeló. Dijo que sus compañeros no podían seguir remando; que necesitaban desembarcar, comer algo y dormir en tierra firme antes de volver de nuevo a los caminos del mar.

Y los demás se le unieron, gritando que necesitaban descansar.

Odiseo comprendió que debía ceder, aunque antes les hizo jurar que no tocarían el ganado del Sol.

Atracaron la nave en una ensenada muy resguardada, desembarcaron, comieron de las provisiones que Circe les había dado y, olvidados incluso, a causa del agotamiento, del dolor por la pérdida de sus compañeros, se tumbaron a dormir.

Pero aquella noche Zeus les envió una gran tormenta. Ocultó con nubes el cielo y el mar, y un pavoroso viento del oeste golpeó la costa con enormes olas.

Odiseo y sus compañeros lograron, arrastrando la nave, esconderlo en una gruta.

Sucedió que esa gruta era la morada de las ninfas que cuidaban del ganado del Sol y lugar de sus admirables danzas.<sup>29</sup>

Y allí se dispusieron a esperar el fin de la tormenta.

<sup>27</sup> címbalo: 2. m. Instrumento musical que usaban los griegos y romanos en algunas de sus ceremonias religiosas, muy parecido a los platillos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>28</sup> Escila y Caribdis son personificaciones monstruosas de ciertos arrecifes de gran peligro para la navegación, situados en el estrecho de Mesina. [N. del Au.]

<sup>29</sup> Las vacas del Sol a que se refiere este episodio eran animales de extraordinaria blancura con cuernos de oro, apacentados por las ninfas (divinidades marinas que simbolizan la fecundidad de la naturaleza) Lampecia y Faetusa, hijas del Sol, en la isla de Trinacia (a menudo identificada con Sicilia). Los hombres de Odiseo cometen un grave sacrilegio al sacrificar y comer estos animales sagrados. [N. del Au.]

## *el profanador de textos*

Pero el furor del mar se prolongó por espacio de un mes, sin que les fuera posible hacerse a la mar.

Pronto se les acabaron las reservas de alimentos que Circe les había proporcionado y tuvieron que sobrevivir a duras penas con los pocos peces y aves marinas que lograron cazar en circunstancias tan adversas.

Odiseo, finalmente, penetró solo en el interior de la isla para rezar en su santuario y solicitar ayuda de los dioses del Olimpo.

Una vez que hubo elevado sus plegarias, el sueño se apoderó de él.

Cuando despertó aún bramaba la tormenta.

Se puso en camino de regreso al barco y, al acercarse a la gruta, el viento le trajo un agradable olor a carne asada.

*—Sin duda los dioses se apiadarán de nosotros —dijo Euríloco cuando Odiseo les reprendió su locura—.*

*»Sin el sacrificio de los novillos hubiéramos perecido, y la muerte por hambre es un final terrible.*

El mal estaba hecho, y no se podía remediar renunciando a alimentarse, por lo que comieron la carne de los animales sacrificados, hartándose con ella por espacio de seis días.

Al séptimo día se calmó la tormenta.

Cesó el viento, el sol apareció entre las nubes, los compañeros de Odiseo lanzaron la nave al anchuroso mar, y al momento embarcaron, con grandes esperanzas de que el Sol les hubiera perdonado el sacrificio de algunos de sus animales al ver que había sido tan extrema su necesidad.

Pero tan pronto como se alejaron de tierra firme, una gran nube sombría trepó hasta lo más alto del cielo y los sumió en la más negra oscuridad, aunque a su alrededor el mar azul seguía iluminado por el sol.

Luego se desencadenó una tempestad y un torbellino se abatió sobre ellos, rasgando velas y aparejos y quebrando el mástil, que se derrumbó con gran estrépito, golpeando al timonel en la cabeza y lanzándolo por la borda, de manera que ya estaba muerto antes de tocar el agua.

Y del oscuro centro de aquella nube de tormenta estalló un espantoso relámpago, semejante a un latigazo, y un furioso rayo hirió la nave, temblando toda su armazón bajo el golpe y llenándose de vapores de azufre, mientras los compañeros de Odiseo caían por la borda en confuso montón.

Durante algún tiempo sus cabezas se balancearon sobre las olas como oscuras aves marinas.

Luego, uno tras otro, fueron desapareciendo en las oscuras aguas.

Tan sólo sobrevivió Odiseo, pero, arrastrado de nuevo por el viento hacia la horrible Caribdis, evitó ser tragado por ella agarrándose a una higuera silvestre, hasta que el monstruo vomitó el mástil del barco y pudo el héroe aferrarse de nuevo a él.

Cesada la tormenta, el mástil flotó y privado ya Odiseo de todos sus compañeros, sobrevivió agarrado al mástil, navegando a la deriva durante nueve largos días con sus noches.

A la décima noche, estando más muerto que vivo, las olas lo lanzaron a la orilla de una isla.

Y allí, a la tenue luz del amanecer, entre los chillidos de las aves marinas, la ninfa Calipso, la

señora de la isla, lo encontró desvanecido, sobre la línea de la marea alta, como si fuera un simple montón de algas. ♣

## 7 Telémaco busca a su padre

Odiseo pasó siete largos años en la isla de la ninfa Calipso, un lugar apartado de las rutas por donde de ordinario transitan las naves.<sup>30</sup>

El héroe paciente carecía de medios para construir una embarcación y, por otra parte, tampoco hubiera encontrado los remeros necesarios para hacerse a la mar.

Y Calipso, aunque muy amable con él en todo, no quería ayudarle a emprender el viaje de regreso a su patria, porque anhelaba en su corazón que se quedara con ella para siempre y se convirtiese en su amante.

Odiseo, sin embargo, sólo soñaba con contemplar de nuevo su rocosa isla de Ítaca.

No tenía otra ilusión que ver cómo en el suelo patrio se elevaba hasta el cielo el humo del fuego de su hogar.

Y así pasaron los años.

En Ítaca, mientras tanto, eran muchos los sufrimientos de su esposa Penélope y de su hijo Telémaco, quien era poco más que un niño de pecho cuando las naves negras zarparon rumbo a Troya.

Al pasar tantos años sin saberse nada del rey, todo el mundo supuso que Odiseo había muerto.

Anticlea, la madre del héroe paciente, murió de pena. Desaparecida ella, su esposo Laertes —ya anciano y enfermo, que debía gobernar el reino mientras su hijo guerreaba— se retiró a una granja para pasar sus últimos años apartado del mundo.

Telémaco era aún demasiado joven, y no había en Ítaca una mano fuerte capaz de gobernar.

Por otro lado, los hijos de la pequeña nobleza de Ítaca, que aún eran niños cuando zarparon las naves negras, se habían convertido en un grupo de jóvenes insolentes, decididos a hacer en todo lo que les venía en gana.

Y estaban dispuestos, sobre todo, a competir por la mano de Penélope y a apoderarse del trono, a pesar de que Telémaco era el legítimo heredero.

Los jóvenes pretendientes se habían abatido sobre el palacio de Odiseo como una bandada de cuervos hambrientos, y sacrificaban el ganado del rey, se bebían su vino y juraban que no se marcharían hasta que la reina eligiera por esposo a alguno de ellos.

Y no había nadie que fuese capaz de echarlos.

Penélope, buscando ganar tiempo, prometió que haría su elección cuando terminara el fino paño de hilo que estaba tejiendo para usar como mortaja de su suegro cuando el anciano Laertes exhalara su último suspiro.

Durante el día trabajaba Penélope en su telar, pero por la noche, cuando los jóvenes y altivos pretendientes se iban a dormir, deshacía lo que había tejido durante el día.

De manera que el paño permanecía constantemente inacabado.

La estrategia de Penélope sirvió durante algún tiempo para mantener a raya a los pretendientes;

pero finalmente, una de sus esclavas, que se creía injustamente o tratada, desveló su secreto, por lo que Penélope hubo de terminar la mortaja para Laertes.

Sin embargo, siguió esforzándose por retrasar, día tras día, el momento de elegir esposo.

Los pretendientes, sin embargo, clamaban cada vez con mayor atrevimiento, y pronto llegaría el momento en que se viera obligada a ceder.

Palas Atenea, diosa de la sabiduría, que siempre había protegido a Odiseo, al contemplar por entonces la tierra desde las alturas del Olimpo y ver lo que estaba sucediendo, decidió defender la causa del desdichado héroe ante los otros dioses.

Les contó que Calipso lo tenía cautivo y trataba de hacerle olvidar su tierra y su gente con la esperanza de que llegase a amarla.

Y cómo Odiseo seguía lleno de nostalgia por la patria perdida, mientras otros hombres derrochaban su hacienda y trataban de arrebatarle a su esposa.

Les explicó que ella misma estaba dispuesta a presentarse en Ítaca y persuadir a Telémaco de que ya tenía edad para tomar la iniciativa.

Hermes, el mensajero de los dioses, debía, mientras tanto, trasladarse a la isla de Ogigia<sup>31</sup> y explicar a la ninfa de hermosos cabellos que, por dolorosa que pudiera resultarle la pérdida de Odiseo, los dioses decretaban que había llegado el momento de que lo dejase en libertad para que regresara con los suyos.

Atenea logró convencer a la asamblea de los dioses, a excepción de Poseidón.

Pero el dios de los mares se hallaba en Etiopía, ocupado en algún asunto relacionado con otros seres humanos.

<sup>30</sup> La isla de Calipso, Ogigia, se encontraba en el extremo occidental del Mediterráneo, frente a Gibraltar, lo que ha llevado a identificarla con la península de Ceuta. [N. del Au.]

<sup>31</sup> Ogigia: Isla donde habitaba la ninfa Calipso, quien retuvo a Odiseo a su regreso de la Guerra de Troya. [n. del pr.]

## el profanador de textos

La diosa de la sabiduría se trasladó hasta Ítaca como una estrella fugaz y, una vez allí, adoptó la figura de un antiguo amigo de Odiseo, de nombre Mentos, señor de los tafios,<sup>32</sup> para poder desenvolverse sin trabas entre los hombres.

Y con aquella apariencia penetró en el palacio.

En el pórtico los pretendientes jugaban a los dados sobre las pieles de los bueyes que habían sacrificado para comérselos, mientras los criados preparaban la cena.

Telémaco, con él corazón apesadumbrado por la ausencia de su padre, vio al forastero, le dio la bienvenida y lo condujo hasta el gran salón, sin suponer ni darse cuenta ni por un momento que tenía delante suyo a la diosa Palas Atenea.

Y cuando los pretendientes acudieron a las mesas donde iba a servirse la cena, Telémaco llevó al forastero a una mesa apartada donde pudiera comer tranquilo.

Al aparecer los criados con los alimentos, el hijo de Odiseo explicó al forastero en voz baja el porqué de la presencia de aquel montón de maleducados en la casa de su padre, y su temor a que Odiseo llevara largo tiempo muerto.

A continuación preguntó a su huésped cómo se llamaba y cuál era la razón de su visita.

Atenea, siempre bajo la apariencia de Méntor, se presentó como un antiguo amigo de Odiseo que, de camino hacia Témesa<sup>33</sup> para adquirir bronce, había

<sup>32</sup> tafios: Primeros habitantes de Acarnania, piratas de la costa occidental. [n. del pr.]

<sup>33</sup> Témesa o Tempsa: Antigua ciudad de Brucia, en la Magna Grecia. Se identifica con la Témesa mencionada en la Odisea como un lugar asociado con la producción de bronce, pero esta cita puede referirse a Tamason, que estaba en Chipre. [n. del pr.]

decidido hacer escala en Ítaca con la esperanza de encontrar ya de regreso a su amigo.

Porque no tenía duda que estaba vivo y en camino hacia su patria.

Y al ver que la esperanza iluminaba el rostro de su joven interlocutor, le ordenó que convocara a asamblea en la plaza a los nobles de Ítaca para quejarse ante ellos de los pretendientes.

Y que luego escogiera la mejor nave disponible, preparándola para zarpar, y él mismo saliera en busca de las nuevas más recientes acerca de su padre.

Atenea se marchó poco después, dejando que el hijo de Odiseo se sintiera reconfortado, por vez primera en mucho tiempo.

Al día siguiente el joven príncipe convocó a asamblea a los nobles itacenses y les habló como persona adulta y digno hijo de su padre.

Pero no recibió más que burlas e insultos de los pretendientes, que habían descubierto el ardid de Penélope.

Y el resto de los ciudadanos, aunque se compadecieron y se entristecieron por la situación del reino, pensaron que no estaba en sus manos ponerle remedio.

Atenea reapareció por la tarde, todavía con la apariencia del amigo de Odiseo.

Telémaco, incitado por los ánimos que le dio la diosa, encargó que se preparara una nave de veinte remos, explicando con claridad a los pretendientes que partía en busca de las nuevas que los reyes Néstor y Menelao pudieran darle sobre la suerte de su padre.

Pero nada dijo a Penélope, y fue la anciana Euriclea, nodriza suya, que anteriormente lo había sido de su padre, quien le proporcionó alimentos

y vino para el viaje sacados de los almacenes reales, cuya llave custodiaba.

Y por la noche, cuando Atenea les envió un viento de popa que cantaba sobre el oscuro mar de color de vino, Telémaco zarpó con su nave, abandonando Ítaca.

Mientras tanto, los pretendientes, furiosos y asustados, tramaron una conjura para librarse de Telémaco de una vez por todas.

—*Dadme una nave y una tripulación de veinte hombres —dijo Antínoo, el pretendiente más arrogante y descarado—.*

»*Lo esperaré escondido en los estrechos entre Ítaca y Samos,<sup>34</sup> y lo apresaré cuando regrese.*

»*¡Así pondremos fin adecuado a esa excursión marítima en busca de su padre!*

Y todos se mostraron de acuerdo.

El día siguiente, cuando el sol estuvo en el cenit,<sup>35</sup> Telémaco y sus remeros arribaron a Pilos,<sup>36</sup> la ciudad de Néstor.

El anciano rey lo recibió afectuosamente, y le relató lo que le había ocurrido a algunos destacados caudillos del ejército troyano, pero nada pudo decirle sobre su padre que no supiera ya.

Y, al día siguiente, el hijo de Odiseo se puso de nuevo en camino en un carro tirado por veloces potros de los establos reales.

<sup>34</sup> Samos: Ciudad de la isla de Cefalonia, frente a Ítaca (al oeste de esta isla) entre ambas forman un largo estrecho, flanqueado por costas abruptas, idóneo para una emboscada. [N. del Au.]

<sup>35</sup> cenit: 1. m. Astron. Intersección de la vertical de un lugar con la esfera celeste, por encima de la cabeza del observador. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>36</sup> Pilos: Bahía y ciudad en la costa sudoeste del Peloponeso, patria del mítico rey Néstor, uno de los argonautas que, ya muy anciano, dirigió sus tropas durante la guerra de Troya. [n. del pr.]

## el profanador de textos

El príncipe Pisístrato, uno de los hijos de Néstor, le acompañó como auriga.<sup>37</sup>

Avanzado ya el segundo día de viaje, descendieron por los abruptos senderos de las colinas hasta llegar a los trigales de Esparta.

Al caer la noche, el estrépito de sus ruedas se dejó oír en el patio exterior del palacio fortificado de Menelao.

Concluida la guerra de Troya, el viaje por mar del rey de Esparta y de la rubia Helena había sido también largo y fatigoso en extremo, y no hacía mucho que habían regresado a su tierra.

Menelao se hallaba en un banquete con sus compañeros, alegres todos por su regreso al hogar, cuando se presentaron Telémaco y Pisístrato.

El rey no les preguntó quiénes eran pues era descortés hacerlo antes de que hubieran comido y bebido.

Ordenó que se les preparara agua caliente y ropa limpia, y cuando se hubieron bañado y cambiado, los invitó a sentarse con él a la mesa.

Una vez concluida la cena, entró al salón Helena, la de rosadas mejillas, tan hermosa como siempre.

La seguían dos de sus doncellas, que llevaban su rucua de oro y su canastillo de plata, cargado con lana de color morado.

Tras sentarse junto a las rodillas de su señor, comenzó a hilar, y dirigió su mirada al otro lado del hogar y vio el rostro de Telémaco.

Inclinándose hacia Menelao, le preguntó:

—Mi señor, ¿habéis preguntado ya a nuestros huéspedes quiénes son y de dónde vienen?

—*Todavía no —respondió el rey—. Mi intención era retrasar las preguntas hasta que hubieran disfrutado de una noche de descanso, porque están fatigados a causa del viaje.*

—*Creo que puedo contestar en nombre de uno de ellos sin esperar a mañana —dijo Helena, sonriendo a los forasteros—.*

»*El corazón me dice que el más joven es Telémaco, el hijo de nuestro viejo y querido amigo Odiseo.*

»*¿No adviertes, mi señor, el gran parecido?*

—*Sí que me percaté del parecido —dijo Menelao—, ¡pero no sé si alegrarme, llorar o hacer ambas cosas al mismo tiempo!*

Telémaco, poco acostumbrado a tratar con desconocidos, se ruborizó como una doncella y no supo decir nada.

Pero Pisístrato habló por él, explicando que aquel joven era efectivamente el hijo de Odiseo, y que había abandonado Ítaca para obtener alguna nueva sobre su padre.

También explicó que él era el hijo de Néstor, y que había recibido el encargo de acompañar a Telémaco.

Entonces, todos se alegraron y lloraron juntos, y Helena contó cómo Odiseo se había presentado disfrazado de mendigo en su casa de Troya cuando se proponía robar el Paladio.<sup>38</sup>

Y Menelao habló del caballo de madera, aquel ardid de Odiseo con el que, finalmente, habían conquistado la fortaleza sitiada.<sup>39</sup>

Pero como ya se estaba haciendo tarde, nada más se dijo aquella noche sobre el paradero de Odiseo ni sobre las posibilidades de que siguiera con vida.

Al día siguiente Telémaco contó a su anfitrión cuál era la situación en Ítaca, hablándole de los sufrimientos de su madre y de la actitud de los pretendientes, quienes, creyendo muerto a su padre, trataban de obligarla a casarse por segunda vez. También le explicó cómo, al tener noticia por un comerciante de bronce de que su padre seguía con vida, había acudido a Menelao para preguntarle si sabía algo del paradero de Odiseo.

—*Voy a responder a algunas de tus preguntas —dijo Menelao—, y que los dioses nos concedan que sea cierta tan extraña historia.*

»*En mi viaje errante tras abandonar Troya, fui a parar a Chipre, a Egipto y a Fenicia, y también a Libia, en la costa norte de África.*

»*No hace mucho más de un año que vientos de tormenta me obligaron a refugiarme en la isla de Faro,<sup>40</sup> a un día de viaje de la desembocadura del Nilo.*

»*El hambre nos hacía sufrir, porque habíamos consumido todos nuestros víveres.*

<sup>39</sup> Odiseo se disfrazó de mendigo para penetrar en Troya, recabar información sobre los sitiados y robar el Paladio, una piedra sagrada protectora de la ciudad. Posteriormente, los griegos asaltaron Troya, mediante la estrategia del caballo de madera, historia que el bardo Demócoco relatará en la corte de Feacia. [‘9 la hija del rey’] [N. del Au.]

<sup>40</sup> Faro era en realidad el nombre del piloto que dirigía la nave de Menelao al regreso de Troya. Llegados a una isla agreste en la desembocadura del Nilo, el piloto murió por la mordedura de una serpiente. En honor a él la isla recibió su nombre. [N. del Au.]

<sup>37</sup> auriga: 1. m. Hombre que en las antiguas Grecia y Roma gobernaba los caballos de los carros en las carreras de circo. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>38</sup> Paladio o Paladión: Estatua arcaica de madera que representaba a la diosa Atenea y se conservaba en Troya desde los tiempos de su fundación. [n. del pr.]

## el profanador de textos

»Pero en esa isla vive una diosa, hija de Proteus, el viejo del mar, que se apiadó de nosotros y, viniendo a mi encuentro cuando paseaba solo, me explicó que únicamente su padre podía decirme cómo calmar a los dioses para que me enviaran un viento favorable.

»Todos los días, cuando el sol se encontraba en su cenit, el anciano salía del mar para dormir en la orilla acompañado por un rebaño de focas.

Si yo era capaz de capturarlo y de retenerlo — porque, me dijo, adoptaría toda clase de formas terribles para tratar de liberarse—, recobraría su forma original, y entonces tendría que responderme a lo que yo le preguntara.

»La diosa cavó en la arena zanjas poco profundas para mí y para tres de mis hombres, y nos cubrió con pieles de focas recién sacrificadas.

»Y allí esperamos.

»Al mediodía, el anciano salió a la playa con sus animales, y se tumbó en la arena, donde las olas habían trazado dibujos caprichosos.

»Cuando se hubo dormido, saltamos sobre él y lo sujetamos con todas nuestras fuerzas.

»El anciano se convirtió en león, en jabalí, en pantera, en dragón, en corriente de agua y árbol frondoso, pero no abandonamos en nuestro empeño y a la larga recuperó su apariencia primera.

»Luego respondió a lo que le pregunté y me explicó que sólo conseguiría un viento favorable si regresaba a la desembocadura del Nilo y ofrecía a todos los dioses el sacrificio con el que debería haberlos ofrecidos antes de ponerme en camino.

»Después, cuando le interrogué sobre amigos y parientes, me contó que mi hermano Agamenón

había sido asesinado en su propio palacio, aunque imagino que ya conoces esa trágica historia.

»Finalmente me habló de Odiseo y de cómo la ninfa Calipso lo retenía cautivo en una isla remota, por el amor que sentía por él.

»Siete años ha pasado en esa isla —dijo Menelao, concluyendo su relato—, siempre con la nostalgia de su tierra y de los suyos. Pero por allí no pasa nave alguna.»

—¿Cómo podré encontrar ese lugar? — preguntó Telémaco, casi antes de que Menelao terminara de hablar.

—¡Nunca lo lograrías! —dijo el rey—.

»Pero no creo que los dioses se hubieran tomado tantas molestias para mantenerlo vivo si no se propusieran permitirle que vuelva a su hogar.

Y con ese frágil consuelo tuvo Telémaco que conformarse. ♣

## 8 adiós a Calipso

Mientras el hijo de Odiseo se hallaba aún en la corte de Menelao, los dioses designaron a Hermes para transmitir su mensaje a la ninfa Calipso.

Calzándose las sandalias aladas, voló hasta su isla el heraldo<sup>41</sup> de los dioses y la encontró en el interior de la espaciosa cueva que era su mansión, donde Calipso cantaba con voz melodiosa al tiempo que trabajaba en su telar con una lanzadera<sup>42</sup> de oro purísimo.

Llenaban la cueva los aromas del cedro y el sándalo al quemarse en el fuego del hogar.

Por los alrededores de la cueva crecían alisos, álamos y cipreses de fragante olor, en cuyas ramas abundaban los halcones y los búhos.

Una parra, llena de la oscura dulzura de las uvas, cubría en parte la entrada de la cueva, y cuatro manantiales regaban el prado florido que se extendía más abajo.

Difícil sería hallar otro lugar de cautiverio más agradable.

<sup>41</sup> heraldo: 1. m. mensajero (persona que lleva un mensaje). 2. m. Aquello que anuncia algo que va a suceder. Diccionario RAE [n. del pr.]

<sup>42</sup> lanzadera: l. f. Pieza cerámica en forma de barco, con una canilla dentro, que usan los tejedores para tramar.

## el profanador de textos

Pero Hermes no encontró a Odiseo en el interior de la cueva, sino en los altos acantilados solitarios donde, desde hacía siete largos años, pasaba el tiempo a la espera de divisar en el mar una vela que nunca llegaba, con el corazón destrozado por la nostalgia de las colinas de su patria.

Calipso abandonó su labor al entrar el dios y, después de darle la bienvenida, le invitó a sentarse en una silla cubierta con un paño resplandeciente, colocando luego en una mesa a su alcance néctar y ambrosía,<sup>43</sup> que son la bebida y la comida de los dioses.

—Hermes, el del bastón de oro, —le dijo—  
,<sup>44</sup> ningún huésped podría serme más grato.

»Pero cuéntame qué te trae hasta mí, pues no apareces con frecuencia por mi morada.

»¿Cuáles son tus deseos?

»Di qué quieres de mí, y, si puede hacerse, accederé gustosa.

»Pero antes come y descansa.

Terminada la comida y repuestas las fuerzas, Hermes se dirigió a la ninfa con estas palabras:

—Vengo aquí por mandato de Zeus, el padre común, para hablarte de Odiseo, uno de los héroes que lucharon en la guerra de Troya y cercaron los muros de Príamo durante nueve años, y a quien tú retienes en este lugar.

»Durante el viaje de regreso a la patria, él y las tripulaciones de sus naves provocaron la ira de Poseidón, primero, y la del dios del Sol, después.

»Y ambos, para vengarse, lanzaron contra ellos tempestades y toda suerte de catástrofes.

»Sus compañeros perecieron, y sólo él vino a parar a tu orilla arrastrado por vendavales contrarios y por el inmenso oleaje.

Siete años hace que lo retienes a tu lado.

»Ahora Zeus todopoderoso te ordena que le devuelvas la libertad y lo dejes partir sin demora, porque no es su destino morir aquí, privado del calor de los suyos.

Calipso se estremeció de dolor e indignación como un álamo.

—¡Sois crueles! —exclamó—.

»¡Crueles y celosos, todos vosotros, dioses del Olimpo, que nunca sentís el frío de la lluvia ni los sufrimientos del mundo!

»Lo encontré desvalido en la orilla y de él me apiadé; y le he dado mi amor y mis cuidados durante todo este tiempo.

»Lo habría hecho inmortal si hubiera querido aceptarme ese don.

»Ahora he de dejarlo marchar; sea como dices. Eso es lo que ordenan los dioses y habré de obedecer.

»Pero, ¿cómo ayudarlo en su viaje, puesto que carezco de nave y de remeros?

»Le diré, sin embargo, que es libre de partir, y le daré cualquier cosa que le sirva de ayuda.

—Hazlo así, y pronto —dijo Hermes—; lo antes que puedas, no sea que Zeus piense que se le hace esperar y monte en cólera.

Y un instante después el alado mensajero ya no estaba junto al hogar de la ninfa.

Calipso se dirigió sumida en la tristeza hacia la orilla y encontró a Odiseo en su lugar habitual.

Estaba sentado en una roca con la cabeza entre las manos, contemplando el mar con ojos enrojecidos y nublados por las lágrimas.

—Ya no tendrás que seguir llorando y malgastando tu vida en esta isla —le dijo, tocándolo suavemente en el hombro—. Ha llegado el momento de que te deje partir para que regreses a tu hogar y recobres a tu añorada esposa.

»Y puesto que debo aceptarlo porque así me lo ordenan los dioses, tanto si me complace como si no, lo haré con el mayor afecto y con todo mi corazón.

Pero Odiseo levantó la abrumada cabeza para preguntarle:

—Aunque me des la libertad, ¿cómo podré abandonar esta isla?

—Construye tú mismo una nave con las herramientas y la madera que te daré —dijo Calipso—.

»También te proporcionaré pan, agua y vino para el viaje y un viento propicio que te lleve hasta las costas de Ítaca —pero de in mediato dejó escapar un largo suspiro dolorido—.

Diccionario RAE [n. del pr.]

<sup>43</sup> ambrosía: 1. f. Mit. Manjar o alimento de los dioses.

Diccionario RAE [n. del pr.]

<sup>44</sup> Al dios Hermes, mensajero del Olimpo y patrón de los caminantes, se le representaba con sandalias aladas y con un bastón de oro en la mano; de ahí el epíteto que le aplica Calipso. [N. del Au.]



## el profanador de textos

*»Aunque si pudieras vislumbrar las penas que ha de enviarte aún el destino antes de llegar a tu patria, seguirías a mi lado, por mucho que desees ver a esa esposa con la que sueñas noche y día.*

*—No te enojés conmigo por ello —dijo Odiseo—. Bien sé cuán inferior a ti es en belleza la discreta Penélope.*

*»Mi esposa es mujer mortal, mientras que tú ni envejeces ni mueres.*

*»Mas, con todo, anhelo regresar a su lado, como muy bien dices.*

*»Y en cuanto a las inquietudes y peligros del viaje, si llegase una vez más a naufragar, lo sobrellevaré como ya lo hice en ocasiones anteriores.*

*»Estoy pronto a enfrentarme de nuevo con el mar y todos sus peligros.*

Al día siguiente, Calipso le entregó herramientas de carpintero y le mostró los árboles que le serían más útiles.

Odiseo taló veinte que estaban cerca de la orilla, y construyó una ancha balsa, utilizando el más alto y recto de los abetos como mástil.

La ninfa le proporcionó además excelente lona, con la que fabricó una vela.

En cuatro días todo estuvo terminado, y al quinto el héroe paciente colocó unos rodillos bajo el casco, e hizo deslizar la nave hasta ponerla a flote en aguas poco profundas.

Calipso llevó a bordo odres de vino, agua y harina, y entregó a Odiseo ropa resistente para el viaje.

Luego se dieron un beso de despedida y la ninfa regresó sola a su cueva, mientras Odiseo se dirigía

hacia el mar abierto, hinchadas las velas por el viento propicio que Calipso le había prometido.

Sentado, rigió con destreza el timón: de día se guiaba por el sol, y de noche por las estrellas, manteniendo siempre la Osa Mayor<sup>45</sup> a su izquierda, como Calipso le había indicado.

Así navegó durante diecisiete jornadas sin ver tierra ni nave alguna.

Al llegar la Aurora del siguiente día divisó al frente el vago contorno de unas cumbres que creyó reconocer.

Pero precisamente cuando parecía que ya se acercaba a un mundo que le era familiar y se aproximaba al término de sus cuitas, Poseidón, el dios de azul cabellera, que regresaba de Etiopía, viéndolo, comprendió que los otros dioses se habían confabulado a sus espaldas para ayudar al hombre que había cegado a su hijo.

Encolerizado, desencadenó una espantosa tormenta y usando su tridente, removió el océano y desató multitud de vientos huracanados que zanardearon la nave de Odiseo como cáscara de nuez.

Luego una violenta ráfaga del norte quebró el mástil, junto con la vela desaparecieron en el mar.

Instantes después, cayó Odiseo por la borda, sin poder sujetar con las manos el remo que le servía de timón.

La violencia de las olas fue hundiéndolo cada vez más, y largo rato quedó sumergido y sin fuerzas para volver a la superficie, abrumado por los golpes del mar y el peso de las ropas mojadas.

Pero luchó con esfuerzo hasta volver a flote, respirar con ansia y escupir el salobre y amargo licor de las olas.

Nadó luego tras lo que quedaba de su balsa, consiguió volver a bordo, mientras el viento y las olas lo zarandeaban como a una pluma de gaviota.

Entonces lo vio Ino, la diosa marina nacida de Cadmo, en otro tiempo mortal de habla humana; y como tuvo piedad de Odiseo errante y en tales trabajos, surgió de las aguas parecida a una gran gaviota.

*—Quítate esas ropas mojadas que sólo han de servir para hundirte —le dijo mientras le arrojaba su velo resplandeciente— y envuélvete la cintura con esto para que no temas ni a los sufrimientos ni a la muerte.*

*»Luego abandona la nave y nada hacia la orilla que ya has divisado.*

*»Cuando alcances la playa arroja a las olas mi velo, con la cabeza vuelta hacia tierra.*

Un instante después había desaparecido, de regreso a las profundidades de donde había surgido.

Poseidón, el que sacude las aguas, levantó entonces una tremenda oleada, que desperdigó las maderas de la nave todavía unidas.

Odiseo, montado a caballo sobre uno de los troncos, procedió a quitarse las ropas recibidas de la ninfa y se ató a la cintura el velo sagrado de Ino.

A continuación se arrojó a las aguas y empezó a nadar.

Atenea, la de los ojos resplandecientes, acudió entonces en su auxilio, calmando todos los vientos, excepto el viento del norte, el rápido Bóreas, que había de empujarlo. hacia la tierra distante.

Durante dos días con sus noches el viento de Atenea llevó a Odiseo en la dirección correcta.

<sup>45</sup> La Osa Mayor: Constelación visible durante todo el año en el hemisferio norte. [n. del pr.]

Al tercero, la tierra estaba ya muy cerca, y el viento se transformó en calma chicha,<sup>46</sup> por lo que el héroe paciente comenzó a nadar hacia la escarpada orilla.

Pronto, sin embargo, se vio arrastrado por una terrible marea que se estrellaba repetidamente contra las rocas, y su cuerpo se hubiese quebrado como un trozo de madera podrida si no haber conseguido agarrarse al dentado saliente del acantilado, hasta que la salvaje resaca<sup>47</sup> lo apartó nuevamente de la costa.

Tres veces se aferró a la aguda roca y otras tantas el violento reflujo del agua le obligó a soltarse.

Renunció entonces a llegar a tierra en aquel punto, y se alejó de la costa, hasta situarse más allá del lugar donde rompían las olas.

Finalmente encontró un paraje más tranquilo donde un amplio río desembocaba en el mar, y donde sus pies encontraron una pendiente arenosa.

Avanzó tambaleándose por el agua hasta derrumbarse sobre la playa, perdiendo el conocimiento durante un buen rato.

Al despertar se desató de la cintura el velo de Ino y lo arrojó lo más lejos que pudo, volviendo la cabeza como se le había pedido.

Luego se dirigió tierra adentro siguiendo la orilla del río. Pero carecía de fuerzas para llegar muy lejos.

Cuando alcanzó dos viejos y retorcidos olivos que crecían muy juntos, y cuyos troncos y ramas entrelazadas formaban un refugio contra el viento, se metió entre ellos.

Vió que el suelo estaba cubierto de hojas secas, se cubrió con ellas hasta que sintió crecer en su interior una débil calor.

Atenea, piadosa, le cerró entonces los ojos para que durmiera. ♣

## 9 la hija del rey

Mientras Odiseo dormía bajo el manto de hojas de olivo a la orilla del río, en el palacio del rey de aquel país también dormía la princesa Nausícaa.

Y, en su sueño, se le presentó Palas Atenea en la figura de una de sus amigas, la hija del navegante Dimante.

—¿Cómo puede tu madre tener una hija tan despreocupada? —le dijo, apareciendo junto al lecho con aire medio enfadado, medio sonriente—.

»Olvidados están tus preciosos vestidos aunque se acerca el tiempo de tu boda.

»Todos los jóvenes de la nobleza te quieren por esposa; vas a necesitar ropa para tu ajuar y también tendrás que cuidarte de cómo se vista el cortejo.

»Vamos, pues, al río, a lavar con la Aurora, y que preparen el carro para llevar los ceñidores, los peplos<sup>48</sup> y los paños bordados.

<sup>46</sup> calma chicha: 1. f. Especialmente en el mar, completa quietud del aire. R [N. del Au.]

<sup>47</sup> resaca: 1. f. Corriente marina debida al retroceso de las olas después que han llegado a la orilla. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>48</sup> peplo: 1. m. Vestidura exterior, amplia y suelta, sin mangas, que bajaba de los hombros formando caídas en punta por delante, usada por las mujeres en la Grecia antigua. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Al despertarse por la mañana, Nausícaa recordó el sueño y corrió a repetir a sus padres el mensaje escuchado.

Su padre le proporcionó un carro al que engancharon un par de mulas. Las criadas cargaron en él las bellas vestiduras de brillantes colores, y su madre le entregó en una cesta gustosas viandas y un odre con dulce vino, añadiendo además una ampolla de oro con el aceite más puro para que ella y sus siervas pudieran ungiarse.<sup>49</sup>

Luego Nausícaa montó en el carro y se dirigió hacia el río, aunque sin apresurarse demasiado, porque detrás venían a pie todas sus doncellas.

Siguiendo la costa del río llegaron a un remanso de aguas cristalinas y poca profundidad que era el lugar más adecuado para lavar la ropa.

Lavaron después los vestidos que habían traído, pisándolos en los lugares donde el agua se deslizaba sobre las anchas piedras.

Después de limpiarlos, los escurrieron y los extendieron a lo largo de la orilla para que se secaran con el sol y el viento.

Mientras la ropa se secaba, las muchachas se bañaron y se ungieron con aceite brillante, para luego, cubiertas de nuevo con sus amplias túnicas, regalarse con los frutos, las golosinas y el vino con miel que la reina les había preparado.

Después de comer hasta quedar satisfechas, empezaron a jugar con una pelota de cuero dorado, pasándosela de unas a otras, al tiempo que cantaban, dirigidas por Nausícaa.

Mientras así se distraían, Atenea, la de los ojos resplandecientes, se incorporó al grupo sin ser vista

y, cuando Nausícaa lanzó la pelota hacia una de sus doncellas, hizo que errara el tiro y cayera en las arremolinadas aguas del río.

Fueron tales los gritos y las risas de todas las muchachas que su clamor sacó a Odiseo de su sueño entre los olivos, a poca distancia río abajo.

Durante un instante el héroe paciente permaneció inmóvil, despierto a medias, pensando, a juzgar por aquellos alaridos, que alguna aldea cercana era atacada por un ejército enemigo o que un amo cruel maltrataba a sus esclavas.

Pero al despejarse la cabeza, los sonidos de desconcierto se transformaron en los alegres gritos de unas muchachas que jugaban.

Pensó: “Tal vez, si se lo pidió, aquellas jóvenes me prestaran la ayuda que tanto necesito.”

Con gran esfuerzo se alzó hasta ponerse de rodillas, y luego se incorporó totalmente.

Rompió entonces una rama de olivo silvestre para cubrir su desnudez, y salió, con paso lento y miembros agarrotados, de entre la maleza de la orilla.

Iba descalzo y le sangraban los pies, su rostro reflejaba todo lo que había sufrido, llevaba los cabellos enredados y, en la barba, un reborde blanco de sal marina.

Para las muchachas —acostumbradas a vivir en palacio— su aspecto resultó tan temible como si se tratara de un león surgiendo entre los matorrales.

Asustadas, todas prorrumpieron en gritos y se dispersaron corriendo, menos la princesa Nausícaa, quien, con los ojos muy abiertos y grave expresión, permaneció inmóvil y serena, esperando a que Odiseo se acercara.

El héroe paciente, sin atreverse a aproximarse lo bastante como para tocarle las rodillas en un gesto de súplica, le habló, deteniéndose a cierta distancia.

—*Te suplico, ¡¡oh, princesa!, que me digas si eres diosa o mortal.*

»*Si fueras una de las diosas que habitan el cielo anchuroso, te creería Artemisa, la nacida de Zeus.*

Si fueras mortal, dichosos entonces tu padre y tu distinguida madre, y dichosos también tus hermanos.

»*¡Cómo debe de alegrarseles el corazón cada vez que ven a su preferida incorporarse a la danza!*

»*Pero el más dicho so de todos será el hombre cuyo amor y cuyos presentes nupciales te ganen para su hogar.*

»*Nunca he visto tal perfección, excepto una vez, en Delos,<sup>50</sup> cuando, junto al ara<sup>51</sup> de Apolo, encontré una palmera que se erguía como tú.*

»*No apelo sin embargo a tu belleza sino a tu bondad, porque fue ayer mismo, después de errar veinte días entre golpear de las olas y raudos ciclones, cuando algún dios me arrojó a esta orilla, donde me encuentro sin saber dónde estoy ni qué fortuna adversa me aguarda aún.*

»*Apíadate de mí, proporcióname un paño con que cubrir mi cuerpo y dime dónde puedo encontrar la ciudad más próxima.*

»*Y que los dioses quieran darte un esposo con el que vivas en concordia, porque no hay nada mejor ni más rico en venturas que marido y mujer cuando unidos gobiernan su hogar.*

<sup>50</sup> Delos o Delo [‘estable y visible’]: Una de las más pequeñas islas griegas de las Cícladas, en el mar Egeo. Lugar sagrado de Grecia. Como lugar de nacimiento de Apolo se le rendía culto a este dios. [n. del pr.]

<sup>51</sup> ara: 1. f. Altar donde se celebran ritos religiosos. 2. f. Losa o piedra consagrada, que suele contener reliquias de algún santo, que se ponía sobre el altar y sobre la cual extendía el sacerdote los corporales para celebrar la misa.

<sup>49</sup> ungir: 1. tr. Aplicar a alguien o algo aceite u otra materia pingüe, extendiéndola superficialmente. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Nausícaa quedó un momento mirándolo, entre algo asustado por su presencia y algo fascinada por sus palabras.

—*No pareces un hombre malo, ¡oh extranjero!, y a juzgar por tus palabras, eres persona educada y de buenas maneras.*

»*Sin duda es Zeus, el que manda tristezas y alegrías a cada hombre de acuerdo con su voluntad omnímoda,<sup>52</sup> quien te ha traído hasta nuestras costas.*

»*Y, puesto que estás aquí, tendrás un vestido con que cubrirte, y yo misma te llevaré hasta la ciudad, donde serás bienvenido, porque yo soy la hija de Alcínoo, rey de esta isla, que se llama Feacia.<sup>53</sup>*

Entonces llamó a sus doncellas, que se habían habido detenido de su huida a escasa distancia, y les dijo:

—*¿Qué razón hay para correr asustadas? ¿Tanto temor os causa la aparición de este pobre extranjero?*

»*Sabéis que no hay enemigo que venga al país de los feacios a hacernos la guerra, puesto que somos los preferidos de los dioses y vivimos al extremo del mundo, protegidos por el mar y sus olas inmensas, sin mezclarnos con otros pueblos.*

»*Este que aquí nos llega no es más que un viajero perdido; acercaos y dadle un vestido y un manto para que cubra su desnudez.*

Diccionario RAE [n. del pr.]

<sup>52</sup> omnímodo, da: 1. adj. Que lo abraza y comprende todo. Diccionario RAE [n. del pr.]

<sup>53</sup> Feacia, la tierra hospitalaria donde reina Alcínoo, es situada al norte del mar Jónico; hay quien la identifica con la isla de Corro, y quien opta por la de Cefalonia. [N. del Au.]

Las muchachas regresaron, tímidamente al principio, junto a Nausícaa.

Luego llevaron a Odiseo a un recodo en la orilla del río que los alisos resguardaban del viento y, tomaron un manto y una túnica de entre las vestiduras recién secadas, se los entregaron, así como el aceite que aún quedaba en el fondo del frasco real, rogándole que se lavara la aspereza del agua marina.

Odiseo les agradeció aquellos dones, pero les pidió que lo dejaran solo.

—*Porque —añadió— no me gustaría tener que prescindir siquiera de esta humilde vestidura de hojas verdes para bañarme delante de damas.*

Obedeciéndole, las doncellas se marcharon y fueron a contarle a la princesa lo sucedido.

Odiseo se lavó en el agua cristalina, quitándose del cuerpo la sal marina y enjuagándose los cabellos.

Luego se frotó con aceite una piel que llevaba mucho tiempo sin conocer su suavidad. También se ungió la cabeza, con lo que se le rizaron sus cabellos, asemejándose a los pétalos del jacinto.

Finalmente se vistió con la túnica y el manto que le habían entregado las doncellas y fue a sentarse en la ribera del río.

Nausícaa, desde lejos, viéndolo aseado y vestido, se admiró de su belleza y dijo a sus siervas:

—*¿Fue quizás la voluntad de algún dios lo que le ha traído hasta nuestras costas?*

»*Cuando lo vi por vez primera me pareció feo.*

»*Pero ahora... ¡los inmortales mismos no pueden ser más agraciados!*

»*Un hombre como él me gustaría por esposo, si le agradara quedarse entre nosotros...*

»*Mas dad de comer y beber a nuestro huésped, que no es éste momento para ensoñaciones.*

Las doncellas ofrecieron a Odiseo lo que quedaba de los manjares que les había proporcionado la reina.

Y mientras el héroe paciente comía y bebía con avidez —porque llevaba muchos días sin alimentarse— recogieron las ropas que el sol y el viento habían secado ya. Luego las cargaron en el carro y adornaron las mulas.

Cuando todo estaba listo para el regreso, la princesa subió al carro. Llamó al extranjero y le habló en estos términos:

—*Ya es hora de que vayas a casa de mi padre. Escúchame atentamente y, si haces lo que te digo, todo saldrá bien.*

»*Mientras crucemos el llano por entre campos arados, camina junto a mis doncellas detrás del carro.*

»*Pero cuando nos acerquemos a la ciudad amurallada, que tiene a uno y otro lado un hermoso puerto con astilleros, séparate de nosotras y dirígete a la alameda consagrada a Atenea.*

»*Espera algún tiempo hasta que nosotras entremos en la ciudad y lleguemos a palacio.*

»*Porque a mi padre no le gustaría que se dijera por todas partes que la princesa Nausícaa, menospreciando a sus pretendientes feacios, ha ido a buscar marido en tierras extrañas.*

»*Cuando consideres que ha pasado un tiempo prudencial, entra en la ciudad, y cualquier persona te mostrará el camino de palacio.*

»*Las puertas de la casa de mi padre siempre están abiertas, y nadie las guarda.*

## el profanador de textos

»Entra con toda libertad y, una vez en el interior, atraviesa la gran sala y acércate adonde está a mi madre.

»La hallarás junto al hogar, hilando lana púrpura, con todas sus doncellas alrededor.

»Cerca de ella estará mi padre, bebiendo vino, sentado en su trono como un inmortal.

»No repares en él, avanza veloz, arrodíllate ante mi madre y extiende suplicante los brazos hacia sus rodillas, para que puedas ver sin tardanza la luz del regreso, por lejos que quede tu patria.

»Si la reina llegase a recogerte con ánimo amigo, confía en ver pronto a los seres queridos y en pisar de nuevo la tierra de tus mayores.

Odiseo le respondió con una inclinación cortés de cabeza.

—Haré todo cuanto me pides.

Nausícaa azuzó a las mulas con la fusta vistosa, el carro se puso en movimiento y Odiseo y todas las doncellas lo siguieron caminando .

El sol estaba a punto' de ocultarse cuando llegaron a la alameda. Allí el extranjero se separó de Nausícaa.

Había un santuario en el centro del bosquecillo y Odiseo, arrodillándose, suplicó a Palas Atenea que los feacios lo recibieran amistosamente.

Luego, cuando juzgó que había transcurrido un tiempo prudente, se puso de pie y se dirigió a la ciudad.

Atenea se le presentó en la misma puerta bajo la figura de una joven que llevaba un cántaro.

Odiseo le preguntó el camino para el palacio real.

—Soy forastero —explicó—, vengo de tierras lejanas y sólo he encontrado desgracias en mis viajes.

—Yo te guiaré —le respondió Atenea—. Sígueme, pero no trates de hablar con nadie en la calle.

»Poseidón ha hecho de los feacios un pueblo marinero.

»Pero no sienten aprecio hacia los extranjeros que llegan hasta aquí por sus propios medios desde tierras remotas.

Dicho esto se volvió, y Odiseo siguió los pasos de la diosa. Nadie recordó después haberlo visto pasar, porque Atenea, la de ojos resplandecientes, lo impidió, derramando en torno suyo una niebla propicia.

Llegados ante la puerta del palacio, la diosa le indicó con un gesto que la atravesara y, cuando Odiseo se volvió a mirarla, ella había desaparecido.

Dentro ya del recinto, el héroe paciente se detuvo unos momentos.

En los jardines del palacio abundaban los árboles frutales: ciruelos, granados y manzanos, con frutos que brillaban entre las hojas; olivos, higueras y viñas cargadas de uvas, todo ello bañado por fuentes cuyo repiquetear cristalino se mezclaba con el canto de los pájaros.

Tras admirar el jardín, Odiseo vio ante sí un amplio edificio blanco con muchas columnatas y patios, que era sin duda la casa real.

Avanzó hasta ella y entró. Nadie lo vio pasar.

En el gran salón el rey y sus consejeros cenaban, con la reina Arete y sus doncellas sentadas muy cerca.

Odiseo avanzó hasta arrodillarse ante la soberana y, al hacerlo, la niebla divina que lo envolvía se disipó.

Todos los presentes enmudecieron admirados al contemplar a aquel hombre.

Y Odiseo aprovechó el silencio para presentar su súplica a la reina.

—Noble señora, ante vos me presento, extranjero traído por las tormentas hasta estas costas, para solicitar vuestra ayuda y una nave que me devuelva a mi tierra, pues hace mucho tiempo que ando errante lejos de los míos, padeciendo infortunios.

—¡Pobre viajero! —exclamó la reina amablemente—. Si supiéramos tu nombre y la tierra de donde procedes...

Pero el rey Alcínoo, intervino:

—¡Todo extranjero es bien recibido bajo mi techo! Come antes de responder a nuestras preguntas; después te ayudaremos para que vuelvas ligero y feliz a tu tierra natal.

Entonces Odiseo se sentó en espléndido trono, las doncellas le trajeron agua para que se lavara las manos, y la dispensera colocó ante él los mejores bocados, junto con pan excelente, frutas y vino.

El héroe paciente, aunque tenía aún el corazón apesadumbrado, disfrutó con aquellos sabrosos alimentos.

Terminado el banquete, y una vez que los invitados regresaron a sus hogares, Odiseo quedó a solas en el gran salón con Alcínoo y Arete.

La reina fue quien primero rompió el silencio.

## el profanador de textos

—Extranjero: ahora que has comido y descansado un poco, perdóname si te pregunto de nuevo quién eres y de dónde vienes.

»Y por qué vistes ese manto que tan bien conozco, puesto que se tejió en este palacio.

Odiseo narró cómo se había visto desviado de su camino al volver a su patria desde Troya; cómo la ninfa Calipso lo había retenido siete años prisionero, hasta liberarlo finalmente y permitirle construir una embarcación rudimentaria; cómo Poseidón, por un antiguo resentimiento contra él, había hecho naufragar su nave; y cómo, por último, había sido arrojado a las costas de Feacia, cayendo instantáneamente dormido a causa de la fatiga, para despertarse y descubrir que la princesa y sus doncellas jugaban muy cerca.

Contó también cómo al solicitar la ayuda de Nausícaa, la hija de Alcínoo le había dado el manto y la túnica recién lavados, y también comida y bebida, junto con aceite para ungirse el cuerpo después del baño, explicándole finalmente el modo en que habría de llegar hasta la casa de su padre.

—Tan sólo hallo una falta en el proceder de mi hija —dijo el rey—.

Debería haberte traído con ella en lugar de obligarte a encontrar solo el camino.

Fue la primera persona a la que te dirigiste en busca de ayuda, y tu bienestar descansaba en sus manos.

—No, no; no la reprendais por eso —dijo Odiseo—.

»Me ordenó que la siguiera entre sus doncellas, pero temí que os irritarais al verla regresar con un desconocido siguiendo su carro.

»Los padres de hijas hermosas suelen ser personas celosas.

Alcínoo sonrió, mirando a su huésped de arriba abajo.

—No me parece que yo sea de natural celoso; es más, admiro tu porte y las cualidades que tú pareces tener.

»Y hasta desearía poder entregarte a mi hija en matrimonio, si estuvieras dispuesto a olvidar ese largo viaje a un hogar remoto y a quedarte en la casa que yo construyera para vosotros dos.

Y es que el rey había comprendido que aquel extranjero, cuyo nombre aún desconocía, era de sangre noble, con el valor y la prudencia necesarias para honrar a una esposa.

Luego, al advertir una sombra en las facciones del desconocido y la mirada perdida de sus ojos, añadió:

—Pero si es firme la decisión de regresar a tu tierra, se preparará sin demora esa nave que necesitas, tripulada por los mejores remeros de mi reino.

Luego de un momento de silencio, la reina Arete dijo:

—De todo eso podemos hablar mañana. Ahora es el momento de retirarse a descansar.

Y dio órdenes a sus doncellas para que le llevaran a una habitación con una cama hecha con hermosos tapices y blandas almohadas.

Y de este modo, envuelto en púrpura, durmió Odiseo toda la noche. ♣

## 10 los juegos feacios

Al día siguiente el rey mandó recado a sus súbditos para que preparasen una nave muy marinera y la tuvieran dispuesta en el muelle principal al pie de la ciudad.

Al mediodía los consejeros y capitanes del reino almorzaron con Alcínoo en el gran salón del palacio.

Y allí, mientras comían, Demódoco, el aedo<sup>54</sup> real —un hombre a quien los dioses habían privado de la vista de manera semejante a como algunos humanos ciegan a un pájaro cantor para que sean más dulces sus trinos— celebró con palabras aladas a los héroes de Troya.

Odiseo, al escucharlo, se cubrió la cabeza con un pliegue del manto, como se hace cuando el tiempo es inclemente o cuando se desea ocultar el rostro a los demás.

Pero Alcínoo, que se hallaba a su lado, advirtió que estaba llorando.

Terminada la canción dijo, poniéndose de pie, que ya bastaba de comer abundantemente y escuchando música: había llegado el momento de entretenerse al aire libre con las carreras, la lucha y otros deportes similares.

<sup>54</sup> aedo: l. m. Cantor épico de la antigua Grecia. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Tras abandonar las mesas, todos se congregaron en el ágora junto al palacio.

Los tres jóvenes hijos del rey se apresuraron a reunirse con los de más edad para practicar la carrera, la lucha y el lanzamiento de disco.

Después de un tiempo se les ocurrió que quizás su huésped, hombre con musculatura de luchador, quisiera participar en sus juegos, aunque estuviese muy abatido por la adversidad.

Laodamante, uno de los hijos del rey, se dirigió a él para invitarlo.

Pero Odiseo dijo que su corazón estaba demasiado afligido para entregarse a competiciones atléticas.

Algunos de los jóvenes se ofendieron ante aquella respuesta, y Euríalo, uno de ellos, rió burlonamente.

—*Habrás de disculparnos, extranjero.*

»*Está claro que tu profesión es el comercio, y que sin duda gobiernas una de esas naves de anchas bodegas que transportan mercancías.*

»*No, no tienes aspecto de atleta.*

»*Ha sido un error pensar que te interesarían los juegos atléticos.*

Al escucharlo, Odiseo irguió la cabeza y frunció el entrecejo.

—*Los practiqué en épocas más felices, antes de que me rindiera el cansancio de guerras y viajes desventurados —replicó—.*

»*Y aún es posible, a pesar de todo, que sobreviva en mí algún resto de aquella antigua afición.*

»*Tal vez debería ponerla a prueba para desmentir tus ofensivas palabras.*

Y levantándose impetuosamente, sin apartar siquiera el manto que le cubría, tomó del lugar donde descansaban uno de los discos de bronce más grandes y pesados. Y girando sobre sí mismo lo lanzó con enorme fuerza.

La multitud contempló el resplandeciente arco trazado en el aire y luego corrió a marcar el lugar de la caída, a una distancia muy superior a la de los otros lanzamientos realizados durante la jornada.

Entonces Odiseo, con la sangre encendida corriéndole veloz por las venas, desafió a cualquiera de los presentes a que boxearan o lucharan con él o a que demostrasen su maestría en el tiro con arco.

Pero Alcínoo, quizás poco deseoso de ver cómo sus jóvenes atletas salían derrotados en todos los deportes, rechazó cortésmente aquel ofrecimiento.

—*Permite que te mostremos un talento en el que nadie nos supera.*

Y llamó una vez más al aedo ciego y le pidió música para danzar.

Se formó un amplio círculo en el ágora y el cantor se situó en el centro, mientras los mejores bailarines se congregaban a su alrededor.

Enseguida los pies de los feacios empezaron a moverse rítmicamente al compás de un canto sobre los amores de Ares y Afrodita que el músico ciego hizo tan ligero y amable como una brisa estival.<sup>55</sup>

Luego dos de los danzarines tomaron la hermosa pelota que había fabricado Pólibo, hábil artesano.

<sup>55</sup> Los amores de Ares y Afrodita constituyen uno de los episodios más famosos de la mitología griega. Afrodita, casada con el feo Hefesto, dios de la fragua, era infiel a su esposo tanto con hombres como con dioses, sobre todo con Ares, el dios de la guerra. Enterado Hefesto de las relaciones de Ares con su esposa, se vengará de los dos amantes encerrándolos en una red de oro invisible mientras yacían juntos, y exponiéndolos a la burla de los dioses del Olimpo. [N. del Au.]

Uno de ellos, echándose hacia atrás, la lanzaba con fuerza hasta alcanzar las nubes sombrías, y el otro, dando un ágil salto, la recogía mientras descendía antes de poner los pies en el suelo.

Después de demostrar su destreza con aquellos lanzamientos, empezaron los dos a bailar con danzas sin fin, mientras los otros muchachos golpeaban el suelo con los pies para marcar el ritmo.

—*Nunca vi bailarines como éstos —exclamó Odiseo—. Nadie, sin duda, puede igualaros en destreza.*

Terminada la danza, Alcínoo habló con sus capitanes, diciéndoles que cada uno, antes de que su huésped subiera a bordo de la nave que le esperaba, le hiciese un regalo de oro y ricos vestidos; y que también Euríalo debería ofrecerle algún presente, a manera de reparación por su descortesía durante los juegos.

Los capitanes feacios accedieron gustosamente a este pedido.

El rey en persona ofreció a Odiseo una copa de oro labrado, así como un rico manto y una túnica tejidos por la reina, prendas que Arete guardó para él en un hermoso cofre de madera aromática.

Los capitanes trajeron por turno los regalos que habían de trasladar a la nave.

Último entre todos, Euríalo puso en manos del héroe paciente una espada de bronce<sup>56</sup> con empuñadura de plata y vaina de marfil oscurecido por el tiempo, acompañándola con estas respetuosas frases:

—*Extranjero, recibe mis honores. Si mis palabras fueron descortes, que los vientos de*

<sup>56</sup> Los acontecimientos de la Odisea ocurren en la Edad de Bronce, de ahí que la espada sea de ese material. [N. del Au.]

## el profanador de textos

*tormenta se las lleven lejos y que los dioses te transporten rápidamente y sin contratiempos hasta tu patria, pues tan largos pesares sufriste alejado de los tuyos.*

—También a ti te deseo yo salud y larga dicha —respondió Odiseo—, al tiempo que acepto el regalo que me ofreces como expiación.

»Que los dioses te bendigan y que jamás lamentos la falta de la excelente espada que acabas de entregarme.

Y se colgó del hombro la hermosa espada.

Luego, al acercarse el momento de la cena, las doncellas de palacio lo llevaron a asearse, y, después de lavarse en el agua aromatizada con hierbas que habían calentado para él, Odiseo se vistió con ropa limpia.

Regresaba al gran salón se encontró con la princesa Nausícaa. Era la primera vez, y sería también la última, que se hablaban desde su encuentro en el río, porque en el país de los feacios no era costumbre que las doncellas se sentaran a la mesa con los varones.

—¡Que los dioses te guarden, extranjero —dijo la princesa, con un dejo de tristeza—.

»Y que vientos propicios te lleven por el buen camino.

»Pero procura acordarte de mí porque me debes la vida.

—Os recordaré hasta el fin de mis días —le respondió Odiseo—, porque es verdad que fuisteis vos, gentil señora, quien me salvó la vida.

Luego entró en el gran salón y ocupó su sitio en la mesa, junto a Alcínoo.

De nuevo el aedo tomó la lira y tocó mientras comían. En esta ocasión cantó el episodio del caballo de madera, y relató cómo Odiseo, el fecundo en ardides, había ideado su construcción y había conseguido que los propios sitiados lo introdujeran en Troya.

Celebró al escogido grupo de guerreros que, escondido en su interior y amparándose en la oscuridad de la noche, logró abrir las puertas de la ciudad para que penetraran en ella sus compañeros de armas.

Una vez más el rey advirtió el dolor de su huésped, e hizo detenerse al cantor con un regalo de carne de jabalí todavía caliente, cortada de su porción, como señal de aprecio.

—Advierto —dijo el rey al extranjero sentado junto a él— o — que todas las canciones sobre el sitio de Troya te hacen sufrir.

»¿Has perdido tal vez algún pariente o amigo fraternal ante las lanzas troyanas?

—¡Muchos! —dijo el extranjero—.

»Soy Odiseo, hijo de Laertes y señor de Ítaca.

»Y de la tripulación de los doce barcos que fueron conmigo al sitio de Troya.

»Soy el único sobreviviente.

Un grito de asombro recorrió el gran salón, del que se adueñó enseguida un profundo silencio, mientras los allí presentes contemplaban al huésped de Alcínoo, porque todos ellos habían oído historias y canciones sobre él, como las habían oído sobre héroes antiguos y sobre los mismos dioses.

Fue el rey quien primero rompió el silencio.

—En ese caso te ruego, ¡oh, Odiseo!, hijo de Laertes, que nos relates los viajes que te han traído hasta aquí.

»Porque desde hace mucho tiempo se cuenta que el señor de Ítaca desapareció mientras regresaba a su hogar tras el saqueo de Troya, puesto que nada se había vuelto a saber de él desde que sus naves se separaron de la gran flota griega.

Sin abandonar el gran salón, y hasta muy entrada la noche, Odiseo hizo el relato de sus aventuras.

Habló de los cíclopes, de Circe y de su viaje al reino de los muertos, de Escila y Caribdis, del ganado del Sol y de la pérdida de las naves que aún le restaban; y de cómo llegó finalmente a la isla de Calipso, donde su historia enlazaba con lo que anteriormente les había contado.

Cerca ya del amanecer, terminados el festín y el relato, trasladaron todo el cargamento de oro y ricas vestiduras a la nave que aguardaba.

Odiseo se despidió del rey y de la reina, que también había descendido hasta el puerto para verlo partir.

El héroe paciente puso en las manos de Arete una copa de doble asa para que hiciese la libación a los bienaventurados dioses, y le dijo:

—Mi reina y señora, sed por siempre feliz hasta que lleguen la vejez y la muerte, comunes para todos los seres humanos.

»Seguid gozando de vuestra casa, de vuestros hijos, del pueblo feacio y de Alcínoo, vuestro señor.

Luego subió a bordo y se acostó, envuelto en lienzos de lino, sobre una alfombra gruesa, mientras



la tripulación, después de soltar amarras, empezó a herir con los remos las aguas poniendo proa hacia la remota Ítaca. ♣

## 11 el regreso a Ítaca

Cuando Odiseo despertó del largo y profundo sueño provocado por Atenea, se encontró solo, tumbado bajo un olivo, envuelto aún en los mismos lienzos de lino que le cubrían a bordo de la galera. Y, a su alrededor, todos los ricos presentes regalo de los feacios.

Una espesa niebla matutina, extendida por la diosa de los ojos resplandecientes, ocultaba los accidentes del terreno, para que el hijo de Laertes no supiera que había llegado a Ítaca y emprendiese el camino hacia su hogar antes de que ella pudiera explicarle lo que sucedía en el reino.

Odiseo, en consecuencia, pensó que los feacios le habían desembarcado en algún lugar desconocido incumpliendo sus promesas.

Después de comprobar que aún conservaba los regalos, y de colgarse al hombro la espada con empuñadura de plata, meditó, paseando por la orilla del mar, sobre lo que debía hacer.

Y en aquel lugar en apariencia desierto se le presentó Palas Atenea en figura de joven pastor, vestido con un hermoso manto, como de reyes o nobles, y empuñando una lanza.

*—Que la mañana te sea propicia —le saludó Odiseo, sin reconocer a su benefactora—.*

*»¿Podrías decirme qué tierra es ésta?  
»¿Son hospitalarios sus habitantes?*

*—O eres un simple o vienes de tierras lejanas —respondió Atenea—.*

*»La isla que pisan tus pies, extranjero, es Ítaca, cuyo nombre se conoce en lugares tan alejados de estas playas como la misma Troya.*

Una gran alegría se apoderó de Odiseo al saber que se hallaba de nuevo en su tierra.

Pero llevaba demasiado tiempo ausente, e ignoraba cómo serían aquellos que todavía eran niños cuando él había partido hacia Troya, ni qué recibimiento le reservarían.

Quizás un nuevo rey ocupaba el trono; un nuevo rey que podía incluso no ser su hijo.

Decidió, por tanto, no decirle al joven quién era, sino fingirse cretense.

Y después, para explicar su presencia en Ítaca, rodeado de tantos tesoros, pero ignorante de dónde se encontraba, se inventó otra larga y detallada aventura, explicando cómo en Creta uno de los hijos del rey Idomeneo había tratado de robarle el rico botín ganado en Troya.

En la pelea subsiguiente había matado al príncipe y, temiendo por su vida, después de reunir sus posesiones, escapó a bordo de una nave fenicia dedicada al comercio, cuyos tripulantes prometieron llevarlo hasta Pilos.

Pero el viento los había apartado de su ruta, obligándoles a tomar tierra y a pernoctar allí; sus compañeros debían de haber seguido su camino por la mañana, dejándolo dormido.

## el profanador de textos

Al llegar a aquel punto, el joven se echó a reír. Y en el mismo instante desapareció, siendo sustituido por Atenea, tan majestuosa como bella.

—¡Ah, el ingenio de Odiseo! —dijo, burlona—.

»A mí, sin embargo, que tantas veces te ayudé antes de Troya y que he seguido haciéndolo en el país de Alcínoo, no me has reconocido!

Y Odiseo la miró de arriba abajo.

—No me ayudasteis cuando tanto lo necesitaba en mis difíciles momentos de horribles peligros en el mar.

»¿Cómo puedo estar seguro de que ahora sois mi amiga?

»¿Cómo tener siquiera la seguridad de que me encuentro en mi propia isla?

—¿Acaso podía yo oponerme a Poseidón, hermano de mi padre y señor del mar, cuya cólera ardía contra tí al rojo vivo por la ceguera de su hijo?

»Pero todo eso pertenece al pasado.

»Ahora ya estás en tu país y soy libre de ayudarte como quiera.

»Mira a tu alrededor y verás que, en efecto, estás en Ítaca.

Mientras hablaba, la nube gris que los rodeaba se disipó de igual modo que el sol disipa la niebla matutina, y Odiseo contempló el relieve de la tierra que tan bien conocía y tanto amaba: la curva de la bahía entre sus dos promontorios, las laderas boscosas de las montañas que iniciaban su ascenso casi desde la orilla y, a la distancia de un tiro de arco, la cueva de

las náyades,<sup>57</sup> con su entrada protegida por olivos de hojas plateadas.

Y el héroe paciente se puso de rodillas, sintiendo que el corazón estaba a punto de salirse del pecho, y besó el arenoso suelo de su hogar.

Pero pronto la alegría se transformó en cólera al relatarle Atenea el lamentable estado del país al que regresaba, así como los sufrimientos de Penélope, quien, en aquel momento, no disponía siquiera de la ayuda de su hijo para mantener a raya al enjambre de los pretendientes.

Porque Telémaco había partido con ánimo de obtener de Menelao y de Helena, la de las hermosas mejillas, noticias sobre su padre.

—Dulce señora, decidme lo que debo hacer, ¡porque me falla el ingenio! —exclamó Odiseo, arrodillado, con el rostro entre las manos.

—Escondamos primero tu tesoro, antes de que alguien lo vea y se pregunte cuál pueda ser el significado de tanta riqueza —dijo Atenea.

De manera que trasladaron las copas de oro y las hermosas vestiduras a la cueva, cuya entrada tapó la diosa con una roca.

Entonces Atenea disfrazó a Odiseo mediante un hechizo, transformando sus magníficas vestiduras en harapos y, su manto en una piel de ciervo medio pelada.

También le llenó de arrugas el rostro y borró por completo el brillo de sus ojos, con lo que el héroe paciente se asemejó de nuevo al mendigo que, años atrás, había penetrado furtivamente en Troya para robar la estatua de la diosa.

—Ahora —le ordenó Atenea—, atraviesa la isla hasta llegar a la granja de Eumeo, tu porquero.<sup>58</sup>

»Ya es anciano, pero sigue siéndote leal.

»Espera allí entre los cerdos, mientras yo voy en busca de Telémaco para traerlo a la casa.

Y un instante después ya había desaparecido, sin dejar tras ella más que la vibración del aire.

Y Odiseo volvió la vista hacia los abruptos senderos de montaña que llevaban hacia el interior de la isla.

Cuando Odiseo llegó a la granja, Eumeo, sentado junto al umbral de su choza, cortaba cuero de buey para hacerse unas sandalias.

Sus cuatro perros, con traza de fieras, corrieron ladrando al encuentro del extranjero y lo habrían atacado si su amo, levantándose, no los hubiese ahuyentado con una lluvia de piedras.

El porquero recibió amablemente al falso mendigo, llevándolo hasta su choza en la granja y ofreciéndole comida y vino dulce como la miel.

Y después, contento de tener a alguien con quien hablar, le contó la prolongada ausencia del rey, su señor, y lamentó la altivez y la avaricia de los jóvenes pretendientes que habían hecho del palacio su casa y que querían obligar a la reina a casarse por segunda vez.

El porquero había querido entrañablemente a su amo, y la historia de sus desgracias se había convertido en profundo motivo de queja personal, queja que, como sucede con los ancianos, Eumeo repetía una y otra vez a cualquiera dispuesto a escucharla.

<sup>57</sup> Las náyades, hijas de Zeus, eran ninfas de los ríos, fuentes y estanques. [N. del Au.]

<sup>58</sup> porquero, ra: l. m. y f. Persona que guarda los puercos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Odiseo le oyó con un comprensible interés, y cuando el porquero terminó su historia, le aseguró que su señor estaba vivo y que pronto volvería a su hogar, porque él mismo había tenido noticias tuyas durante sus infortunados viajes.

Eumeo no dio crédito a la historia inventada que Odiseo le relató, porque pensó que el recién llegado le contaba lo que creía que él deseaba oír.

Pero le escuchó cortésmente y más tarde, cuando los peones regresaron de los campos conduciendo a los cochinitos, y llegó la hora de la cena, le obsequió con excelente cerdo asado, dejándole comer hasta saciarse.

Después, mientras esperaban la hora de conciliar el sueño, Odiseo los entretuvo a todos con más historias inventadas sobre la guerra de Troya.

Atenea, mientras tanto, se hallaba en el palacio de Menelao, junto a un Telémaco insomne, angustiado por las penas de su madre e inquieto por la situación en haca.

La diosa procedió a explicarle que Penélope había terminado por ceder, comprometiendo a casarse con uno de los pretendientes, por lo que debía regresar de inmediato si quería evitarlo.

*—Has de tomar una ruta distinta de la que aquí te traje —le explicó—, porque Antínoo, con una veloz galera, está esperando*

*en el estrecho entre Ítaca y las abruptas costas de Samos, para quitarte la vida e impedir que vuelvas a tu hogar.*

*»Cuando desembarques, manda a tus remeros a la ciudad. Pero tú, sin que nadie te acompañe, has de cruzar a pie la isla hasta la granja de Eumeo, vuestro porquero, que todavía os es leal a ti y a tu padre.*

Telémaco y su amigo Pisístrato se despidieron por la mañana de Menelao y Helena, quienes les ofrecieron, como regalo de despedida, una copa de oro y una cratera de plata.

Helena añadió a los demás presentes una túnica de seda, la más hermosa de todas las que ella misma había bordado, y al entregársela a Telémaco, le dijo:

*—Yo también, hijo mío, te ofrezco este don, recuerdo de las manos de Helena, para que lo lleve tu esposa en la fecha feliz de tus bodas.*

*»Mientras tanto, que lo conserve tu madre.*

*»Te deseo que regreses con dicha a tu casa y al país de tus padres.*

Cuando ya estaban a punto de marcharse, con el carro preparado a las puertas del palacio y los caballos impacientes y nerviosos bajo el yugo, un águila descendió desde las cumbres montañosas para llevarse entre las garras una de las ocas blancas que se alimentaban en un corral.

Alcanzada la presa, remontó de nuevo el vuelo, seguida por los gritos de hombres y mujeres.

*—Un presagio, .. sin duda —dijo Pisístrato, viendo cómo el águila se empequeñecía en la distancia—.*

*»Pero, ¿para vos?, ¿para Menelao, mi rey y señor?, o ¿para nosotros dos?*

*—Si me permitís unos instantes de recogimiento, profetizaré lo que los omnipotentes me dicten —respondió Helena—.*

*»De la misma manera que el águila rapaz ha descendido de las cumbres montañosas donde está su nido con sus crías para acabar con una oca criada en casa, también Odiseo regresará, tras muchos años de padecimientos, para vengarse de quienes engordan en torno al fuego de su hogar.*

Al día siguiente los viajeros llegaron a Pilos. Pisístrato se dirigió inmediatamente al puerto, a petición de Telémaco, y subieron al barco los espléndidos vestidos, el oro y los demás regalos del gran Menelao, porque el hijo de Odiseo no quería regresar al palacio de Néstor, temeroso de que el buen anciano insistiera en retenerlo cuando más urgente era su regreso a Ítaca.

Enseguida llamó a los remeros, subió a bordo y al instante zarparon.

Cerca ya de su destino, plegaron el velamen, bajaron el mástil y fueron remando hasta un buen fondeadero.

Telémaco mandó entonces a su tripulación hacia la ciudad por la costa, tal como la diosa Atenea le había ordenado, y él ascendió por las colinas hacia la granja del porquero.

Odiseo y Eumeo acababan de reavivar el fuego para preparar el desayuno, después de que los peones salieran con los marranos para llevarlos a pacer en el prado, cuando un joven atravesó las puertas de la granja sin que los perros ladraran como siempre.

Antes bien, después de llegarse a él, lo rodearon moviendo alegremente la cola.

## el profanador de textos

El porquero se puso en pie, lanzando un grito de alegría, y corrió a saludar al recién llegado, volcando, en su precipitación, el cuenco en el que estaba mezclando vino yagua.

Al seguirlo Odiseo con la mirada, vio, como antes lo había visto Helena, cuánto se le parecía aquel joven a él y a su padre Laertes.

Y supo, conteniendo el aliento, que aquél era el hijo que había visto por última vez, recién nacido, en brazos de su madre cuando las naves negras se disponían a partir camino de Troya.

El porquero abrazó a Telémaco como a un hijo largamente perdido, mientras el joven, palmeando la espalda del anciano, le preguntó si aún estaba a tiempo de impedir el matrimonio de su madre.

Luego, mientras Eumeo arrastraba hacia la choza a su joven amo, continuaron los dos hablando a la vez.

Odiseo, recordando su apariencia de mendigo, trató de ponerse en pie al entrar el joven, pero el príncipe no se lo permitió, diciendo:

*—Hay aquí espacio más que suficiente para dos invitados.*

Para acoger al recién llegado, tendió entonces el porquero sobre el suelo unas ramas que cubrió con vellón.<sup>59</sup> y los tres juntos se desayunaron con carne asada, sobrante de la víspera, pan de trigo y vino, que bebieron en cuencos de madera.

Y mientras comían, el príncipe y el porquero hablaron de lo que debía hacerse con el viejo mendigo, quien, ensimismado, parecía interesarse únicamente por los alimentos que tenía delante.

<sup>59</sup> vellón: 1. m. Conjunto de la lana de un carnero u oveja que se esquila. 2. m. zalea (cuero curtido de oveja o carnero con su lana). 3. m. Vedija o guedeja de lana. Diccionario RAE [n. del pr.]

Al final decidieron que Telémaco no podía llevar a un invitado tan harapiento~ a casa de su madre, no fuese a insultarlo y maltratarlo el grupo de jóvenes allí reunidos, por lo que Eumeo debía retenerlo en la granja, aunque el príncipe enviaría ropa y alimentos desde palacio para que el mendigo no fuese una carga.

Luego Telémaco pidió al porquero que se pusiera en camino y buscara la manera de decirle a la reina que su hijo había regresado sano y salvo.

Apenas acababa Eumeo de ponerse en camino cuando los perros se levantaron gimiendo y, con el rabo entre las piernas, se ocultaron en el rincón más distante de la puerta, porque Atenea, la de los ojos resplandecientes, había aparecido en el umbral.

Telémaco no la vio, tan sólo Odiseo y los perros, quienes, advirtiendo una presencia sobrenatural, tuvieron miedo.

Odiseo salió de la choza para hablar con la diosa, y Atenea le ordenó que se diera a conocer a su hijo ahora que se hallaba a solas con él, y procedió a tocarlo con su vara de oro.

Al instante volvieron a cubrirle los miembros la túnica y el manto bien lavados, ganó su cuerpo en juventud y estatura, se le avivó el color moreno de la piel, se le rellenó el rostro y el mentón se le cubrió con una hermosa barba de reflejos azules.

Al entrar de nuevo en la choza, Telémaco, todavía sentado junto al fuego, advirtió el cambio y se incorporó precipitadamente.

*—Extranjero —dijo, embargado por el asombro—, ¡cuán distinto te muestra del anciano que salió hace tan sólo unos momentos!  
»¡Eres sin duda uno de los dioses inmortales!*

*—No soy un dios —le replicó Odiseo, el héroe paciente—, sino tu padre, por quien gimes y sufres tanto, y que por fin ha regresado al hogar, aunque disfrazado de mendigo o convertido en un apuesto joven por la diosa Atenea, para evitar que me reconozcan mis enemigos.*

Telémaco movió incrédulo la cabeza.

*—No es posible que tú seas mi padre.  
»Te ruego que si no eres Odiseo, no aumentes la amargura de mi dolor con semejante fingimiento.*

*—Cree lo que te digo —respondió su padre—, porque es cierto que ningún otro Odiseo habrá de llegar a estas tierras, pues no hay otro más que yo, ni nunca lo ha habido.*

Abrazó entonces Telémaco a su padre, con los ojos arrasados por las lágrimas.

Ambos dieron rienda suelta al llanto, como si fueran aves a quienes los labriegos hubieran robado las crías, incapaces aún de alzar el vuelo.

Pasado algún tiempo, y de nuevo sentados, Odiseo narró a su hijo brevemente sus viajes, revelándole la existencia de los regalos escondidos en la cueva de las náyades.

Contada su historia, pidió detalles sobre los pretendientes: cuántos eran, de qué armas disponían, y otras cuestiones semejantes.

*—Ciento ocho, —le dijo Telémaco—.  
»Y con ellos uno de sus propios criados que les había sido infiel.  
»Y el aedo real, de quien se habían apoderado y a quien obligaban a cantar en sus fiestas.*

## el profanador de textos

»Todos eran jóvenes fuertes que habían acudido a cortejar a la reina con sus espadas, pero sin escudo ni armadura.

—¡En verdad que es grande la desigualdad!  
—exclamó Odiseo—.

»Pero estoy convencido de que conseguiremos vencerlos, porque contamos con la amistad de Atenea, más valiosa que muchos guerreros.

Enseguida procedieron a preparar un plan de acción: Telémaco regresaría a palacio a la mañana siguiente y, por descortés que fuese el comportamiento de los pretendientes, no se dejaría arrastrar a una confrontación abierta.

Avanzada ya la jornada se presentaría Odiseo con su disfraz de mendigo, solicitando hospitalidad.

Cuando llegara el momento oportuno, el héroe paciente haría una señal a Telémaco para que recogiese las armas que colgaban de las paredes del gran salón y las escondiera en lugar seguro.

—¿Y qué diré, si ese grupo de pretendientes advierte su ausencia? —preguntó el hijo de Odiseo.

—Diles primero que las pusiste a resguardo para que no las estropeará el humo del fuego.

»Y si preguntan de nuevo, dirás que no deben estar a la vista, no sea que los invitados de tu madre se vuelvan pendencieros a causa del vino.

Y los dos rieron juntos. i

—¿Qué más? —preguntó Telémaco.

—Recuerda tan sólo —dijo Odiseo— que nadie, ni hombre ni mujer, ha de saber que el anciano mendigo que se sienta en el rincón no es lo que parece. ♣

## 12 el mendigo en el rincón

A la mañana siguiente Telémaco regresó al palacio, y allí encontró a la mayoría de los pretendientes ejercitándose con la lanza y el disco, mientras los demás presidían el sacrificio de varias reses para el almuerzo del mediodía.

Al ver al hijo de Odiseo, el montón de los pretendientes lo recibió con fingida cordialidad, porque comprobó que había dejado de ser muchacho para convertirse en hombre y, sin duda alguna, en un peligro para todos ellos.

Telémaco, que no olvidaba la trampa que le habían preparado, sabía que se proponían asesinarlo, pero tampoco dejó traslucir sus sentimientos.

La reina Penélope, a quien Eumeo había prevenido de la llegada de su hijo, lo recibió mitad enojada, mitad llorando de alegría al verlo sano y salvo.

Telémaco la consoló hablándole de su viaje y de las nuevas recogidas acerca de Odiseo, así como de la renovada esperanza en la proximidad de su regreso.

Anhelaba contarle toda la verdad, explicarle que había estado con su padre aquella misma mañana y que lo había dejado en la granja del porquero, pero recordó las instrucciones de su padre y guardó silencio.

Eumeo, mientras tanto, cumplida su misión en el palacio, había regresado a la granja.

Atenea, sin embargo, disfrazó de nuevo a Odiseo de mendigo, por lo que el porquero siguió sin reconocer a su antiguo amo, quien le manifestó su deseo de bajar a la ciudad y visitar el palacio real, explicándole que colinas deshabitadas y pastizales le eran de muy poca utilidad, ya que para ejercer su profesión necesitaba lugares concurridos.

Eumeo, dejando a perros y peones al cuidado de la granja, proporcionó a su huésped un cayado en el que apoyarse y juntos iniciaron la marcha por la senda que descendía hacia la llanura.

Cerca ya de la ciudad encontraron al cabrero real, Melantio, que había tomado partido por los pretendientes con la esperanza de que cuando cualquiera de ellos llegase a rey se mostraría generoso con quienes lo habían apoyado.

Melantio, al tropezarse con Eumeo —que había permanecido fiel a su señor—, empezó a insultarlo, llamándolo granuja e inútil, y trató de apartar a Odiseo del sendero con un puntapié.

El héroe paciente estuvo tentado de acabar allí mismo con él, pero se contuvo para no descubrirse.

Haciéndose a un lado, Odiseo siguió su camino, permitiendo que el cabrero continuara insultándolos mientras se alejaban.

Sin sufrir ya ningún otro encuentro desagradable llegaron poco después al patio exterior del palacio.

Había junto a la puerta un montón de estiércol, abono preparado ya para transportarlo a los campos, y, encima del tibio montículo, dormitaba un perro viejo —gran sabueso en otro tiempo, pero ahora flaco y lleno de garrapatas, lejanos sus días de cazador—, que alzó la cabeza cuando los dos caminantes hicieron una pausa cerca de donde se encontraba.

Odiseo y el can se miraron, y el viejo sabueso, que reconoció a su amo bajo el disfraz de mendigo, agachó las orejas y meneó el rabo, aunque no tenía ya fuerzas para levantarse y acudir a su encuentro.

Odiseo comprendió que se trataba de su perro Argos, poco más que un cachorro cuando partió hacia Troya a bordo de las naves negras.

Y tuvo que enjugarse con discreción una lágrima.

*—Es bien triste —dijo, para ocultar su dolor a Eumeo ver a un animal como ese tumbado sobre un montón de estiércol.*

Se diría que fue un buen perro de caza en otros tiempos.

*—¡Lo fue! —respondió Eumeo—. Y en su época los jóvenes salían con él a cazar ciervos y jabalíes, incluso liebres.*

*Pero su amo pereció en tierra extraña, y los criados, descuidados, no se ocupan de él, sobre todo en estos tiempos terribles, con el palacio en tanto desorden.*

Entonces penetró en la casa y se fue derecho al gran salón donde estaban reunidos los pretendientes.

Pero Odiseo se quedó unos instantes junto a su perro, el único que lo había reconocido.

Hubiera querido acucillarse y acariciar la vieja cabeza cansada, pero había demasiados espectadores y no hubiera sido prudente.

Y en aquel instante el escuálido cuerpo se estremeció; Argos, después de haber visto al amo al que esperaba desde hacía diecinueve años, acababa de morir.

Odiseo siguió entonces los pasos de Eumeo.

No entró en el gran salón, el salón de su propia casa, donde cenaban los pretendientes y tocaba el

aedo, sino que se sentó en un rincón junto a la puerta, la espalda contra una de las columnas de madera de cedro.

Allí lo vio Telémaco, desde su privilegiada posición junto al hogar central, y encargó a Eumeo que le llevara un trozo de pan y una tajada de cerdo.

Odiseo consumió los alimentos que se le ofrecían y luego, deseoso de poner a prueba a los pretendientes para ver si había entre ellos algún corazón bondadoso, se dispuso a recorrer el salón, pidiendo limosna a los comensales.

Algunos de los jóvenes pretendientes le arrojaron mendrugos y restos de carne, pero Antínoo —que acababa de regresar de su inútil espera bajo los acantilados de Samos— le arrojó la tarima en que apoyaba los pies, alcanzándole en la espalda, junto al hombro derecho.

*—Si existen deidades o furias<sup>60</sup> que venguen al menesteroso —exclamó*

Odiseo—, ¡que la muerte sorprenda a Antínoo antes de su boda!

De los labios de los demás pretendientes surgieron murmullos de protesta y risas que mostraban su desprecio por las amenazas de un mendigo.

Aunque no desconocían los peligros de maltratar así a un desconocido bajo cuya apariencia bien podía esconderse un dios.

Las esclavas que se hallaban en el salón cuando se produjo el incidente no tardaron en llevar noticia de lo sucedido a los aposentos de Penélope, a quien llenó de indignación que tales cosas pudieran acontecer bajo su techo.

<sup>60</sup> furia: 7. f. Mit. Cada una de las tres divinidades infernales en que se personificaban la venganza o los remordimientos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Desde hacía tiempo, por otra parte, había sido costumbre suya conversar con cualquier extranjero o viajero que llegara a palacio, con la esperanza de que pudiera darle nuevas de su esposo ausente.

La reina, en consecuencia, mandó llamar a Eumeo y le pidió que trajera al mendigo a sus habitaciones.

Pero cuando Odiseo supo cuál era el deseo de la reina, le mandó recado con el porquero, explicando que ya se le había agredido una vez en el salón y que no volvería a entrar en la casa hasta que el grupo de los pretendientes hubiera regresado a sus hogares para pasar la noche.

Odiseo decidió esperar en el umbral, pero la tranquilidad no le duró, porque llegó a palacio otro pordiosero que, durante mucho tiempo, había sido, por así decirlo, el mendigo reinante.

Iro, que así lo llamaban, aunque grande de cuerpo, carecía de robustez y vigor, pero al encontrarse en el umbral con el recién llegado adoptó un tono autoritario.

—¡Márchate de aquí si no quieres que te saque a patadas!

—Hay sitio suficiente para los dos —le respondió Odiseo mansamente.

Pero el otro, encendido el rostro por la cólera, le exigió a gritos que se pusiera en pie y luchara si quería seguir ocupando aquel sitio.

Los pretendientes, aburridos de no tener más diversión que cantos y danzas, se entusiasmaron con la posibilidad de una pelea entre dos mendigos podía ser un espectáculo divertido.

Empezaron a aplaudir y a golpear rítmicamente el suelo con los pies pidiendo que empezara el combate.

Prometieron, al vencedor, que podría hartarse con las morcillas que habían sobrado de la cena, además de ser coronado rey de los mendigos, título con el que adquiriría el derecho exclusivo a pedir limosna.

Odiseo, viendo que la confrontación resultaba inevitable, se desnudó de cintura para arriba.

Iro, al descubrir el vigor de sus brazos, hubiera preferido renunciar a la pelea, pero los pretendientes ya habían formado un círculo y, gritando y riendo, lo forzaron a seguir adelante.

El combate no duró mucho. Cuando Iro intentó torpemente alcanzar a Odiseo en el hombro derecho, éste le golpeó con precisión en el cuello y lo derribó, cayendo con la nariz y la boca ensangrentadas.

A continuación el héroe paciente arrastró al mendigo hasta dejarlo apoyado contra la pared, donde siguió sangrando, mientras los espectadores reían y aclamaban al nuevo rey de los mendigos.

Pero cuando Odiseo, cansado de sus burlas, les dijo que harían bien volviendo definitivamente a sus hogares, no fuese a regresar el señor del palacio y los encontrara que convirtieron su salón en un chique-ro, montaron en cólera y Eurímaco, uno de ellos, le lanzó un taburete.

El héroe paciente lo esquivó, acuclillándose, pero el proyectil alcanzó en cambio a uno de los escanciadores,<sup>61</sup> por lo que se derramó el contenido de una gran cratera, produciéndose un nuevo alboroto.

<sup>61</sup> escanciador, ra: l. m. y f. El que sirve el vino. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Finalmente los jóvenes pretendientes, vencidos por el sueño después de tanto comer y beber, abandonaron el palacio para volver a sus alojamientos en la ciudad.

Odiseo y su hijo recogieron las armas de bronce que colgaban de las paredes y las trasladaron a uno de los sótanos.

Después de ponerlas a buen recaudo, Telémaco se retiró a dormir en su aposento, al que se entraba desde el patio.

Odiseo, por su parte, continuó sentado en el salón en penumbra, esperando la llegada de Penélope.

Aparecieron primero sus doncellas, charlando y riendo entre sí, para recoger los restos de la fiesta.

Las jóvenes se sorprendieron al encontrar allí al viejo mendigo, y una de ellas, Melanto, trató de ahuyentarlo como si fuera un animal doméstico salido del corral, y le amenazó con una antorcha.

Pero Penélope, que la seguía muy de cerca, la oyó y la reprendió, ordenando que se reavivara el fuego en el hogar central y se colocara cerca una silla para el anciano.

Una vez que el mendigo se sentó y salieron las doncellas, Penélope se instaló en su sillón, recubierto de pieles de carneros blancos, y le preguntó quién era y de dónde procedía.

Como Odiseo no estaba dispuesto a contarle aún la verdad, optó por inventarse una nueva historia.

Dijo ser un príncipe cretense que, si bien no se había sumado a los griegos en su expedición contra Troya, había tenido ocasión, durante aquel viaje, de recibir a Odiseo como huésped mientras se reparaban los daños que una tormenta había causado en algunas de sus naves.

Penélope lloró al oír aquel relato, aunque fuera de tiempos tan remotos.

## el profanador de textos

Como, además, habían sido tantas las falsas historias que otros viajeros le habían contado a lo largo de los años, quiso poner a prueba a su interlocutor.

—Dime —le preguntó— cómo iba vestido mi señor, porque anhelo oír cualquier cosa que con él se relacione.

Odiseo sonrió para sus adentros, pero respondió con gran seriedad.

—Es difícil describirlo después de tanto tiempo, pero trataré de explicarlo según se me representa en el recuerdo.

Vuestro esposo llevaba un doble manto de lana púrpura; se lo ajustaba con un broche de oro y tenía la parte anterior adornada con hermosas figuras: un perro sujetaba con las patas a un cervatillo y le hincaba los dientes.

Y bajo el manto, una túnica de espléndida seda, con aspecto de piel de cebolla seca y delgada, tal era de pulida y suave, y semejante al sol por su brillo.

Y Penélope rompió de nuevo en sollozos, porque había sido ella quien había regalado el broche y el manto a su señor en el momento de partir.

—No marchitéis más vuestra hermosura ni aflijáis el alma llorando por vuestro esposo —le dijo Odiseo—, porque durante los últimos viajes que la adversa fortuna me ha obligado a hacer, nuevamente he tenido noticias tuyas.

»Sé que vive todavía, que ha perdido a todos sus compañeros y que se acerca el momento de su regreso.

Penélope no se atrevía a creer las palabras del mendigo, porque otras muchas veces había juzgado ciertas noticias falsas.

Pero tampoco podía rechazar por completo la esperanza que aquel desconocido le ofrecía, por lo que, agradecida, llamó a Euriclea, la anciana nodriza, y le pidió que trajera agua para lavar los pies de su huésped, que estaban cubiertos de polvo y agrietados por los muchos caminos recorridos.

Al ver quién iba a encargarse del lavatorio, Odiseo se sentó en la sombra, dando la espalda al fuego del hogar antes de que la anciana preparase el brillante caldero.

—Aunque soy una pobre vieja estúpida —murmuró Euriclea—, te serviré con gusto, en recuerdo de mi antiguo amo, quien, a buen seguro, también habrá echado en falta en tierra extranjera la presencia de alguna mujer que aliviara sus pies doloridos.

»Pero presta atención a lo que voy a decir: muchos pobres errantes han pasado por esta casa, más nunca vi a nadie que, en cuerpo, extremidades y voz, se pareciera a Odiseo tanto como tú.

—Otros que nos han conocido a los dos dijeron lo mismo —la atajó con presteza el héroe paciente.

Pero en aquel instante, al bajar la vista mientras apartaba los harapos que le cubrían las piernas, Euriclea reparó en una larga cicatriz blanca que le recorría el muslo: la huella que había dejado durante una cacería el colmillo de un jabalí cuando Odiseo era poco más que un niño.

La anciana nodriza reconoció al instante la antigua herida, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Odiseo, mi niño querido! —susurró—.

»¡No te he reconocido hasta después de palparte las carnes!

Tan sólo Euriclea, además de Argos, el perro fiel, había reconocido a Odiseo bajo su disfraz de mendigo.

La anciana dejó caer en el agua tibia del caldero el pie de su señor y se volvió para comunicar a gritos a Penélope, que se hallaba muy cerca, la buena nueva.

Pero como aún no había llegado el momento de que la reina supiera la verdad, Atenea había alejado sus pensamientos de lo que estaba sucediendo junto al hogar.

Odiseo, mientras tanto, tapó con la mano derecha la boca de su nodriza y, acercándola a sí con la izquierda, y le habló suavemente:

—¡Guarda silencio, por favor, querida anciana!

»¿Acaso quieres ser causa de mi muerte?

Ella, mirándolo, entendió sus razones e hizo con la cabeza un gesto de asentimiento.

—Permaneceré callada como una tumba, hijo mío.

Y, con manos temblorosas, prosiguió su tarea.

Cuando Euriclea abandonó el salón, después de lavar y ungir los pies de Odiseo, se volvió Penélope hacia el extranjero y empezó a contarle sus penas.

Le dijo que había tenido un sueño en el que veinte gansos que se alimentaban en su casa eran aniquilados por un águila enorme.

Luego añadió que si Odiseo no regresaba pronto, tendría que ceder al fin y aceptar por esposo a uno de los pretendientes.



Pero, ¿cómo elegir entre ellos cuando, en realidad, no quería a ninguno?

Finalmente levantó la vista y dijo:

—*El arco de mi señor aún sigue en palacio.*

*Un gran arco que muy pocos hombres son capaces de tensarlo.*

»*Recuerdo que, de joven, solía colocar las anillas de doce hachas en hilera, como si fueran soportes de un navío en construcción, y luego, alejándose, disparaba una flecha y la hacía pasar por el interior de sus doce anillas.*

»*Someteré a tal prueba a mis pretendientes!*

»*Elegiré como esposo a quien, tomando en sus manos el arco de Odiseo, más aprisa lo arme y traspase las doce anillas.*

»*Luego me marcharé con él y me despediré para siempre de esta casa que ha sido mi hogar desde que me casé con mi esposo.*

—*Celebrad mañana la prueba —dijo el héroe paciente—, porque antes incluso de que otro hombre empuñe su arco, se presentará aquí Odiseo.*

Penélope subió después al piso superior con sus esclavas, y se entregó al llanto por su esposo hasta que Atenea, la de los ojos resplandecientes, fue a verter sobre sus párpados un dulce sueño. ♣

### 13 el concurso de tiro con arco

Odiseo pasó el resto de la noche sobre un montón de pieles de oveja en el pórtico del palacio, meditando la ruina de sus enemigos, a quienes vio salir del palacio riendo y bromeando con las sirvientas desleales.

Finalmente le venció el sueño que tanto necesitaba.

A la salida del alba se encomendó a Zeus pidiéndole un signo favorable.

Apenas había terminado su plegaria, el dios le envió desde el Olimpo un trueno que resonó con fuerza en el cielo despejado.

El héroe paciente escuchó además la voz de una sierva que, allí cerca, molía trigo para que los pretendientes pudieran saciarse de pan tierno.

Debido a su mayor edad y menor fuerza, aún seguía moliendo su parte de trigo cuando sus compañeras ya habían terminado.

—*Padre Zeus —decía aquella mujer—, que riges a dioses y hombres.*

»*Sin duda, ese trueno es una señal de tu aprecio por algún mortal afortunado.*

»*Te ruego que concedas a esta pobre desdichada participar de su buena fortuna; haz*

*que sea ésta la última vez que muelo trigo para esa plaga de langostas que invadió el palacio de mi señor.*

»*Mis continuas fatigas me deshacen los miembros.*

»*¡Ojalá sea ésta la última de sus fiestas!*

Así habló, y Odiseo gozó de oírla tras el trueno del dios, sintiendo que el corazón se le llenaba de ánimo.

Pronto las demás criadas empezaron a trabajar: barrieron y rociaron con agua los suelos de tierra, cubrieron de rojos tapetes labrados las sillas, frotaron las mesas con esponjas y lavaron cráteras y copas bajo el ojo vigilante de Eurínome, el ama.

Mientras tanto, otras iban y venían a la fuente para proveer el agua.

Apareció Eumeo con cerdos de la granja y saludó a Odiseo como a viejo amigo.

Mientras conversaban se les acercó Melantio, el cabrero, quien llegaba con los mejores animales del rebaño para el banquete de los pretendientes.

Al ver a Odiseo se desató en injurias:

—*¿Aún aquí molestando, forastero? ¡Más vale que te marches pronto, porque de lo contrario te echaré yo mismo!*

Se acercó después Filetio, mayoral<sup>62</sup> de pastores, con ganado para la mesa, y, al saber del maltrato que aquel mendigo de porte majestuoso había recibido de los pretendientes, se fue directamente a él y, tomándole la mano, le dijo:

—*¡Salud, venerable huésped!*

<sup>62</sup> mayoral, la: 1. m. y f. En las labranzas y en las cabañas de mulas, cabeza o capataz que manda a los otros mozos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

» ¡Y que seas al menos feliz de ahora en adelante!

» Has llegado en un momento difícil, pero la suerte cambia.

» Tal vez te sonría el hado<sup>63</sup> cuando menos lo pienses, de la misma manera que pueden caer en desgracia esos gorriones<sup>64</sup> que devoran mis mejores novillos.

Llegaron luego los pretendientes, como una ruidosa manada de gansos amontonándose para el almuerzo, y por último apareció Telémaco, empuñando una lanza y con dos de sus sabuesos pisándole los talones.

El hijo de Odiseo indicó al anciano mendigo que tomara asiento en el interior del salón y ordenó a los criados que le sirvieran las mismas porciones que a todos.

Sin embargo, Ctesipo, uno de los pretendientes, habló en estos términos:

—No sería decoroso desairar a quien Telémaco alberga en su casa.

» El huésped ha recibido ya una ración como la nuestra, pero yo voy a obsequiarle con otra.

Y diciendo esto, le lanzó con toda su fuerza una pata de res que halló en un canasto.

El mendigo, sin embargo, la esquivó agachándose y el proyectil fue a dar contra el muro.

Telémaco, aunque estaba solo frente a toda una multitud, protestó indignado, sin olvidar, por otra parte, la obligación que tenía de mantener la paz hasta que llegara el momento oportuno.

Su cólera, extrañamente, hizo que se extendiera por el salón abarrotado, como viento poderoso, un raro cambio del ánimo.

Los pretendientes empezaron a reír y a llorar desenfrenadamente al mismo tiempo, sin saber por qué.

Pero Atenea, que les había trastornado el juicio, sí lo sabía.

En aquel punto se oyó la voz del noble Teoclímeno, vidente huésped de Telémaco:

— ¡Desgraciados! Sumidos están en la noche vuestros rostros, las lágrimas os corren por las mejillas, y el aire se llena con el ruido de vuestros sollozos.

» Las paredes chorrean sangre y en el patio vuestros fantasmas corren hacia el Erebo.

» Se ha eclipsado el sol en el cielo y una niebla funesta lo cubre todo.

Pero ellos rieron aún más alocadamente y le ordenaron que se marchara a la ciudad si tanta oscuridad encontraba en el palacio.

— ¡Eso haré! — dijo el vidente —.

» Porque la muerte se os viene encima a todos y a cada uno de vosotros.

Y, levantándose, abandonó el salón.

Los pretendientes, dándose codazos e intercambiando miradas de complicidad, todavía dominados por la exaltación, empezaron a burlarse de Telémaco, hostigándolo de todas las maneras imaginables.

Pero el hijo de Odiseo mantuvo la boca cerrada y los ojos fijos en su padre, esperando la señal que aguardaba con impaciencia.

Ingresó entonces Penélope en el salón, con el gran arco de su esposo y una aljaba bien provista de flechas, seguida de sus doncellas, que transportaban el cofre con las doce hachas.

La esposa de Odiseo se situó junto a una de las columnas que sostenían el techo y desdeñosamente lanzó su desafío:

— ¡Escuchad, pretendientes altivos que día tras día venís a comer a esta casa sin otra razón que vuestro deseo de casaros conmigo!

» ¡Os propongo celebrar un concurso para decidir de quién habré de ser esposa!

» Aquel que, tomando el arco de Odiseo, más deprisa lo arme, y haga pasar una flecha las anillas de las doce hachas, ¡será el elegido!

» A ése habré de seguir, abandonando esta casa, de la que, a buen seguro, seguiré acordándome hasta en sueños.

Telémaco se alzó al instante, adelantándose a todos, y reclamó el derecho a lanzar la primera flecha.

— Y si lo consigo, ¡ninguno de vosotros se llevará a mi madre!

Pero primero había que alinear los ojos de las cabezas de hacha.

El príncipe se despojó del manto purpúreo, pidió una pala y cavó una zanja larga y estrecha en el suelo de tierra, cuidando de que se dirigiera exactamente hacia el lugar que ocupaba su padre, muy cerca del umbral.

<sup>63</sup> hado: 1. m. En la tradición clásica, fuerza desconocida que obra irresistiblemente sobre los dioses, los hombres y los sucesos. 2. m. Encadenamiento fatal de los sucesos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>64</sup> gorrón: 4. m. desus. Hombre perdido y envidiado que trata con las gorrinas y mujeres de mal vivir. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Colocó luego en la zanja las doce hachas dobles, comprobando que quedaban alineadas y que cada anilla quedaba exactamente detrás de la anterior.

Finalmente apisonó la tierra con el pie.

Se paró después en la entrada y probó el arco.

Tres veces trató de extenderlo, y las tres le fallaron las fuerzas.

Quizás intentándolo una cuarta lo hubiera logrado, pero el viejo mendigo le hizo un gesto con la mano apenas perceptible y Telémaco, abandonó el arco, y agitó la cabeza, desalentado:

—*¡Ay de mí! No tengo la fortaleza de mi padre.*

Uno tras otro lo intentaron los pretendientes. Y uno tras otro fracasaron todos.

Después de diez o doce intentos infructuosos, Antínoo pidió que se avivara el fuego y se trajera un recipiente para derretir sebo, calentar el arco y tornarlo más flexible, porque sin duda se había secado y estaba demasiado rígido por la falta de uso.

Se procedió a calentar y a engrasar los cuernos del arco y de nuevo intentaron tensarlo los pretendientes, pero sin mejor fortuna que antes.

Mientras sucedía todo aquello, Eumeo y Filetio, aburridos de presenciar tanto vano esfuerzo, salieron al patio.

El héroe paciente se levantó y los siguió con preseteza; una vez fuera del pórtico, les habló en voz baja:

—*¿Qué haríais en favor de Odiseo si llegara de repente, o un dios lo trajese a su patria y necesitara de vuestra ayuda?*

»*¿Combatiríais a su lado o apoyaríais a el grupo de los pretendientes?*

—*¡Ojalá Zeus nos concediera ese deseo! — exclamó el pastor—.*

»*Si volviera al hogar un varón como él, muy pronto verías el vigor de mis brazos.*

—*¡Que los dioses lo traigan antes de que sea demasiado tarde! — respondió Eumeo.*

—*¿Reconocéis esta cicatriz? — dijo Odiseo, alzándose la harapienta túnica.*

»*Al reconocer a su amo, ambos derramaron lágrimas de alegría y abrazaron como a hermano al héroe paciente, besándole cabeza y hombros.*

—*¡Basta ya de sollozos! — dijo Odiseo, cortando sus efusiones—, no sea que alguien nos descubra.*

»*Ahora escuchadme.*

»*Yo voy a volver al salón.*

»*Tú, Eumeo, me seguirás, y como ninguno de los pretendientes querrá que se me entreguen el arco y la aljaba cuando solicite probar mi fuerza y mi destreza, tráemelos sin escuchar sus protestas.*

»*En cuanto a ti, Filetio, encárgate de cerrar la puerta del patio que da al camino, de manera que nadie pueda abrirla.*

»*Cuando lo hayas hecho, ven tú también a reunirme conmigo.*

En el interior del gran salón los pretendientes seguían intentando tensar el gran arco.

Mientras Odiseo ocupaba de nuevo su sitio, Antínoo sugirió que se aplazara el concurso hasta el día siguiente y que, antes de reanudar las tentativas, se ofreciera un sacrificio a Apolo.

Pero el viejo mendigo del rincón alzó la voz para pedir que se le permitiera probar su fuerza y habilidad.

Los jóvenes pretendientes rieron a carcajadas ante aquella idea y le dijeron que los buenos alimentos y el mucho beber se le habían subido a la cabeza.

Y le amenazaron con enviarlo en un negro navío al rey Equeto, que gustaba de cenar con carne humana, dado que, al parecer, no existía otra forma de librarse de su presencia.<sup>65</sup>

Pero Penélope alzó la voz con tranquilidad y firmeza, para decir que el mendigo era tan huésped como los demás, y tenía por tanto el mismo derecho a competir, si así lo deseaba.

—*¿Y habrás de casarte con él si triunfa? — gritó alguien.*

—*No creo que abrigue esa esperanza — respondió Penélope—, pero sí le daré un bello juego de túnica y manto, espada y lanza, y unas hermosas sandalias que le ayuden a llegar donde lo lleven sus esperanzas.*

Intervino entonces Telémaco para decir que él se encargaría de dar un premio al mendigo, incluso el arco de Odiseo, puesto que era dueño de entregarlo a quien quisiera.

Y cuando su madre protestó, Telémaco le ordenó, serena, dulce pero firmemente, que regresara a sus aposentos y atendiera a sus labores, dejando que los varones se ocuparan de las cuestiones relacionadas con las armas.

<sup>65</sup> Equeto es un legendario rey del Epiro (noroeste de Grecia) caracterizado por su gran crueldad. Se contaba que, tras cegar a su hija clavándole alfileres en los ojos, la encerró hasta dejarla morir de hambre. [N. del Au.]

Penélope se sorprendió, porque nunca había oído hablar a su hijo como señor de la casa.

Orgullosa y obedeciéndole, regresó a sus habitaciones acompañada de sus doncellas y, una vez allí, dio rienda suelta al llanto por Odiseo, su perdido esposo.

Pero Atenea llegó a verter la dulzura del sueño sobre sus párpados.

En el salón, mientras tanto, cuando Eumeo llevaba ya el arco a Odiseo, fueron tales los gritos amenazadores de los pretendientes que el porquero se detuvo a mitad de camino y dejó su carga en el suelo, temiendo por su vida.

Pero Telémaco se hizo oír por encima del griterío:

—*¡Sigue adelante con ese arco o bien pronto sabrás a quién hay que obedecer!*

Recobrado el valor, el porquero tomó el arco y, acercándose a su discreto señor, lo puso en sus manos, junto con la aljaba.

Luego, Odiseo le susurró que fuera a decir a Euriclea que cerrara las sólidas puertas que llevaban a los aposentos de las mujeres.

Cuando vio cumplida la orden, regresó al salón.

Filetio, mientras tanto, había hecho lo mismo con la gran puerta del patio, amarrando sus dos hojas con una sogá que encontró por el suelo del porche.

Después regresó al salón, reuniéndose con el porquero muy cerca de Odiseo, quien, impasible ante las burlas e insultos de los pretendientes, estaba examinando detenidamente el arco para asegurarse de que se hallaba en perfecto estado.

Estaba hecho de cuernos de cabra montés.

Terminada la inspección, con la facilidad con que un músico que conoce su lira logra tensar la cuerda

con una clavija nueva, así armó Odiseo sin esfuerzo el gran arco.

Un murmullo de consternación colérica se extendió por el salón abarrotado.

Y cuando con la mano derecha el héroe paciente probó la cuerda, ésta resonó semejante al hermoso trino de una golondrina.

Gran pesar invadió a los pretendientes, alterándose todos.

Tronó Zeus con fuerza mostrando su favor y se llenó de alegría el padre de Telémaco, porque el dios de dioses le había enviado un prodigio.

Tomó luego la aguda flecha que ya había sacado de la aljaba, la apoyó contra el codo del arco, tiró de la cuerda y, sin levantarse de la tarima donde estaba sentado, apuntando bien recto, lanzó la flecha sin errar ni una sola de las anillas de las doce hachas.

—*El mendigo que como huésped albergas en tu casa no ha deshonrado el arco de tu padre — le dijo a Telémaco—.*

»*Pero ahora, si queremos festejar de nuevo en el salón del rey, será necesario dar caza a nuestras presas y abatirlas.*

Y, alzándose de la tarima, movió levemente los hombros, como un guerrero que se dispone a entrar en acción.

Telémaco se ciñó la espada, echó mano a la lanza y, cubierto de brillante bronce, fue a apostarse junto a su padre. ♣

## 14 La matanza de los pretendientes

De un salto, Odiseo se colocó con el arco en el centro del ancho umbral. Dejó en el suelo, delante de sus pies, el montón de flechas.

Gritó con aire triunfal a los pretendientes:

—*¡Ahora voy a alcanzar otro blanco que ningún arquero se ha propuesto todavía! —al tiempo que lanzaba una nueva flecha.*

Antínoo, que aún sostenía la copa dorada de la que había estado bebiendo, cayó desplomado, atravesada la garganta de parte a parte.

Los pretendientes, profiriendo amenazas, buscaron con ojos desorbitados los escudos y lanzas que siempre estaban colgados de las paredes. Pero los muros estaban vacíos.

Odiseo, mientras tanto, ya había colocado otra flecha en el arco.

—*¡Perros! —gritó—.*

»*¡Cómo imaginasteis que nunca regresaría de Troya, devorabais mi hacienda y asediabais a mi esposa!*

## el profanador de textos

»¡Sin miedo a los dioses que habitan el cielo anchuroso ni preocupación por la futura venganza de los hombres!

»¡Pero ahora la muerte os tiene a todos prisioneros en sus lazos!

Entonces Eurímaco gritó a sus compañeros:

—¡Si conseguimos echarlo del umbral podremos salir fuera! »¡Desenvainad la espada! ¡seguidme!

Desnudó la hoja de doble filo de la espada que llevaba a la cintura, y con un grito terrible se lanzó contra Odiseo.

Pero sin haber dado siquiera el primer paso cayó muerto, su corazón atravesado por otra flecha cierta, cayendo de espaldas entre las mesas desordenadas y el vino derramado.

Anfínomo arremetió entonces contra Odiseo, pero Telémaco le clavó su lanza en medio de la espalda, derribándolo. Sus piernas y brazos temblaron unos instantes antes de paralizarse por completo.

Telémaco indicó a gritos a su padre que iba en busca de más armas.

Odiseo asintió con la cabeza sin apartar la vista del grupo enfurecido y atemorizado, colocando otra flecha en el arco.

—¡Apresúrate mientras aún me quedan flechas para mantenerlos alejados de la entrada!

Telémaco corrió y regresó veloz, cargado con escudos, lanzas y cascos que se pusieron Telémaco, Eumeo y Filetio, protegidos por las flechas de Odiseo.

Al agotársele las flechas, también se lo hizo el héroe paciente.

Pero Melantio, el cabrero, conocía el modo de llegar al aposento donde habían guardado las armas y, temiendo por su vida si los pretendientes parecían o se les expulsaba, se escabulló sin ser visto y regresó con una docena de escudos, lanzas y yelmos para los intrusos.

Odiseo, al ver que aparecían hombres armados entre el montón de los pretendientes, ordenó a Eumeo y a Filetio que fueran a descubrir quién ayudaba a sus enemigos.

Al descubrir que era Melantio, le saltaron los dos encima y, con cruel atadura, le anudaron pies y manos a la espalda, dejándolo colgado cerca de las vigas del techo.

Regresaron veloces junto a Odiseo y su hijo: cuatro hombres defendiendo el umbral contra los pretendientes furiosos que llenaba el gran salón.

Una vez más Atenea vino en su ayuda; primero apareció semejante en voz, cuerpo y figura a Méntor, amigo de juventud de Odiseo, animándolo con gritos de apoyo, al igual que un auriga anima a su cuadriga<sup>66</sup> en las carreras.

Luego transformada en golondrina, revoloteó hasta posarse en la viga maestra del techo.

Desde allí, atenta a todo lo que sucedía, utilizó su poder para evitar que los pretendientes alcanzaran el blanco cuando, dirigidos por Agelao, el más fuerte de ellos, comenzaron a arrojar sus lanzas de seis en seis.

Errados los tiros, Odiseo y los suyos arrojaron sendas lanzas e hicieron morder el polvo a sus enemigos.

<sup>66</sup> cuadriga: 1. f. Carro tirado por cuatro caballos de frente, y especialmente el usado en la Antigüedad para las carreras del circo y en los triunfos. 2. f. Conjunto de cuatro caballos que tiraban de la cuadriga. Diccionario RAEL [n. del pr.]

De nuevo los pretendientes arrojaron sus lanzas, y en esta ocasión Telémaco recibió una herida en la muñeca, apenas un rasguño, mientras otra de las lanzas, al pasar por encima de su escudo, rozó el hombro de Eumeo.

Odiseo y sus tres compañeros, a su vez, lanzaron de nuevo sus armas a los enemigos y alcanzaron una vez más los blancos elegidos.

Luego, ya sin lanzas, desenvainaron las espadas y arremetieron ferozmente contra sus enemigos.

En el mismo instante, en lo alto del techo, por encima de los combatientes, Palas Atenea cambió nuevamente de apariencia para presentarse en todo su temible esplendor, alzando la égida<sup>67</sup> mortal que llena de terror el corazón de todos los que la contemplan.<sup>68</sup>

Los pretendientes, asombrados y temerosos, en lugar de aprestarse a recibir el ataque de Odiseo, se dispersaron por el gran salón como un rebaño de vacas acosadas por los tábanos.

Y los cuatro campeones saltaron sobre ellos, haciéndolos correr de aquí para allá mientras los pasaban a degüello.

Medonte, el heraldo, que había tratado de servir a la casa real, aunque procurando no caer en desgracia con los pretendientes, y que se había escondido debajo de una mesa, salió arrastrándose y fue a arrojarse a los pies de Telémaco, pidiendo clemencia.

También Femio, el cantor a quien los pretendientes habían forzado para que los distrajeran con la

<sup>67</sup> égida: 1. f. Piel de la cabra Amaltea, adornada con la cabeza de Medusa, que es atributo con que se representa a Atenea. 2. f. escudo (arma defensiva). 3. f. Protección, defensa. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>68</sup> La cabra Amaltea había amamantado a Zeus cuando era niño. Con la piel de esta cabra se hizo luego el dios una armadura y un escudo, conocidos como égida, que compartió posteriormente con Atenea. [N. del Au.]

## el profanador de textos

lira sonora en las manos, se abrazó a las rodillas de Odiseo, gimiendo:

—*Canté para ellos únicamente porque me obligaron; el príncipe, tu hijo, lo confirmará.*

»*Déjame que cante para ti como he ansiado hacerlo tantas veces!*

Y el héroe paciente tuvo piedad de ambos y los mandó salir al patio, donde se acurrucaron juntos delante del altar familiar.

El rey recorrió después el salón con la vista, atento a descubrir si algún pretendiente se escondía vivo aún, tratando de esquivar su negro destino.

Pero el combate había terminado, y allí estaban todos sobre el polvo y la sangre, derribados en gran multitud, como peces que los pescadores sacan a la playa con red de trama fina.

Luego Telémaco fue a buscar a Euriclea, la anciana nodriza, quien, al ver a Odiseo erguido entre el montón de cadáveres y aquel mar de sangre apreciando su gran hazaña, estalló en un clamor de júbilo.

Mas el héroe paciente, conteniendo impulso, le dijo:

—*No es bueno proferir exclamaciones de alegría por la muerte de seres humanos.*

»*Alégrate, si así lo sientes, pero sólo en tu corazón.*

Ordenó después a Telémaco y a los criados que llevaran a los muertos al patio y que las esclavas, supervisadas por Eurínome, el ama, lavaran los sillones y las mesas, así como el suelo y las paredes.

Luego mandó matar a las siervas que le habían sido infieles.

Trajeron también a Melantio y le dieron cruel muerte en el patio, después de lo cual todos se lavaron.

Odiseo pidió que se quemara azufre en los distintos fuegos de la casa para purificarla.

Al abrirse la puerta que comunicaba con los aposentos de las mujeres, se presentaron en el salón las siervas de Penélope acarreado antorchas, porque para entonces ya había caído la noche.

Al reconocer a su antiguo amo, que ocupaba de nuevo el lugar que le correspondía, las siervas lloraron de júbilo y le besaron las manos, los hombros y la frente.

También él las reconoció a todas, porque ya servían a Penélope antes de que él zarpara camino de Troya.

La reina, en cambio, no se presentó: aún seguía sumida en el profundo sueño provocado por Atenea antes de que comenzara el combate.

Y la anciana nodriza, incapaz de esperar un momento más, subió apresurada las escaleras, riendo alegre mientras corría, para contarle todo lo sucedido.

—*Ven a ver lo que un día tras otro anhelabas con vana esperanza:*

»*A Odiseo en su casa y a todos tus pretendientes muertos a sus pies!*

Penélope, despertándose, se incorporó en el lecho:

—*¡Ay, nodriza! Los dioses, se ve, te han dejado sin juicio para que vengas a contarme semejante historia.*

»*¡Y tan sólo para sacarme del sueño más dulce que he tenido desde que mi señor partiera camino de Troya!*

—*¡No te engaño, mi niña querida —protestó la anciana—.*

»*¡Odiseo, nuestro señor, está en el salón!*

»*Es el mendigo al que tus pretendientes tan gravemente insultaron...*

»*Pero Telémaco reconoció a su padre, él mismo podrá decírtelo...*

Penélope saltó entonces del lecho llena de gozo y, mientras abrazaba a la anciana, brotó de sus ojos el llanto, pero, al mismo tiempo, temió que aquellas nuevas fueran demasiado maravillosas y espléndidas para ser ciertas, y no se atrevió a creerlas.

—*¿Qué prueba tenéis mi hijo y tú de que se trata en realidad de mi señor y no de algún dios que ha tomado su apariencia para vengarse de los pretendientes por sus muchas infamias?*

»*¿Y si fuera algún malvado que quiere aprovecharse de su parecido con Odiseo, mientras mi esposo y señor yace muerto muy lejos de aquí?*

—*Si tal es el caso, ya sea hombre o dios, ¡ha aprendido a imitar muy bien la cicatriz del muslo que reconocieron mis manos antes incluso de que la vieran mis ojos! —protestó la anciana.*

Pero Penélope seguía aún sin atreverse a creer del todo.

Respiró muy hondo, temblorosa, y dijo:

—*Bajemos a ver a mi hijo, a los pretendientes muertos, y al hombre que ha acabado con ellos.*

## el profanador de textos

Descendió las escaleras, seguida por Euriclea, y entró en el gran salón donde Odiseo, todavía vestido de harapos y armadura, y sentado junto a una de las elevadas columnas, los ojos fijos en el suelo, esperaba alguna palabra de su esposa.

Pero Penélope se sentó al otro lado del fuego, contemplándolo a la luz de las llamas y dominada por el asombro.

Unas veces creía reconocerlo, otras, algo le hacía dudar.

Incluso mirándolo fijamente a los ojos no estaba segura y sentía miedo.

Y, mientras tanto, ni una sola palabra habían cruzado entre ellos.

Deseoso de darle tiempo, Odiseo, el de heroica paciencia, decidió ocuparse de otros asuntos urgentes, por lo que pidió a las siervas de Penélope que salieran en busca del cantor.

Cuando Femio llegó desde el patio, temeroso de lo que el destino le pudiera reservar, el rey le ordenó hacer música con su lira para preludiar los sonos alegres del baile, de manera que quienes desde fuera la escucharan, vecinos o gente de paso, creyeran que allí dentro se celebraba una boda.

Porque, según la ley de las enemistades por muertes violentas, los parientes de los pretendientes ejecutados deberían presentarse reclamando venganza tan pronto como recibieran la noticia. Y de aquella manera ganaría al menos el respiro de una noche de descanso.

Una vez que comenzó la danza, Eurínome lavó y ungió a Odiseo, vistiéndole luego con una túnica y un manto hermosos.

Atenea, al mismo tiempo, dotó de gran hermosura la cabeza del héroe.

Después, sentándose de nuevo en el sillón que antes había ocupado, volvió a mirar a Penélope desde el otro lado del fuego.

Pero incluso entonces la madre de Telémaco no acababa de convencerse, y siguió inmóvil, como figura pintada en madera, examinándolo como a un desconocido.

—Sin duda —dijo finalmente Odiseo— eres la más hermosa de todas las reinas del mundo, pero también la de corazón más duro, puesto que tan fría te muestras cuando regreso finalmente a casa después de tantos años de fatigas y amarguras.

»¡Nodriza! —le gritó con brusquedad a Euriclea—, estoy cansado.

»Prepárame un lecho en algún rincón, porque necesito dormir, y me parece que esta noche tendré que volver a hacerlo solo.

Al oír ello, Penélope supo de repente cómo podía someterlo a una prueba definitiva.

Si el antiguo mendigo sabía lo que sólo Odiseo, ella y la más anciana y fiel de sus criadas, podía conocer, desaparecerían por completo sus dudas.

—Haz lo que te pide, nodriza —dijo la madre de Telémaco—.

»Prepara un lecho fuera de la cámara nupcial, y saca para él la cama que allí se encuentra.

Odiseo comprendió lo que Penélope se proponía y sonrió para sus adentros, si bien fingió enojarse.

—¿Cómo podría alguien retirar nuestro lecho matrimonial del lugar donde se halla?

»¿Acaso no lo fabriqué yo mismo, utilizando a manera de pata el tronco de un olivo enraizado y vivo?

»¡Sólo cortando el árbol podría llevarse a otro sitio el armazón de la cama!

Mientras Odiseo hablaba así, se desvanecieron las últimas dudas de Penélope, quien, abandonando su silla al otro lado del fuego, rompió a llorar y corrió a su encuentro con los brazos tendidos. Le rodeó el cuello con ellos, le besó el rostro y le dijo:

—¡No te enojas conmigo!

»¡He temido tanto, durante todos estos años, amor mío, la llegada de algún hombre que se te pareciera y que pudiera engañarme con falsas razones, puesto que era tan grande mi deseo de creer!

Odiseo lloró igualmente, apretando contra el pecho a la esposa leal y extrañada.

Luego, sentados muy juntos delante del fuego, el héroe paciente narró a la recobrada Penélope sus muchos viajes y su anhelo de regresar a su lado, anhelo que le había acompañado en tantos lugares remotos.

Finalmente, al manifestar ella su deseo de saber la tarea, aún pendiente, que le había impuesto el espíritu de Tiresias, su esposo le explicó cómo un día, antes de que pudiera descansar, definitivamente en su propio hogar, tendría que recorrer los poblados de los hombres mortales llevando en las manos un remo, hasta que hallara gentes ignorantes del mar que nunca hubieran comido manjares sazonados con sal, ni conocieran las naves de flancos púrpura, ni el uso de los remos.

Y cuando encontrara a un hombre que confundiera el remo con una pala, debería hundir el remo en tierra y ofrecer en sacrificio a Poseidón un carnero, un toro y un cerdo macho.

—Y, de ese modo, —concluyó—, me veré libre para siempre de la ira del dios de los mares.

—Si los dioses te conceden una vejez feliz, no hay razón alguna para afligirse —dijo Penélope.

Entretanto la anciana nodriza y el ama Eurínome habían vestido de las más finas ropas el lecho conyugal.

Luego la fiel camarera condujo a sus amos al aposento, llevando en las manos la antorcha, y los dejó solos mientras ellos saludaban gozosos su antiguo lecho de bodas.

En el gran salón, los que bailaban siguieron danzando, como si realmente en el palacio de Odiseo se celebrara una boda. ♣

## 15 paz en las islas

A la mañana siguiente Odiseo se despertó temprano, dispuesto a resolver los asuntos que aún le quedaban pendientes.

A Penélope le dijo que se retirase con todas sus doncellas a los altos del palacio, sin recibir a ningún visitante ni responder a ninguna pregunta hasta que él regresara.

Luego dejó de guardia a los hombres de la casa y, acompañado por Telémaco, el pastor y el porquero, todos ellos con aprestos de guerra y el cuerpo ceñido de bronce, se puso en camino hacia la granja familiar, situada entre las colinas, donde Laertes, su padre, se había retirado a esperar la muerte.

Ya cerca de la casa, Odiseo encargó a sus acompañantes que avisaran a la vieja mujer siciliana que cuidaba con esmero del anciano para que preparase el almuerzo.

Luego descendió por el empinado huerto hasta los viñedos en terrazas, donde estaba seguro de que encontraría a su padre.

Allí, efectivamente, apisonando con energía la tierra bajo las vides, estaba Laertes, vestido con una túnica sucia y zurcida, modestas polainas<sup>69</sup> de cuero

en torno a las pantorrillas, par a protegerse de rasguños y heridas, y guantes para defenderse de espinos.

Lo halló completamente solo, porque sus criados habían ido a recoger piedras para reforzar el cercado que defendía el viñedo, y sólo alzó la vista del suelo cuando Odiseo se detuvo, muy cerca ya de él.

—Trabajas con ahínco, buen hombre. Ya veo que nada ignoras del cultivo de huertos y vides —fueron las primeras palabras de su hijo—.

»Nunca he visto tierras mejor cuidadas.

»Dime, ¿a quién sirves? ¿De quién es este huerto que cultivas?

Odiseo aún necesitaba saber qué pensarían otras personas de su regreso, y para ello necesitaba ocultar su identidad.

Laertes se asombró de ver a un hombre ataviado para la guerra en aquel tranquilo viñedo, pero, repeniéndose, no tardó en contestarle.

—A nadie sirvo, porque soy el dueño de esta granja y de sus jardines, y antiguamente fui también señor de toda Ítaca y de las islas circundantes.

»Me llamo Laertes, y soy el padre del gran Odiseo, a quien lejos de los suyos y del suelo paterno devoraron probablemente los peces del mar o fue, en la costa, despojo de fieras y aves.

»Sin duda murió, y ni su madre ni yo, que le dimos la vida, pudimos vestirlo con la mortaja y llorarlo, ni tampoco su esposa, la discreta Penélope.

»Pero contestar a una pregunta autoriza a hacer otra.

<sup>69</sup> polaina; l. f. Especie de media calza, hecha regularmente de paño o cuero, que cubre la pierna hasta la rodilla y a veces se

abotona o abrocha por la parte de afuera. Diccionario RAEL [n. del pr.]



## el profanador de textos

»Dime, extranjero, ¿de qué pueblo eres?  
¿Cuáles son tu ciudad y tus padres?

Odiseo le respondió:

—Soy de Alibante,<sup>70</sup> y allí conocí a tu hijo cuando regresaba de Troya.

»Fue mi huésped durante algún tiempo, pero de eso hace ya cinco años, por lo que ahora tenía esperanzas de encontrarlo aquí, ya de regreso en su tierra.

Una oscura nube de pena cegó al anciano Laertes al oírle. Se agachó y tomando dos puñados de tierra y se los echó sobre la cabeza de cabellos canos, exhalando gemidos.

—Si después de cinco largos años no ha regresado a su casa, ha de estar sin duda muerto.

A Odiseo se le ablandó entonces el corazón y, alzando a Laertes, lo apretó contra su pecho, diciendo:

—¿Acaso bastan diecinueve años para que no me reconozcas, padre mío?

Pero incluso después de examinar sus facciones detenidamente, al anciano le costaba trabajo creerle, como antes le había sucedido a Penélope.

—Si en verdad eres mi hijo —exclamó—, dame alguna prueba, pa...ra que pueda estar seguro.

Y Odiseo, alzando el borde de la túnica, le mostró la cicatriz que en el monte Parnaso<sup>71</sup> le había dejado el colmillo del jabalí.

—Y, ¡ea! —añadió enseguida—, si lo deseas te enumeraré los árboles de esta huerta florida que, siendo yo niño, me regalaste porque te los iba pidiendo mientras corría junto con los perros, pegado a tus talones.

»Míos son aquellos trece perales y aquellos diez manzanos, y también cuatro decenas de higueras.

»E incluso me prometiste que un día tendría cincuenta hileras de vides.

El anciano Laertes sintió desfallecer sus rodillas y su corazón pero Odiseo se apresuró a sostenerlo antes de que se desplomara.

Cuando se serenó de nuevo, las primeras palabras que salieron de su boca fueron una advertencia.

—¿Será mucho lo que tendrás que hacer cuando regreses a tu casa!

—Ya estuve allí y terminé el trabajo de que hablas —dijo Odiseo—.

»Maté a los pretendientes que devoraban mi hacienda y que durante tanto tiempo persiguieron a mi esposa.

»Castigué como se merecían su insolencia y sus hechos infames.

A pesar de la satisfacción que le causó aquella noticia, una nueva preocupación ensombreció el ánimo del anciano.

—¿Pero cómo podremos enfrentarlos a todos sus familiares cuando vengan contra nosotros, buscando venganza?

—Tiempo tendremos para ocuparnos de ello cuando llegue el momento —respondió Odiseo—.

»Mientras tanto vamos a la casa adonde ya mandé a tu nieto, junto con el pastor de los bueyes y el leal porquerizo, para que nos preparasen el almuerzo.

Y dirigieron sus pasos a la casa próxima al huerto, y allí encontraron a Telémaco y a sus dos compañeros, que ya trinchaban la carne recién sacada del fuego y mezclaban el vino chispeante.

La sierva siciliana bañó a Laertes y le ungió con aceite, ciñéndole después una hermosa túnica.

—Me gustaría ser tan fuerte y tener tan buen aspecto como tú cuando llegue a tus años —le dijo Odiseo cuando se sentaron a comer.

—¡Ojalá fuera yo tan fuerte como cuando tenía tu edad y hubiera podido combatir ayer a tu lado! —le replicó Laertes.

Recién empezaban a comer cuando regresó Dolio, el marido del ama, junto con sus tres hijos, hambrientos de su tarea de recoger piedras.

Pasado el primer momento de asombro, Odiseo y Dolio se saludaron como los viejos amigos que eran.

Sus hijos se acercaron después felices a estrecharle la mano, y enseguida ocuparon su sitio en la mesa junto a su padre.

Para entonces, ya se había corrido la voz mensajera por toda la ciudad y la isla contando el regreso de Odiseo y los terribles sucesos del día anterior.

Los familiares de los pretendientes fallecidos empezaron a reunirse a las puertas del palacio real.

Retiraron de allí los cuerpos, y cada cual enterró a sus muertos.

<sup>70</sup> Alibante: Lugar inventado por Odiseo en su relato. [n. del pr.]

<sup>71</sup> Monte Parnaso: Situado en el centro de Grecia, se alza sobre la ciudad de Delfos, al norte del golfo de Corinto.

[n. del pr.]

## el profanador de textos

A los de ciudades lejanas los pusieron en poder de los pescadores, para que los devolvieran en sus naves de velas a sus países de origen.

Luego los parientes de los pretendientes se reunieron en la plaza y, tan pronto como estuvieron todos, Eupites, el padre de Antínoo, el primero de los caídos a manos de Odiseo, se puso en pie y tomó la palabra para denunciar al señor de Ítaca como enemigo suyo, puesto que había regresado sin los compañeros que con él se habían embarcado, además de perder las naves.

Y ahora había asesinado a la flor y nata de sus jóvenes.

Su regreso no había traído más que dolor y desolación para todos.

—*¡Nos quedaremos sin honor y hasta las generaciones futuras vendrán a saber de nuestra afrenta si dejamos sin castigo el asesinato de nuestros hijos y hermanos!*

Un anciano de reconocida prudencia recordó a los reunidos que los jóvenes pretendientes habían recibido el justo castigo a las locuras cometidas, y muchos aprobaron sus palabras con grandes clamores y se marcharon de allí.

Pero los demás, sin dejarse convencer, corrieron en busca de sus armas y, reunidos de nuevo, salieron de la ciudad, con Eupites al frente, para encaminarse al refugio de Laertes, sabedores de que Odiseo se había trasladado allí aquella misma mañana.

En la granja, mientras tanto, terminado el almuerzo, uno de los hijos de Dolio, al salir al umbral, avisó que veía el reflejo del sol en las lanzas que se acercaban por el camino.

Todos se pusieron en pie: Odiseo, Telémaco, el fiel porquerizo y el boyero, los seis hijos de Dolio,

y también los dos ancianos, Dolio y Laertes, doce en total, y empuñaron las armas, que ya tenían preparadas.

Decididos a pelear en campo abierto sin tratar de defender la granja, abrieron las puertas y, con Odiseo al frente, salieron al encuentro de sus enemigos.

En aquel momento la diosa Atenea vino una vez más en ayuda del héroe paciente.

Dirigiéndose primero a Laertes, le infundió audacia, diciéndole:

—*¡Laertes, amigo muy querido, eleva una plegaria al padre Zeus y a la señora de ojos resplandecientes, y deja después que tu lanza vuele rápida!*

Y el padre de Odiseo, que llevaba muchos años sin utilizar un arma en combate, sintió cómo volvían a sus miembros la fuerza y la destreza.

Luego de orar brevemente, cuando los guerreros enemigos se pusieron al alcance de su brazo, se echó hacia atrás y arrojó la lanza, que fue a dar en el yelmo de Eupites, atravesándole la cabeza.

El padre de Antínoo cayó por tierra con gran estrépito de toda su armadura.

Los hombres que le seguían vacilaron un instante, y Odiseo y Telémaco se abalanzaron al mismo tiempo sobre sus adversarios, espada en mano y las grandes lanzas en ristre.<sup>72</sup>

Pero Atenea, dando una gran voz en medio de ellos, detuvo a los dos grupos de guerreros.

—*¡Hombres de Ítaca, desistid de la guerra funesta y retiraos sin verter ya más sangre!*

<sup>72</sup> en ristre: 1. loc. adj. Dicho de un objeto: Empuñado y, ordinariamente, dispuesto para ser utilizado. Pluma en ristre. U. t. c. loc. adv. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Al escuchar las palabras de la diosa, el espanto se apoderó de los familiares que habían llegado en busca de venganza.

Arrojando al suelo las armas, se volvieron para huir, sin pensar en otra cosa que en conservar la vida.

Odiseo profirió entonces un aullido terrible y se lanzó contra ellos como un águila de alto vuelo.

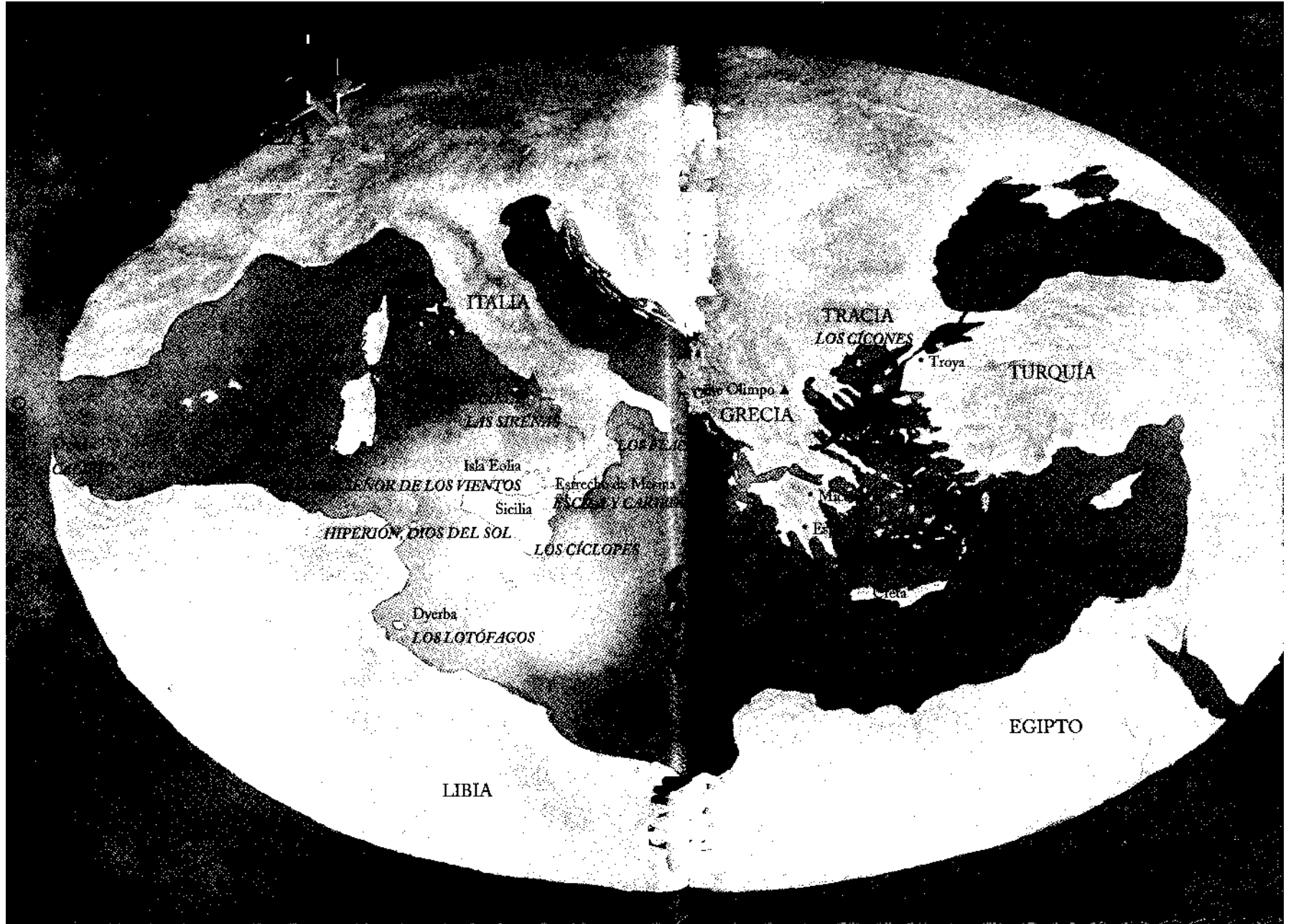
Pero Zeus le envió un ardiente rayo que fue a caer delante de sus pies.

Y Atenea le ordenó que se detuviera, evitando así la cólera del dios cuya voz se alarga en ecos, padre de todos los dioses.

Odiseo recobró la calma y obedeció con el ánimo alegre, al igual que Telémaco y Laertes y los demás guerreros que le seguían.

Allí mismo envainaron las espadas y se detuvieron, apoyados en las lanzas, mientras los itacenses que habían querido vengar a sus hijos y hermanos dejaron de huir y regresaron junto a sus enemigos.

Palas Atenea, la de los ojos resplandecientes, afirmó acuerdo definitivo entre los contendientes, con todos los ritos y sacrificios adecuados, logrando que en Ítaca y en las otras islas reinara para siempre la paz. ♣



## i: introducción

por Manuel Otero

### i:1 el héroe astuto y versátil

Ya en la ‘Ilíada’ Odiseo destaca entre los héroes griegos por su inteligencia práctica, por su habilidad para hacer frente a los trances difíciles y por su gran facilidad de palabra.

Mientras que los demás héroes de la ‘Ilíada’ tienen epítetos que los señalan por un rasgo físico o por su armamento —Aquiles es ‘rápido de pies,’ Menelao, ‘rubio y bueno en el grito de guerra,’ Héctor, ‘el del casco brillante,’ etcétera—, Odiseo está caracterizado por su talante: es ‘astuto, diestro en recursos, sufrido, muy inteligente.’<sup>1</sup>

Y, en efecto, por esas cualidades mantiene su gran prestigio entre los griegos, y en la guerra de Troya lo vemos desempeñar misiones difíciles y actuar con fría inteligencia en momentos de apuro.

Él es quien, vestido de mendigo, penetra en la ciudad amurallada y roba el Paladio a los troyanos, él quien tiene la idea del caballo de madera con el

<sup>1</sup> Para una presentación de la literatura épica y de la figura de Homero, consúltese nuestra ‘Introducción’ a *Naves negras ante Troya*, de Rosemary Sutcliff. [N. del Ed.]

que los aqueos toman, después de tantos años y tantas muertes, la ciudad de Troya.

Y, en el largo viaje de regreso a su patria, la isla de Itaca, logra salir con vida gracias a esas cualidades de su carácter.

Odiseo es, por ello, un personaje más complejo que los otros guerreros de la ‘Ilíada.’

No combate sólo con la fuerza y las armas, sino que se sirve de su inteligencia, de su invectiva y de su facilidad discursiva para lograr el éxito en la acción.

Es, en este sentido, más dúctil que los demás personajes y más moderno, sobre todo frente a un héroe de tipo arcaico que es tan sólo un guerrero, como el gran Ajax, un buen luchador, firme y valeroso, pero que cuenta sólo con su arrojo y su fuerza para luchar.

Por eso resulta muy significativo que, al enfrentarse ambos por la herencia de las espléndidas armas de Aquiles, sea Odiseo quien las gane en buena lid, lo que traerá como consecuencia el suicidio de Ajax.

Odiseo no le saca gran partido a esa armadura de fabricación divina, al menos no tenemos noticia, pues se distingue en la guerra por su habilidad para la emboscada y su talento para el ardid oportuno.

Pero él es, sin duda, el más digno sucesor de Aquiles.

Recordemos que no es hijo de ningún dios o diosa, sino de Laertes, un reyezuelo de la pequeña isla de Ítaca, cuyo trono ha dejado Odiseo en manos de su mujer, la fiel Penélope.

Allí quiere regresar, con su botín de guerra y las doce naves apenas termina el largo asedio, el saqueo y la destrucción de Troya.

Pero ese honrado empeño le costará ¡nada menos que diez años!

La ‘Odisea’ es un *Nóstos*,<sup>2</sup> esto es, un poema de un ‘regreso’ azaroso y extremadamente largo.

Hubo otros regresos memorables de otros héroes, pero el de Odiseo los superó a todos en fama y en dificultades.

Tuvo un final más dichoso que el de muchos otros de los involucrados en la guerra de Troya, pues unos murieron en alta mar, como el Ajax, hijo de Oileo, y otros en su palacio apenas regresaron, como Agamenón, asesinado en Micenas por su mujer Clitemestra y su amante.

Gracias a la habilidad del héroe en labrarse su propio destino con su astucia, sus mañas y su paciencia, Odiseo, que pierde a todos sus hombres en su arduo peregrinaje marino, consigue para él un merecido final feliz.

De algún modo podemos considerar la ‘Odisea’ como una continuación de la *Ilíada*.

En la ‘Odisea’ se cuenta el final de la guerra de Troya y la imagen de Odiseo es del todo consistente con la que se muestra en la ‘Ilíada,’ sólo que ahora se ha convertido en el protagonista indiscutible de la epopeya que lleva su nombre.<sup>3</sup>

La ‘Odisea’ es el poema de Odiseo —Ulises es el nombre que dieron al personaje los latinos— con toda justicia: siempre se habla de él, incluso en los

<sup>2</sup> *nóstos*: Palabra griega que significa propiamente ‘regreso.’ En la Grecia antigua mantuvo una presencia constante en las familias de soldados y marineros que habían partido a la guerra. En los mitos el retorno no se trata sólo de volver físicamente a casa, sino también de un viaje de autoconocimiento y descubrimiento de su propia identidad previo a la llegada. [n. del pr.]

<sup>3</sup> El músico argentino Juan Carlos Baglietto escribió en ‘Quién quiera oír que oiga’: “Si la historia la escriben los que ganan, / eso quiere decir que hay otra historia: / la verdadera historia, / quien quiera oír que oiga.” Esto explica por qué se llama ‘Guerra de Troya’ a la guerra que destruyó a la ciudad de Ilión. Troya es el nombre griego de la ciudad. [n. del pr.]

cantos en que no aparece y es sólo el gran ausente, como en los del viaje de su hijo Telémaco en busca de noticias.

Pero este protagonista es más que un famoso guerrero aqueo, es el aventurero marino que surca un espacio misterioso, donde se enfrenta a monstruos y prodigios que no son sólo los de la escena épica, sino los de los cuentos folclóricos de misterios y maravillas.

Y sale vencedor del ogro Polifemo, de la maga Circe, del viaje al Hades y de otros muchos peligros gracias a su clara astucia.

Sabe disfrazarse si es preciso, como cuando llega a Ítaca, haciéndose pasar por un mendigo en su propio palacio, y es un hábil narrador de sus mágicas aventuras y un no menos ingenioso inventor de falsas historias personales cuando la ocasión lo exige.

Es verdad que cuenta con el favor de Atenea, una diosa importante que siente gran aprecio por él, aunque no por razones familiares, sino porque admira su inteligencia.

Atenea, la diosa inteligente, protectora de héroes, favorece siempre a Odiseo y le ayuda, como alguna vez Hermes, en más de una ocasión; pero es siempre mediante su propio esfuerzo como Odiseo ha de salvarse en las situaciones más comprometidas.

No tiene instrumentos mágicos ni otros dones maravillosos, ni dispone, como Perseo, de sandalias voladoras y capa mágica, ni cuenta, como Heracles, con una fuerza invencible para tan prodigiosos viajes.

Es un aventurero que cruza un mítico mar Mediterráneo poblado de criaturas extrañas, de Cíclopes y de Sirenas, de magas y princesas que aguardan al navegante de sus sueños.

Odiseo goza de un encanto especial, como otros héroes navegantes, como Jasón y como Teseo, pero se diferencia de ellos en que guarda en su corazón su nostalgia por Ítaca, por Penélope, por el regreso a casa.

En vano le tienta, pues, la bella ninfa Calipso ofreciéndole la inmortalidad si se queda para siempre a su lado.

Odiseo es por completo fiel a su destino: ¡debe regresar a Ítaca!

Tiene su curiosidad como buen viajero, pero su afán por encontrarse de nuevo en casa se impone sobre todos sus empeños.

Con sus apuros y sus urgencias materiales, capaz de sobrevivir en un mundo violento y miserable, Odiseo se nos aparece como un héroe más próximo a la realidad.

Es, sin duda, un buen guerrero, pero también un hombre diestro con sus manos, que sabe construirse una balsa de troncos, como antes se había construido su propio lecho de bodas, aprovechando la raíz y el tronco de un olivo.

Náufrago tenaz, Odiseo se muestra asimismo muy hábil en sus saluciones ante quienes le pueden dar una acogida favorable, como cuando llega a Feacia.

Por todo ello Odiseo es un paradigma de un héroe de nuevo perfil: aventurero solitario que confía su destino a su astucia y sus artes de seducción.

Le impulsa la nostalgia del hogar, pero sabe hacer su camino con paciencia, con sagaz curiosidad e indismayable coraje.

Si el mar tormentoso y los dioses le complican el viaje, Odiseo sabe sacar provecho de sus arriesgados encuentros.

Como se dice en un famoso verso del poeta griego Cavalis:

*“...cuando vuelvas a Ítaca, ruega que sea largo el viaje.”*

Odiseo tarda mucho tiempo en regresar pero lo hace enriquecido por sus experiencias, para tener luego más cosas que contar. Es decir, para que exista la ‘Odisea.’

Seductor de magas y princesas, es un maestro en el manejo de la palabra amable y justa, y en el arte de la narración embaucadora de los oyentes.

### i:2 los escenarios de la ‘Odisea’

La ‘Odisea’ da al lector la impresión de ser más extensa que la ‘Ilíada,’ cuando en realidad tiene doce mil ciento diez versos, esto es, unos tres mil menos que la otra epopeya homérica.

Sin embargo, presenta una mayor amplitud debido a sus múltiples escenarios, al espacio que recorre Odiseo en su itinerario errático, y a la variedad de sus ambientes y personajes.

Con alguna excepción, toda la acción de la ‘Ilíada’ se desarrolla en un mismo lugar: en Troya y sus alrededores.

En la ‘Odisea,’ en cambio, hayal menos tres ámbitos de la acción:

- el de la guerra de Troya —evocada sobre todo en varios relatos, como los de Menelao y Néstor,<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Conviene advertir que en la ‘Odisea’ nunca se repite nada ya contado en el poema anterior. Si se mencionan motivos y figuras de la ‘Ilíada,’ siempre se añade aquí algo más como si se diera a estos temas una nueva tonalidad y trasfondo. [N. del Ed.]]

## el profanador de textos

- el de las aventuras marinas de Odiseo —que van desde Troya a Feacia, pasando por una visita casi turística al Hades, el reino de los muertos, y
- el de la vida cotidiana en Ítaca.

Esos escenarios corresponden, en una opinión enteramente personal, a tres aspectos de la personalidad de Odiseo que se entremezclan en la obra y que tienen sus propios ritmos y resonancias:

- épico: el Odiseo que lucha en Troya,
- fabuloso: el Odiseo de encuentros fantásticos — en su mayoría típicos del cuento folclórico, muy antiguo y extendido por el mundo—; y
- novelesco y de relato realista: el Odiseo que regresa a Ítaca, mendigo falso en su propio palacio.

Desde la costa del Bósforo, de donde parten de regreso las naves aqueas, hasta la isla de Ítaca, en el sur del Adriático, la distancia marítima no es considerable: una buena nave puede hacer el trayecto en pocos días.

Pero Odiseo tarda diez años en llevar a cabo ese viaje, y el destino pone así a prueba al héroe sufrido e ingenioso.

El ‘polytropos Odysseús,’ es decir, el ‘Odiseo de muchas vueltas o muchos trucos,’ ha de vagar hasta los límites del océano y entrevistarse allí, en el país de los muertos, con el adivino Tiresias y, de paso, con algunos de sus antiguos camaradas de Troya, con Aquiles y Agamenón, fantasmas sombríos del Hades.

¡Ese viaje de regreso a Ítaca se le ha vuelto tan laberíntico!

Perseguido por la ira del dios Poseidón, y amparado algo por su atenta amiga Atenea, sufrirá en el mar muchos pesares, perderá a todos sus compañeros, y volverá cuando ya casi nadie le espera, junto a Penélope y Telémaco, el hijo crecido en su ausencia,

que debe mostrarse digno sucesor de su valeroso padre.

### i:3 composición de la obra. personajes

#### Estructura

En el poema homérico podemos advertir una estructura muy clara: comienza con los cantos que cuentan el viaje de Telémaco en busca de su padre o ‘Telemaquia.’ [cantos ‘i’ a ‘iv’]

Ya en el ‘canto v’ aparece Odiseo, en la isla de Calipso, y desde esta isla se hace de nuevo a la mar hasta llegar a Feacia, donde es acogido por Nausícaa [cantos ‘vi’], y allí en Feacia cuenta Odiseo sus aventuras anteriores. [cantos ‘viii’ a ‘xii’]

Luego es conducido por los feacios a Ítaca, y Odiseo llega a su tierra ya en el [cantos ‘xiii’], aunque tarda en darse a conocer a los suyos para tomar cumplida venganza contra los pretendientes, de modo que hasta el [canto ‘xiii’] no es acogido en brazos de la fiel Penélope en el largamente esperado final feliz.<sup>5</sup>

En síntesis, la obra presenta el siguiente esquema:

- a** Telemaquia. [‘i’-‘iv’]
- b** Aventuras marinas. [‘v’-‘xii’]
- c** Venganza en Ítaca. [‘xiii’-‘xxiv’]

Queda así en el centro del poema el relato de las aventuras fabulosas en el mar, que cuenta el propio Odiseo a los feacios.

Así nos muestra el poeta cuán hábil narrador es el viajero astuto y sufrido.

<sup>5</sup> La parte del [canto ‘xxiv’] que narra la bajada de los pretendientes al mundo de los muertos es probablemente un añadido inspirado en la visita al Hades del [canto ‘xi’]. [N. del Ed.]

#### Odiseo como narrador

Recordemos la escena del banquete en Feacia.

Después de que Demódoco, el aedo<sup>6</sup> de palacio ha cantado el famoso episodio de la conquista de Troya por los aqueos, gracias al truco ingenioso del enorme caballo de madera, Odiseo, aún huésped anónimo, se echa a llorar y se ve obligado a desvelar su identidad.

Luego, a petición del rey Alcínoo, comienza a contar sus vicisitudes marinas.

Odiseo compite así con el admirado aedo profesional —a quien la Musa le inspira sus relatos—, y narra sus propias andanzas al margen ya de la épica.

El relato de sus viajes fabulosos está en primera persona, lo que le da una emotividad y atractivo especiales.

Desde la ‘Odisea’ es tradicional en la literatura europea que este tipo de relatos fantásticos estén contados por el protagonista, en primera persona.

Eneas, Luciano, Simbad, Dante, Cyrano, Gulliver, el barón de Münchhausen relatan sus estupendas, asombrosas, y fantásticas aventuras por remotos y extraños lugares, siguiendo la estela dejada por Odiseo.

Los hospitalarios príncipes de Feacia se quedan fascinados por el relato de Odiseo.

El amable rey Alcínoo le expresa su admiración y le pide que siga hasta el final, aunque sea de noche; elogia su arte y su veracidad, que le parecen ambos manifiestos en el aspecto del héroe.

Recordemos ese sincero elogio de Alcínoo:

—¡Oh, Odiseo! Al verte no sospechamos que seas un impostor ni un embustero, como otros muchos que cría la oscura tierra, los cuales,

<sup>6</sup> aedo: l. m. Cantor épico de la antigua Grecia. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

*dispersos por doquier forjan mentiras que nadie logra descubrir: tu das belleza a las palabras, tienes excelente ingenio e hiciste la narración con tanta habilidad como un aedo, contándonos los deplorables trabajos de todos los argivos y de ti mismo.*

[Odisea, xi: 363-369]<sup>7</sup>

Pero el lector de la ‘Odisea,’ que conoce mejor a Odiseo que el rey feacio, sabe que Odiseo es también un redomado mentiroso, tal y como le recrimina Atenea, apenas charla un rato con él en Ítaca.

Le dice la diosa:

*—Astuto y falaz habría de ser quien te aventajara en cualquier clase de engaños, aunque fuese un dios el que te saliera al encuentro.*

*»¡Temerario, artero, incansable en el dolor!*

*»¡Ni aún en tu patria habías de renunciar a los fraudes y a las palabras engañosas, que siempre fueron de tu gusto?*

*»Mas, ¡jea!, no se hable más de ello, que ambos somos peritos en astucias; pues si tú sobresaes mucho entre los hombres por tu consejo y tus palabras, yo soy celebrada entre todas las deidades por mi prudencia y mis astucias.*

*»Pero aun no has reconocido en mí a Palas Atenea, hija de Zeus, que siempre te asisto y protejo en tus cuitas e hice que les fueras agradable a todos los feacios.*

[Odisea, xiii, 291-302]<sup>8</sup>

Sabemos que Odiseo no vacila en contar embustes siempre que pueda sacarles provecho.

Con todo, podemos pensar que se puede distinguir lo veraz de lo inventado por Odiseo.

Cuando el héroe cuenta episodios extraños y maravillosos, o escenas tremendas y truculentas, dice la verdad.

Cuando relata escenas verosímiles, con raptos de niños y piratas fenicios, por ejemplo, está fabricando una mentira provechosa.

Lo más fantástico es más auténtico, y hay que desconfiar de lo más verosímil.

### El itinerario marino

En el centro de sus aventuras marinas se sitúa el viaje al mundo de los muertos, el Hades.

La Nekyia<sup>9</sup> ocupa todo el [canto ‘xi’] y es la que le lleva más lejos en sus hazañas.

No se puede ir más allá y, desde allí, sólo en el mejor de los casos puede uno regresar al mundo de los vivos.

El ‘viaje al más allá’ está aquí motivado por el arduo empeño de entrevistar al adivino Tiresias acerca del regreso a Ítaca.

Se lo ha encomendado Circe, y desde la misteriosa isla de esta maga famosa parte Odiseo hacia el borde oceánico para asomarse al temible Hades.

Pero antes de esa visita al otro mundo Odiseo ha tenido otros encuentros peligrosos con los Cícones, los Lotófagos, los Cíclopes, con Eolo, dios de los vientos, y con los Lestrigones.

Después de la estancia con Circe y la visita al Hades están los pasos difíciles: el héroe debe evitar la seducción de las Sirenas y ha de sortear los remolinos de Escila y Caribdis.

<sup>9</sup> nekylia: Antiguo rito griego por el cual se llamaba a los fantasmas y se consultaba por el futuro. Nekylia no es igual a la katabasis: katabasis es el viaje real, físico al inframundo. [n. del pr.]

Luego alcanza la plácida costa donde pacen las vacas del Sol, que, pese a las advertencias de Odiseo, sus compañeros matan y devoran, consumidos por el hambre, provocando así la muerte cruel en el mar.

Odiseo es el único en arribar a la isla de Calipso, donde la ninfa enamorada lo retiene siete largos años.

De la isla Ogigia sale en su balsa para naufragar de nuevo —por culpa del furioso Poseidón— y llegar al fin, desnudo y muy cansado, a las playas de Feacia.

Son en total diez o doce episodios —según se cuente o no la estancia en Ogigia y en Feacia— en los que Odiseo se va quedando solo y en los que se va mostrando su intrépido ánimo.

Sobre el itinerario de Odiseo se ha escrito mucho.

¿Se trata de un azaroso zigzagueo por un mar fantástico, o hay un fondo real de un recorrido marino efectuado en la geografía del Mediterráneo, en el que el viejo Homero pudo haberse inspirado?

La discusión filológica al respecto viene de muy antiguo, ya desde los eruditos griegos del período helenístico.

Había, desde época antigua, lugares en la costa del sur de Italia bautizados con nombres sacados de la ‘Odisea’ —el promontorio de Circe, por ejemplo—, como un claro eco de los pasajes donde pudo haber recalado el taimado Odiseo.

En nuestro siglo son varios los estudiosos que han querido trazar un mapa de la ruta de Odiseo por el Mediterráneo.

Las hipótesis que proponen sobre esos rumbos marinos de Odiseo son curiosas, pero no vamos a detenernos en discutir si la ninfa Calipso estaba en una pequeña isla cerca de Ceuta, si Circe vivía muy próxima a la bahía de Nápoles, si los Lotófagos

<sup>7</sup> Tomado de traducción directa al castellano. [n. del pr.]

<sup>8</sup> Tomado de traducción directa al castellano. [n. del pr.]

habitaban la bella isla tunecina de Dyerba, o si los Lestrigones eran vecinos del brumoso norte.

Puede parecer lógico que la isla de Eea, donde mora la maga Circe, hija de Helios (el Sol), se encuentre al oriente, por donde sale la radiante aurora, pero ya Homero cuenta que a Odiseo le resultaba muy difícil saberlo:

—Puesto que ignoramos dónde está el poniente y el sitio en que aparece la aurora, por dónde Helios que alumbra a los mortales desciende debajo de la tierra y por dónde vuelve a salir...

[Odisea, x, 190-192]<sup>10</sup>

Conviene ser muy escéptico respecto a la realidad geográfica de la travesía de Odiseo.

Es poco verosímil que, como se ha dicho, Odiseo u Homero tuvieran a mano un periplo fenicio, y no parece fundado imaginar que, como también se ha afirmado, la 'Odisea' propone un código secreto para navegantes iniciados en descifrarlo.

Ante tales conjeturas no cabe sino subscribir la opinión de un buen conocedor del tema, M. Fernández-Galiano:

—Sigue teniendo validez la brillante afirmación del filólogo y geógrafo Eratóstenes: no se llegará a situar con exactitud los escenarios de la 'Odisea' mientras no se encuentre al talabartero que cosió el odre de los vientos de Eolo.'

En todo caso ahí está el mar inquieto que Homero califica 'de color de vino': espumoso y resonante, pero más peligroso que en la 'Ilíada.'

Por él se internaban los griegos con sus ligeras naves negras, en su afán de colonizar, descubrir y comerciar, en el siglo VIII aC, cual otros Odiseo, y muchos volvían, a sus casas contando historias de monstruos y magas, prodigiosos tesoros, gigantes bárbaros y caníbales.

En la 'Odisea' ese mar, tan real y tan fabuloso, cobra resonancias fantásticas y penetra en la literatura universal.

Era el mar surcado antes por Jasón y los Argonautas en otro famoso mito, y por los mercaderes y piratas fenicios, históricos competidores de los griegos en el comercio y la colonización.

### El papel de las mujeres

No pasemos por alto otro de los claros encantos de la 'Odisea': sus variadas figuras femeninas.

A diferencia de la 'Ilíada,' donde el ámbito bélico típico de la epopeya reservaba el primer plano para los héroes violentos, y sólo dejaba entrever en un discreto segundo plano figuras femeninas como las de Helena, Andrómaca y Hécuba, en la 'Odisea' hay muchas y variadas figuras de mujer que impresionan la memoria del lector.

Figuras que ejercen una curiosa fascinación, como Penélope, Calipso, Circe, Nausícaa, Arete, Helena, e incluso la fiel y vieja sirvienta Euriclea.

Cada una tiene su propia personalidad, y están todas presentadas con un enorme respeto, como ha destacado, entre otros comentaristas atentos, Gabriel Germain:

—Penélope, cuya vista subyuga siempre a los pretendientes, incluso cuando la astucia de la tela retejada ha sido descubierta, y de quien el

mismo Odiseo, después de su victoria, espera que le admita en la cámara conyugal.

»Helena, que reina en Lacedemonia [...], y que ofrece a Telémaco un velo que ha bordado con sus propias manos como un regalo para su mujer cuando él se case. [...]

»¿Hay que recordar que Circe —una inmortal, en este caso hace siervos suyos en forma animal a todos los hombres que se le acercan?

»En su dominio [...] encontramos una sociedad estrictamente femenina.

No tiene alrededor suyo sino sirvientas.

»Es verdad que vive al margen del mundo y en una isla, como Calipso, que parece vivir sola. [...]

»Odiseo no ha estado nunca más dependiente de una voluntad femenina que en el hogar de estas diosas, puesto que no sabría partir de allí sin su consentimiento, sin el viento favorable que ellas le ofrecen, ni encontrar su ruta sin sus consejos detallados.

Eso explica que haya pasado nada menos que ocho años con Calipso y uno con Circe.

Cierto es que Odiseo acaba por renunciar a la placentera compañía de esas divinidades y no guarda luego, suponemos, ninguna duda sobre su decisión de abandonar a esas bellas seductoras.

Tampoco le tienta en serio Nausícaa, que parece que se había hecho sus ilusiones de boda con este enigmático y maduro 'príncipe azul' escapado del naufragio.

Penélope aguarda y Odiseo responde a su confianza.

<sup>10</sup> Tomado de traducción directa al castellano. [n. del pr.]



Resulta muy curioso el enorme respeto con que es tratada Helena de Troya, reinstalada en el trono de Esparta con su marido Menelao.

En su hospitalaria morada, ya al lado de Menelao, ambos esposos recuerdan la guerra de Troya como un suceso lejano y triste, aunque glorioso.

Pero el poeta no sólo se ocupa de las nobles damas, sino también de una sirvienta como Euriclea, a la que le dedica mucha atención.

Incluso puede notarse cierto tono moral en la relación de esas figuras con los héroes.

Todas esas mujeres son de conducta ejemplar, pues hasta el pasado adulterio de Helena con Paris parece disculparse casi como un 'pecado de juventud.'

En cambio, las jóvenes sirvientas del palacio de Ítaca que se mostraron demasiado amables con los pretendientes reciben un terrible castigo ejemplar al final del poema: son ahorcadas en el patio.

Ese interés, y hasta simpatía y admiración, por el mundo femenino ha intrigado a muchos lectores.

É incluso ha dado motivos a la hipótesis de que una mujer pudo ser autora de la 'Odisea,' como recoge Robert Graves en su novela 'La hija de Homero.'

La relevancia de las mujeres en la 'Odisea' es una novedad de un poeta que se muestra interesado en unas figuras femeninas que no vienen del mundo de la épica, siempre muy masculino, sino que va hacia un relato novelesco y con retazos costumbristas.

### Telémaco en busca del padre

Junto a la figura ubicua del protagonista, el autor del poema quiere situar a unos personajes cálidos y vivaces, que aportan al relato nuevo atractivo, como esos personajes femeninos que hemos considerado.

O como la figura del joven príncipe, que ha de probar su valor como hijo del héroe y ha de iniciarse en el ámbito de los nobles, no ya en un período de guerra, sino en un viaje de paz y de cortesía.

Así Telémaco tiene un papel muy destacado en la primera parte del poema, que se denomina 'Telemaquía,' como hemos señalado, y que pudo acaso haber sido un texto incluido en la redacción última de la 'Odisea.'

El viaje de Telémaco no sirve para el reencuentro con su padre.

El joven no da con la pista de Odiseo, pero regresa más educado y sabiendo muchas más cosas de su famoso progenitor después de conversar en el Peloponeso con Néstor, Menelao y Helena.

En ese viaje ha sido reconocido como 'el hijo del héroe' y se ha formado en el trato con importantes figuras del mundo heroico.

Es un viaje educativo, que sirve a su paideia,<sup>11</sup> esa 'formación' que era tan esencial para un joven griego.

Telémaco ha mostrado su espíritu decidido, su inteligencia, y ahora ya sabemos que puede combatir junto a su padre en el momento del fiero combate final, en el de la venganza contra los pretendientes.

### La realidad cotidiana

Pero al margen de las aventuras de Odiseo y de la formación de su joven hijo, la narración se interesa también por aspectos relacionados con el mundo cotidiano, como el trabajo o la economía.

De un lado vemos cómo incluso un rey como Odiseo es hábil con sus manos como para construirse una balsa de troncos o el lecho nupcial.

Y que Penélope trabaja en su telar y la princesa Nausícaa va a lavar la ropa con sus criadas.

Hay siervos de sorprendente nobleza, como el fiel Eumeo, guardián de la piara de cerdos de Odiseo.

Por otro lado, en el grito nocturno de una pobre sirvienta agobiada de moler el trigo y de otras faenas percibimos una temprana queja del siervo oprimido por sus duros amos.

Telémaco se aflige por los gastos irreparables de los pretendientes que devoran sus ganados, más que por el hecho de tener que separarse de su madre.

Odiseo piensa en volver, pero con un buen tesoro; y se alegra cuando Penélope pide un regalo de cada uno de sus pretendientes antes de hacer su elección.

La 'Odisea' es, pues, un texto de múltiples aspectos y de una riqueza de motivos admirable.

Su protagonista tiene muchos trucos y vueltas y el mar y sus costas, muchos misterios.

Es como un prisma de renovados destellos.

Jorge Luis Borges, a quien tanto gustaba el libro, escribió en uno de sus últimos poemas que la 'Odisea' es variable como las formas de una nube y  
*...cambia como el mar.*

*Algo hay distinto*

*...cada vez que lo abrimos...<sup>12</sup>*

<sup>11</sup> Paideia ['educación' o 'formación']: Proceso de crianza de los niños, entendida como la transmisión de valores (saber ser) y saberes (saber hacer) inherentes a la sociedad. [n. del pr.]

<sup>12</sup> Borges, Jorge Luis. 'Nubes (I)': "No habrá una sola cosa que no sea / una nube. Lo son las catedrales / de vasta piedra y bíblicos cristales / que el tiempo allanará. Lo es la Odisea, / que cambia como el mar. Algo hay distinto / cada vez que la abrimos. El reflejo / de tu cara ya es otro en el espejo / y el día es un dudoso laberinto. / Somos los que se van. La numerosa / nube que se deshace en el poniente / es nuestra imagen. Incesantemente / la rosa se convierte en otra rosa. /

Como si el héroe y el libro se comunicaran su curiosa riqueza de motivos y sugerencias y su seductora modernidad.

### i:4 Rosemary Sutcliff y su 'las aventuras de Odiseo'

El relato de Rosemary Sutcliff nos narra todas las andanzas del regreso de Odiseo desde su salida de la destruida Troya hasta su final feliz en el recobrado hogar familiar y el trono de Ítaca.

Comienza a partir del momento en que el héroe victorioso zarpa con sus naves y sus compañeros de la costa asiática, y concluye tras la matanza de los pretendientes, con el amor recuperado de la fiel Penélope y la restauración de la paz en la isla.

La estructura de la 'Odisea' consta, como hemos señalado, de tres partes bien marcadas: la 'Telemaquia,' las aventuras marinas y la progresiva recuperación del trono en Ítaca.

Esa ordenación de los episodios, que es la que sigue Homero, presenta la trama de manera compleja porque la narración comienza por la mitad —'in medias res,' según el poeta latino Horacio— y continúa luego con el relato de lo ya ocurrido, cediendo la palabra a Odiseo en el palacio de Alcínoo, como narrador de sus pasadas peripecias. [Cantos 'viii' a 'xiii']

En 'Las aventuras de Odiseo,' en cambio, siguiendo la cronología de los sucesos, las andanzas del joven Telémaco se han situado en medio del relato, y, además, Odiseo no nos cuenta sus fabulosas aventuras marinas en primera persona.

Con ello el relato resulta más lineal y gana en sencillez.

Se ha omitido, asimismo, la narración de la toma y destrucción final de Troya, que Menelao cuenta a Telémaco en la versión homérica, destacando el importante papel de Odiseo en la conquista de la ciudad.

Con ese relato el poeta antiguo completaba la información del libro anterior, puesto que en la 'Ilíada' no se cuentan los últimos eventos de la larga y famosa guerra.

Aquí no es necesario hacerlo, ya que Rosemary Sutcliff los ha narrado espléndidamente en 'Naves negras ante Troya,' el volumen que precede a éste.

Del mismo modo que la 'Odisea' no repite el relato de ningún episodio referido en la 'Ilíada' —y ése es un buen argumento para subrayar que el poeta de aquella conocía bien esta epopeya—, la autora de estos dos relatos hace lo mismo.

Rosemary Sutcliff ha logrado aquí —como en 'Naves negras...'— recrear el espíritu ingenuo y poético de la narración épica, en una prosa de buen ritmo, sonora, clara y con un alto grado de elaboración literaria.

Sigue en esa línea una muy bien acreditada tradición británica de adaptación de los grandes clásicos.

Y la resonante y espléndida versión castellana de Luis López Muñoz conserva admirablemente toda la fuerza de su brillante estilo narrativo, para deleite de toda clase de lectores. ♣

## personajes

**Agamenón:** Rey de Argos y Micenas, jefe supremo de las tropas griegas en el asedio de Troya, que muere asesinado por su esposa Clitemestra y el amante de ésta, Egisto, cuando regresa de la larga guerra. Años después será vengado por su hijo Orestes, quien matará a su madre. Odiseo encuentra a Agamenón en su visita al Hades.

**Agelao:** Uno de los pretendientes de Penélope durante la ausencia de Odiseo.

**Alcínoo:** Rey de los feacios, que acoge y ayuda a Odiseo al final de su travesía, haciendo que sus marinos expertos lo trasladen hasta las costas de Ítaca.

**Anfinomo:** Uno de los pretendientes, que es muerto por Telémaco.

**Anticlea:** Hija de Autólico, un astuto ladrón; esposa de Laertes y madre de Odiseo, Anticlea se suicida angustiada por la larga ausencia de su hijo. El héroe la encuentra y habla con ella cuando desciende a la mansión del Hades.

**Antífates:** Rey de los lestrigones. Devora a uno de los compañeros de Odiseo y, al mando de sus hombres forzudos, provoca la muerte de muchos más.

---

Eres nube, eres mar, eres olvido. / Eres también aquello que has perdido." [n. del pr.]

## el profanador de textos

**Antínoo:** uno de los principales pretendientes. Se destaca por su violencia y por su orgullo. Intenta matar a Telémaco cuando éste va en busca de su padre. Será el primero en morir atravesado por una flecha de Odiseo.

**Apolo:** hijo de Zeus y Leto. Dios del Sol, de las artes y de la adivinación.

**Aquiles:** el más grande de los héroes griegos en la guerra de Troya, muere al ser herido en el talón, su único punto vulnerable, por una flecha de Paris. Odiseo lo encuentra en el Hades.

**Arete:** esposa de Alcínoo, rey de Feacia, y madre de Nausícaa. Acoge con afecto a Odiseo, y representa la mujer que aúna inteligencia y bondad, modelo de esposa y de madre.

**Argos:** viejo sabueso de Odiseo que reconoce al héroe cuando regresa a Ítaca disfrazado de mendigo, y que fallece instantes después.

**Artemisa:** hija de Zeus y Leto; era diosa virgen por excelencia.

**Atenea:** o Palas Atenea, hija de Zeus y de Metis, diosa de la guerra y de la sabiduría, protectora permanente de Odiseo y de su hijo Telémaco, aunque generalmente disfrazada o metamorfoseada en distintos personajes o animales.

**Ajax:** Uno de los héroes griegos más fuertes y valerosos de la guerra de Troya. En la 'Ilíada' compite con Odiseo por la armadura de Aquiles, pero, al comportarse de modo indecoroso con él, inducido por las malas artes del dios Dioniso, siente su honor herido y se suicida. Al encontrarlo Odiseo en el Hades, Ajax se niega a hablar con él porque todavía le guarda rencor.

**Bóreas:** Hijo de la Aurora, es una divinidad menor que encarna al viento del norte. Zeus lo desata

sobre Odiseo y sus hombres cuando huyen de Ismaro.

**Cadmo:** Mítico rey y fundador de la ciudad de Tebas, esposo de Harmonía.

**Calipso:** Hermosa ninfa, hija de Atlas y Peyone, que habitaba la isla de Oigigia en el extremo occidental del Mediterráneo y que, enamorada de Odiseo, lo retuvo con ella durante siete años, hasta que los dioses la obligaron a dejarlo en libertad. La tradición atribuye varios hijos a la unión entre Calipso y Odiseo.

**Caribdis:** Hija de Poseidón y de Gea, fue convertida por Zeus en la roca que, junto a Escila, bordea el estrecho de Mesina. Tres veces al día absorbía gran cantidad de agua del mar, tragándose todo lo que flotase en ella, y vomitándolo todo después.

**Céfiro:** Viento suave del oeste que impulsa los navíos de Odiseo desde Eolia hasta Ítaca.

**Circe:** Hechicera cruel, hija del Sol, que habita en la isla de Eea (Italia). Encanta a los compañeros de Odiseo y los convierte en cerdos, pero, amenazada por el héroe, los vuelve a su estado humano. Convive luego un año con Odiseo, del que tiene varios hijos, y le ayuda a seguir su viaje.

**Clitemestra o Clitemestra:** Esposa de Agamenón y reina de Micenas.

**Ctesipo:** Uno de los pretendientes más brutales, arroja contra Odiseo —a quien toma por un anciano mendigo— una pata de ternero. Luego será muerto, como los demás, por el héroe.

**Demódoco:** Famoso aedo ciego de la corte de Alcínoo que canta las gestas de los héroes griegos en Troya, con lo que consigue emocionar a Odiseo.

**Dimante:** Rey de Frigia, padre de Hécuba, esposa del rey Príamo de Troya.

**Dolio:** Criado del anciano Laertes en cuya granja vive cuando regresa Odiseo. Dolio ayuda al héroe en su lucha contra los familiares de los pretendientes.

**Egisto:** Amante de Clitemestra, esposa de Agamenón. Mató al rey a su regreso de Troya.

**Elpénor:** Joven compañero de Odiseo que, aturdido por el sueño y el vino, se despeña desde lo alto del palacio de la maga Circe. Se le aparecerá a Odiseo en su viaje al Hades para solicitarle que le rinda los rituales fúnebres y pueda así entrar en el reino de los muertos y descansar.

**Eolo o Eolo Hipótada:** Hijo de Poseidón y señor de todos los vientos. Recibe a Odiseo amigablemente en la isla flotante de Eolia y le facilita el regreso con vientos favorables. La posterior imprudencia de los hombres de Odiseo provoca el rechazo de Eolo.

**Equeto:** Legendario rey del Epiro tremendamente cruel. Sólo aparece en la obra como referencia amenazante.

**Escila:** Monstruo de seis cabezas, en el estrecho de Mesina, que devora otros tantos compañeros de Odiseo cuando su nave se aproxima a ella, huyendo de la aún más terrible Caribdis. Era hija de la diosa infernal Hécate y fue convertida en monstruo por Circe.

**Eumeo:** Porquero anciano y fiel de Odiseo que ayuda al héroe en su matanza de los pretendientes, después de haberlo recibido y atendido en su granja.

**Eupites:** Padre de Antínoo y cabecilla de quienes buscan la venganza por la muerte de los preten-

dientes; morirá atravesado por la lanza que le arroja Laertes.

**Eurialo:** Joven feacio que provoca a Odiseo para que participe en los juegos atléticos.

**Euriclea:** Anciana nodriza de Odiseo y Telémaco, que es la primera en reconocer a su señor.

**Euríloco:** Compañero de Odiseo y el único que se libra del hechizo de la maga Circe; será también el responsable de que el héroe acceda al desembarco en la isla del Sol, donde comerán las vacas sagradas del dios.

**Eurímaco:** Uno de los pretendientes de Penélope, arroja un taburete contra el viejo mendigo, que no es otro que Odiseo; dirige a los pretendientes contra el héroe, tras la muerte de Antínoo, y muere atravesado por una flecha.

**Eurínome:** Camarera o encargada de las demás criadas en el palacio de Odiseo.

**Faro:** Piloto de la nave de Menelao que murió, picado por una víbora, en una isla a la entrada del Nilo, que lleva su nombre.

**Femio:** Cantor de Odiseo al que los pretendientes habían obligado a cantar para ellos; el héroe le perdona la vida.

**Filetio:** Mayoral de los pastores del palacio, que permanece fiel a Odiseo y le ayuda en su lucha contra los pretendientes.

**Hades:** Dios de los Infiernos y señor de los muertos y de las tinieblas. También recibe ese nombre el mundo de ultratumba donde reina este dios en compañía de su esposa Perséfone.

**Helena:** Esposa de Menelao que ocasiona la guerra de Troya. Tras la caída de la ciudad es perdonada y regresa con su marido a Esparta; allí reciben ambos esposos a Telémaco cuando éste va en busca de noticias de su padre.

**Hermes:** Hijo de Zeus y Maya, es el dios de los viajeros, de los comerciantes y mensajero de los dioses. Por dos veces interviene en favor de Odiseo: para comunicar a Calipso la orden de los dioses de dejarlo en libertad, y para advertirlo de los hechizos de Circe e instruirlo de los pasos que debe seguir para salvar a sus compañeros.

**Idomeneo:** Rey en la isla de Creta, hijo de Deucalión y nieto del gran rey Minos de Creta. Fue uno de los pretendientes de la hermosa Helena de Troya y uno de los griegos más valientes en la Guerra de Troya.

**Ino:** Diosa del mar, hija de Cadmo y Harmonía. Divinidad bienhechora, protectora de los navegantes, que ayuda a Odiseo a salir del naufragio con el talismán de su velo sagrado.

**Iro:** Mendigo fanfarrón y cobarde con el que Odiseo se pelea en su propio palacio, en presencia de los pretendientes, cuando el héroe aún no se ha dado a conocer.

**Laertes:** Anciano padre de Odiseo que en ausencia del héroe se retira a su granja; allí lo encuentra su hijo, al que Laertes ayuda en la lucha contra los familiares de los pretendientes.

**Laodamante:** Hijo del rey Alcínoo y hermano de la joven Nausícaa.

**Marón:** Sacerdote de Apolo, en la ciudad tracia de Ismaro, saqueada por los hombres de Odiseo en su primera aventura. Odiseo respetó la vida y los bienes de este sacerdote, que les compensó con doce tinajas de un extraordinario vino.

**Medonte:** Herald del palacio de Odiseo que había mantenido una actitud ambigua con los pretendientes, pero al que sin embargo el héroe perdona la vida.

**Melantio:** Antiguo cabrero del palacio de Odiseo; traiciona a su amo, halagando y ayudando a los pretendientes en la lucha. Odiseo ordenará que lo cuelguen del techo y le den muerte.

**Melanto:** Esclava de Penélope y amante del pretendiente Eurímaco. Trata de expulsar a Odiseo con una antorcha cuando éste estaba disfrazado de mendigo.

**Menelao:** Rey de Esparta y esposo de la infiel Helena de Troya, a la que perdonó. Ambos reciben a Telémaco y le informan sobre su padre.

**Mentes:** Rey de los tafios y huésped de Odiseo. Atenea adoptará su figura para decirle a Telémaco que su padre sigue vivo aún, y animarlo después a quejarse de los pretendientes e ir en busca de noticias de Odiseo.

**Méntor:** Fiel compañero de Odiseo a quien éste había confiado el cuidado de su casa cuando partió para Troya. Atenea adopta la forma de Méntor para animar a Odiseo al combate contra los pretendientes.

**Minos:** Legendario rey de Creta, hijo de Zeus y Europa; una vez muerto, fue nombrado juez de los Infiernos, encargado de juzgar la conducta de las almas. Odiseo lo encuentra en el Hades.

**Nausícaa:** Joven hija del rey Alcínoo; encuentra a Odiseo náufrago, le proporciona vestidos y lo conduce al palacio de sus padres. Se enamora del héroe.

**Néstor:** Anciano rey de Pilos, prototipo del consejero prudente. Luchó en Troya y, ya de nuevo en Pilos, recibe y ayuda al joven Telémaco.

**Odiseo:** Rey de Ítaca y gran héroe y protagonista de la obra. Hijo de Anticlea y de Laertes, tuvo un activo protagonismo en la guerra de Troya. Concluida ésta, Odiseo sufre una larga y acci-

## el profanador de textos

dentada travesía por todo el Mediterráneo hasta que consigue regresar a su reino y reunirse con su esposa, por los que siente una gran añoranza. Los latinos lo llaman Ulises.

**Orión:** Gigante descomunal, hijo de Poseidón y apasionado cazador; murió a causa de la picadura de un escorpión enviado por Artemisa, a quien Orión había intentado violar. Odiseo lo encuentra en el Hades.

**Paris:** Hijo de Príamo y Hécuba, el rapto de Helena inicia los eventos de la Guerra de Troya.

**Penélope:** Fiel esposa de Odiseo al que espera durante diecinueve años, aunque se resiste a reconocerlo cuando el héroe llega al fin. Demora su decisión de aceptar la boda con uno de los pretendientes con la estratagema de la mortaja que teje para su suegro durante el día y que por la noche desteje.

**Perséfone:** Hija de Zeus y Deméter, fue raptada por Hades y reina desde entonces en los Infiernos. No obstante, vuelve a la tierra con su madre durante seis meses al año, que es la época en que florece y fructifica el campo.

**Pisítrato:** Joven hijo del rey Néstor de Pilos, que acompaña a Telémaco hasta la corte de Menelao.

**Pólipo:** Artesano feacio experto en fabricar pelotas para el juego.

**Polifemo:** Hijo de Poseidón y la ninfa Toosa, gigante horrible, con un solo ojo en la frente, que vive en una cueva como pastor y tiene costumbres antropofágicas. Odiseo, tras perder a algunos de sus hombres, consigue cegar y escapar así de una muerte segura.

**Poseidón:** Dios de los mares, hijo de Crono y Rea, y hermano de Zeus. Padre de Polifemo, es el princi-

pal enemigo y causante de todas las desgracias de Odiseo por haber cegado éste a su hijo.

**Príamo:** Anciano rey de Troya, padre de Héctor y Paris; morirá en el saqueo de Troya.

**Proteus:** Divinidad marina que guardaba los rebaños de focas de Poseidón y tenía el don de la profecía y el de metamorfosearse en otros seres. Le explica a Menelao, cuando éste regresa de Troya, cómo volver a su patria y le revela luego la suerte que han corrido su hermano Agamenón y Odiseo.

**Sísifo:** El más astuto de los hombres. De él se cuentan numerosas leyendas; en una de ellas el abuelo de Odiseo, Autólico, le robó a Sísifo parte de su ganado, y éste demostró que las reses eran suyas porque tenían grabadas en la pezuña las palabras 'me ha robado Autólico'; admirado éste de la habilidad de Sísifo, le entrega a su hija Anticlea para que le dé un nieto tan astuto como él, unión de la que, según esta versión, nacería Odiseo. Por seducir a la esposa de su hermano Salmoneo fue condenado a cargar eternamente una gran roca hasta lo alto de una colina, ya que la roca rueda hacia abajo cada vez que alcanza la cima. Odiseo lo encuentra en el Hades.

**Tántalo:** Hijo de Zeus y Plutón. Por varias faltas de lealtad a los dioses, fue condenado a un castigo consistente en que, estando en un lago cuyas aguas le llegaban hasta el cuello, y con árboles llenos de fruta suspendidos sobre su cabeza, cada vez que intentaba comer y beber descendían las aguas y se alejaban los frutales. Odiseo encuentra a Tántalo en el Hades.

**Telémaco:** Joven hijo de Odiseo y Penélope al que su padre dejó muy pequeño al marchar a la guerra de Troya. Parte en busca de su padre y, a su regreso, le ayuda a exterminar a los pretendientes.

**Teoclímeno:** Huésped de Telémaco que reprocha a los pretendientes su conducta y les advierte que pronto van a morir.

**Tiresias:** El más célebre adivino de Grecia, a quien la diosa Atenea ciega por haberla visto bañarse desnuda. Tiresias conserva su poder adivinatorio incluso en el Hades, desde donde aconseja a Odiseo y le predice el futuro de penalidades que todavía le aguarda antes de recobrar su reino de Ítaca.

**Zeus:** Dios supremo del Olimpo, padre de los dioses y de los hombres. Su emblema es el águila y el rayo, que lanza en más de una ocasión sobre Odiseo para manifestarle su beneplácito o su enojo. ♣

## actividades

### Primera parte: Guía de lectura

**1** En ‘Las aventuras de Odiseo’ se narra el largo y accidentado viaje de regreso a su patria del famoso héroe griego. Tras un cruento conflicto bélico, en la primera acción de Odiseo afloran la violencia y el espíritu guerrero propios de la ‘Ilíada,’ que parecen justificar el saqueo de ciudades, la muerte de sus habitantes o el rapto de sus mujeres.

**a** *No obstante, ¿qué error cometen los hombres de Odiseo y cómo lo pagan? [‘1 el saqueador...’]*

Con la aventura de los lotófagos se inicia ya el relato de historias fantásticas ambientadas en lugares exóticos, un rasgo que aproxima la obra al género novelesco y la aleja de la épica.

**b** *¿Qué efecto obra el fruto del loto en quienes lo consumen? ¿Por qué razón podríamos interpretar este pasaje como la amenaza de anulación y degradación del espíritu heroico?*

**c** *¿Qué cualidades de Odiseo se ponen de manifiesto en sus consejos tras el saqueo de Ísmaro [‘1 el saqueador...’] o en su actitud ante los hombres que prefieren permanecer con los lotófagos? [‘1 el saqueador...’]*

Uno de los episodios más singulares y famosos de la ‘Odisea’ es el de los cíclopes, cuyo protagonista, Polifemo, ha sido tratado extensamente por la tradición literaria y artística posterior. En esta aventura fantástica destaca sobre todo la actuación del héroe, a quien empezamos a conocer mejor.

**d** *¿Qué impulsa a Odiseo a internarse en la tierra de los cíclopes y a esperar después el regreso del gigante a la cueva, pese al riesgo evidente que todos corren? [‘2 los cíclopes’]*

**e** *¿Por qué desiste de matar a Polifemo mientras duerme? [‘2 los cíclopes’] ¿Qué otras actuaciones y palabras del héroe nos revelan su astucia e inteligencia? Sin embargo, ¿qué imprudencia, impropia de su carácter, comete? [‘2 los cíclopes’]*

**f** *¿De qué modo va a condicionar este episodio el viaje de Odiseo a su anhelada Ítaca? [‘3 el señor de...’]*

La historia de Polifemo y el sagaz Odiseo recuerda en varios aspectos los cuentos del folclore tradicional.

**g** *¿Qué rasgos tiene en común el episodio de Polifemo con este tipo de cuentos?*

Como hemos comprobado ya en el primer capítulo, el «héroe prudente» no siempre puede controlar la conducta irreflexiva de sus compañeros, que le

ocasionan gravísimos problemas; pese a ello, Odiseo se muestra como un jefe ejemplar que piensa antes en la defensa de sus hombres que en sí mismo.

**h** *En el episodio de Eolo, ¿qué contraste se produce entre la actitud de la tripulación [‘3 el señor de...’] y la de Odiseo? [‘3 el señor de...’]*

**i** *¿En qué dramática situación quedan el héroe y sus hombres tras la fantástica y espantosa aventura de los lestrigones? [‘3 el señor de...’]*

La curiosidad les arrastra de nuevo a otra aventura, tras desembarcar, exhaustos, en la isla Eea. Allí se encuentran con la hechicera Circe, un ambiguo e inquietante personaje cuyo comportamiento podría explicarse por la opuesta personalidad de sus progenitores: como hija del dios Sol, Circe deleita a sus huéspedes con placeres; como hija de Hécate —la diosa de la brujería— y hermana del malvado rey Eetes, la maga alberga perversas intenciones. Por otra parte, si se admite que la diosa hechicera y sus bellas damas simbolizan la atracción sensual y el erotismo.

**i** *¿Qué interpretación alegórica hemos de dar a la transformación que Circe opera en los hombres?*

Odiseo, que acude una vez más en ayuda de los suyos, sale de nuevo bien parado de esta peligrosa aventura.

**k** *¿Es en este caso la sagacidad del héroe lo que le hace salir triunfante de los engaños de Circe? [‘4 la hechicera Circe’] ¿Cómo muestra su falta de egoísmo y su magnanimidad para con sus compañeros? [‘4 la hechicera Circe’] ¿Qué traerá consigo su insaciable curiosidad de viajero?*

## el profanador de textos

[‘4 la hechicera Circe’] y [‘5 el reino...’] ¿Qué deben acabar por recordarle sus hombres?

2 Allí por consejo de Circe, Odiseo se embarca nada menos que hacia el Hades para consultar allí al adivino Tiresias sobre las dificultades de su regreso a Ítaca. El arriesgado viaje a los Infiernos —que los griegos llamaban ‘Nekya’— ha fascinado desde siempre al hombre, y pocos personajes mitológicos han conseguido regresar al mundo de los vivos tras la visita al Hades.

**a** ¿Por qué crees que este tema ha despertado siempre tan vivo interés? Averigua sobre el bello mito de Orfeo y Euridice.

Conseguida la información que deseaba, el inquieto héroe no puede resistir la tentación de conversar con su madre, cuya muerte ignoraba, o con algunos héroes de la guerra de Troya.

**b** ¿Qué le dice Aquiles, el más valeroso y temido héroe g-ego, quien, más que una vida larga y reposada, había preferido morir joven si de ese modo alcanzaba la fama? [‘5 el reino...’]

**c** ¿Por qué crees que el mito de Sísifo [‘5 el reino...’] se ha utilizado para ejemplificar el absurdo de la existencia humana?

De regreso al mundo de los vivos, la maga’ Circe les explica cómo superar los nuevos peligros que les aguardan. El primero de ellos, las sirenas, constituye uno de los episodios más sugestivos y famosos de la ‘Odisea’, pese a su extrema brevedad.

**d** ¿Qué tienen las sirenas para resultar tan peligrosas, en especial para ~. un hombre como Odiseo? ¿Se trata de sus encantos eróticos?

Frente a la dulce seducción de las sirenas, Escila y Caribdis son dos seres por completo terroríficos. e) ¿Cómo se describe a estos monstruos? [‘6 peligros del mar’] ¿Por qué opta Odiseo por navegar cerca de Escila?

Tras una prolongada tormenta, los hombres supervivientes de las fauces de Escila, aprovechando la ausencia de Odiseo, vuelven a desobedecer sus órdenes y devoran el ganado del Sol. [‘6 peligros del mar’]

**f** ¿A qué atribuyes el hecho de que sólo Odiseo sobreviva a la tempestad que de nuevo se abate sobre ellos? ¿Por qué, a partir de ahora, se inicia una nueva etapa en la aventura del héroe?

3 En el capítulo «Telémaco busca a su padre» se produce un salto temporal y espacial: mientras Odiseo hace ya siete años que permanece preso y seducido por la ninfa Calipso en la isla Ogigia, en Ítaca su hijo Telémaco va a iniciar su personal aventura (‘Telemaquia’) en busca del extraviado padre. Pero antes se nos ofrece un panorama de la crítica situación que, en el palacio de Ítaca, viven Penélope y su hijo, acosados por los ambiciosos pretendientes. [‘7 Telémaco busca...’]

**a** ¿Qué recurso utiliza Penélope para ir aplazando su decisión y dar largas a los pretendientes? ¿En qué sentido se nos aparece como digna compañera de Odiseo?

**b** ¿Qué acciones emprende la diosa Palas Atenea para defender la causa de su protegido Odiseo? [‘7 Telémaco busca...’]

Telémaco llega a la corte de Menelao, y allí el rey de Esparta y su esposa Helena le hablan de la participación de Odiseo en la guerra de Troya [‘7 Telémaco busca...’]; a continuación Menelao le relata su propio viaje de regreso a Esparta, una travesía casi tan azarosa y larga como la del padre de Telémaco.

**c** Los relatos de Helena y Menelao, ¿qué imagen ofrecen de Odiseo?

**d** ¿Qué noticias sobre su padre consigue averiguar Telémaco? [‘7 Telémaco busca...’]

4 La reconfortante estancia en Ogigia, la isla de Calipso, no mitiga la ~ nostalgia por Ítaca del paciente héroe, pese a lo paradisiaco del lugar y a los cuidados y placeres que la ninfa le dispensa. [‘8 adiós a Calipso’]

**a** ¿Qué siente Calipso por Odiseo y por qué se decide finalmente a dejarlo marchar? [‘8 adiós a Calipso’]

**b** ¿A qué se debe la siguiente desgracia del héroe y su salvación en el último momento? [‘8 adiós a Calipso’]

La llegada y la estancia de Odiseo en el país de los feacios constituye el último episodio de sus aventuras marinas, uno de los más gratificantes para el héroe. Palas Atenea urde el encuentro ,de la princesa Nausícaa con Odiseo en un escenario idílico de un país mimado por los dioses.

## el profanador de textos

**c** *¿Cómo se gana el héroe la voluntad de Nausícaa, y qué rasgo de su personalidad nos revelan las palabras que le dirige? [‘9 la hija del rey’] Pese a que Odiseo es un hombre maduro, ¿qué efecto obra en la joven princesa, que desdeña a sus pretendientes feacios? [‘9 la hija del rey’] ¿Y en el rey Alcínoo? [‘9 la hija del rey’] ¿Conocen el monarca o la princesa su verdadera identidad? ¿Qué pruebas da Odiseo, aguijoneado por los feacios, de su fortaleza? [‘10 los juegos...’] ¿Cómo reacciona Nausícaa al marchar el héroe? [‘10 los juegos...’]*

En la corte feliz y próspera de Alcínoo, Homero —y, con él, Sutcliff— parece remansar el ritmo de episodios anteriores para detenerse en la descripción de las costumbres cortesanías de Feacia.

**d** *¿Qué tipo de costumbres se refieren? [‘10 los juegos...’] ¿A qué se atribuye la ceguera del poeta Demódoco? [‘10 los juegos...’]*

El relato de Odiseo ante Alcínoo y su corte [‘10 los juegos...’] es en realidad la historia de todas las aventuras que hemos leído hasta ahora, que, narradas en este lugar, como sucede en la ‘Odisea’, tendrían un carácter retrospectivo.

**e** *¿Qué motiva el relato del héroe? [‘10 los juegos...’]*

**f** *¿Cuántas facetas de la compleja personalidad de Odiseo se muestran durante la estancia del sufrido navegante en Feacia?*

**5** Con la llegada de Odiseo a Ítaca se inicia el último tramo de la aventura del héroe. Su espíritu

previsor y desconfiado le lleva a ocultar su identidad al joven pastor en el que se encarna Atenea, a quien Odiseo le cuenta una elaborada y fingida historia.

**a** *¿Por qué podemos decir que Atenea y Odiseo demuestran ser aquí almas gemelas? ¿Cómo se engarzan en este capítulo las historias paralelas de Telémaco y de Odiseo? ¿En qué consiste el plan que el héroe traza para deshacerse de los pretendientes y recobrar el poder? [‘11 regreso a Ítaca’]*

Tras diecinueve años de ausencia, el regreso de Odiseo a su palacio transformado en un andrajoso y viejo mendigo resulta dramático y humillante para él. No es la primera vez que el héroe se somete a esta dura prueba, que se demuestra, sin embargo, muy eficaz.

**b** *¿Qué consigue Odiseo al ir disfrazado de mendigo? No obstante, ¿qué humillaciones ha de soportar al ocultar su identidad? ¿Qué contraste se produce entre este recibimiento y el que le dispensan los feacios?*

**c** *¿Quiénes son los únicos en reconocer al héroe y qué cualidades tienen las escenas en que se produce dicho reconocimiento?*

Odiseo tampoco se da a conocer ante su esposa Penélope.

**d** *¿Qué contesta Odiseo cuando Penélope le pregunta por su identidad? [‘12 el mendigo...’] ¿Es la primera vez que actúa de ese modo? ¿Qué consigue el autor al postergar tanto el reconocimiento de Odiseo?*

Los presagios de lo que va a ocurrir se expresan a menudo a través de sueños o alegorías.

**e** *¿Qué sueña Penélope? [‘12 el mendigo...’] ¿Qué parecido presagio habían presenciado Telémaco y Pisítrato? [‘11 regreso a Ítaca’]*

La tensión va aumentando a medida que se acerca el enfrentamiento con los pretendientes, que el poeta retrasa deliberadamente.

**f** *En este contexto, ¿qué valor adquiere la queja de la anciana sierva que muele trigo para los galanes? [‘13 el concurso...’]*

**g** *¿Qué función desempeñan las palabras que el noble Teoclímeno dirige a los pretendientes? [‘13 el concurso...’]*

La prueba del arco, que Penélope planea, es un recurso característico de los cuentos folclóricos. Sólo el héroe puede superar la prueba y obtener así la mano de la princesa (en nuestro relato, naturalmente, de la reina).

**h** *Comenta cómo va creciendo la tensión narrativa en este episodio. ¿Cómo finaliza el capítulo? [‘13 el concurso...’]*

En el capítulo [‘14 la matanza de los pretendientes’] la acción se precipita y adopta un tono épico.

**i** *¿En qué aprecias el carácter épico de la escena? La aniquilación de los pretendientes, ¿tiene también algo de castigo divino? ¿Por qué?*

Odiseo da muestras de su talante en la actitud que muestra ante sus antiguos servidores [‘14 la matanza...’] y ante la muerte de los pretendientes.



## el profanador de textos

**i** ¿Cómo acoge las súplicas de Medonte y Femio, y qué resuelve hacer con Melantio y con las siervas infieles? ¿Qué nueva concepción moral, diferente a la de los héroes de la 'Ilíada', suponen las palabras de reproche que Odiseo dirige a Euriclea? ['14 la matanza...']

Penélope se resiste a reconocer a su marido, pese a todas las apariencias.

**k** ¿Parece lógica su actitud? ¿Qué ardid ingenia la fiel esposa para reconocer a Odiseo? ['14 la matanza...']

**6** El capítulo final tiene un carácter de epílogo, pues tras aniquilar a los pretendientes, el reencuentro del héroe con su esposa da satisfacción a uno de sus principales anhelos; sólo le resta recuperar su sólida posición en el reino e imponer la paz. El encuentro con su padre, por otro lado, reproduce en parte el esquema de la escena desarrollada con Penélope.

**a** ¿En qué sentido? ['15 paz en las islas']

**b** ¿Qué comentario te sugiere -l hecho de que el noble Laertes viva retirado y dedicado a las labores agrícolas?

**c** ¿Qué organización social comporta la asamblea pública en que se reúnen los ciudadanos de Ítaca?

Tras un breve enfrentamiento, en el que Laertes mata significativamente al padre del pretendiente Antínoo, los contendientes hacen las paces.

**d** ¿Qué sentido cobra, desde la nueva concepción política y social, el triunfo del orden y un final feliz presidido por la paz y la concordia?

### Segunda parte: Personajes

**1** El héroe que da nombre al libro es el que acapara la mayor atención del lector. Odiseo es el personaje que, con su viaje por un Mediterráneo mítico, vertebra el poema homérico y la obra de Rosemary Sutcliff. Tal y como ocurre en la 'Ilíada', a menudo la suerte del héroe está en manos de los dioses.

**a** Consulta la ['i: introducción'] y anota la razón por la cual Palas Atenea protege a Odiseo. ¿En qué ocasiones la ayuda de la diosa resulta decisiva para el sufrido navegante? ¿Qué otro dios le presta también su auxilio? En cambio, ¿qué divinidad se le muestra hostil y por qué motivo?

De entre los héroes griegos que participaron en la guerra de Troya, sólo Odiseo parece capacitado para

sobrevivir al enfrentamiento con monstruos y usurpadores, debido a sus cualidades especiales. Muchos de los grandes héroes de la epopeya anterior son fuertes y valientes, pero crueles, orgullosos y temerarios, lo que acaba por provocar su perdición.

**b** En cambio, ¿qué cualidades bien distintas muestra Odiseo en el episodio de Polifemo o en el modo en que aborda la amenaza de los pretendientes?

Odiseo es, sobre todo, un aventurero curioso y astuto que se vale de la inteligencia o el engaño antes que de la fuerza.

**c** Comenta en qué otras situaciones destaca más su inteligencia y astucia. Sin embargo, ¿qué imprudencia comete con Polifemo? ¿Cuándo se comporta con crueldad y violencia como los héroes de la 'Ilíada'?

**d** ¿En qué ocasiones da muestras de ser un inquieto y curioso viajero?

Pese a que goza de la protección de Atenea, Odiseo es en buena medida dueño de su destino. Su prudencia y pragmatismo, su constancia y capacidad de sacrificio, su dominio de sí mismo y la generosidad con sus sirvientes, su lealtad con los compañeros y la fidelidad a su tierra y a su familia hacen del héroe un personaje plenamente humano, mucho más próximo al lector que los protagonistas de la 'Ilíada.'

**e** El gran héroe Aquiles es hijo de la diosa Tetis y del rey Peleo. ¿Cuáles son los ascendientes de Odiseo? (Consulta 'personajes.') ¿En qué contrastan con los progenitores de Aquiles? ¿Qué influencia tienen sobre su personalidad?

## el profanador de textos

**f** ¿Cuándo pone el héroe en juego las cualidades mencionadas anteriormente y cómo influyen en sus distintas aventuras? ¿Cuál es su sentimiento más firme y arraigado?

Odiseo es, por tanto, un héroe de nuevo perfil que en muchos aspectos contradice los valores aristocráticos de los héroes de la 'Ilíada': habilidoso artesano que construye una balsa o su propio lecho conyugal, diestro narrador de sus aventuras que no tiene empacho en mentir o inventar falsas historias sobre su identidad.

**g** ¿Cuál de sus acciones en la aventura de Polifemo o en su palacio de Ítaca hubiera repugnado a la nobleza antigua? ¿En qué ocasiones se inventa historias para lograr su propósito?

Los filósofos de la antigüedad tomaron a Odiseo como modelo de sus diferentes concepciones del hombre: para los estoicos era la encarnación del sabio impasible al dolor y en acuerdo con la naturaleza; para los cínicos representaba el modelo de hombre que desprecia el placer y es indiferente al insulto o a la alabanza; los neoplatónicos vieron en sus aventuras el viaje purificador del espíritu hasta la unión triunfante en el Uno. Otros, en cambio, lo consideran un villano sin moral, digno descendiente de su abuelo Autólico.

**h** ¿Hasta qué punto pueden estas interpretaciones aplicarse a Odiseo?

**i** De manera general, y por oposición al héroe épico, ¿por qué podríamos decir que el personaje es un prototipo de la humanidad?

**2** La relevancia que los personajes femeninos adquieren en la obra es tan notable e inusual que incluso ha dado pie a que se atribuya la autoría de la 'Odisea' a una mujer. Circe, Calipso y Nausícaa son seducidas por los encantos de Odiseo.

**a** Ensayo un retrato de estos tres personajes. ¿Qué tipo de mujer representan Circe y Calipso? Calipso quiere retener al héroe, ¿pero complacería a Odiseo una vida como la que Calipso le ofrece? ¿Qué diferencias hay entre las tres mujeres citadas?

Una cierta ambigüedad planea sobre Penélope, que pasa por ser prototipo de la fidelidad.

**b** Caracteriza a la esposa de Odiseo teniendo en cuenta su actitud con los pretendientes y con Odiseo, cuando éste regresa finalmente a Ítaca.

La preponderancia de las figuras femeninas se advierte incluso en algunos personajes menores, como Arete y Helena.

**c** ¿Qué papel parecen tener estas mujeres en relación con sus respectivos esposos?

**3** Otro de los rasgos originales de la obra, sobre todo cuando se la compara con una epopeya como la 'Ilíada', es el papel que en ella desempeñan los personajes plebeyos.

**a** ¿Qué decisiva función cumplen Eumeo y Filetío? ¿Qué interés tiene el que dicha función la desempeñen justamente dos siervos? ¿Qué otros miembros de la servidumbre destacarías y por qué? ¿Qué relación establece Odiseo con ellos?

La sensibilidad del poeta para con los humildes se manifiesta en las escenas en que relata el reconocimiento del héroe por su perro Argos y por Euriclea, la anciana nodriza.

**b** ¿Qué destacarías de esas escenas? El encuentro con su hijo Telémaco y el reconocimiento por su esposa, ¿tienen el mismo tono?

**4** Entre los abundantes personajes de la obra, tanto fabulosos como realistas, hay algunos que cobran especial relieve; es el caso de Polifemo, entre los primeros, y de Alcínoo, entre los segundos.

**a** ¿En qué aspectos podemos considerar al cíclope Polifemo como el polo opuesto de Odiseo? Pese a su condición de antropófago y a su terrible aspecto, ¿qué otros rasgos bien distintos destacarías en él?

A diferencia de la epopeya anterior, la 'Odisea' —y también la versión de Sutcliff— nos ofrece un retrato de la sociedad cortesana.

**b** ¿Qué tipo de soberano simboliza la figura de Alcínoo? ¿Qué actitud adoptan Néstor, Menelao o Alcínoo ante sus visitantes?

### Tercera parte: Temas. Contexto social

**1** La pasión por la aventura y el riesgo, junto con el interés por descubrir tierras nuevas y exóticas hasta entonces ignoradas, constituye uno de los temas claves del viaje marítimo de Odiseo.

## el profanador de textos

**a** ¿En qué aspectos y episodios de la obra se advierte la importancia de este tema?

La ‘Odisea’ se compuso hacia el siglo VIII aC, época en que se inicia la expansión de los comerciantes y colonos griegos por el Mediterráneo.

**b** ¿Por qué razones este poema épico debió de resultar una historia apasionante? ¿A qué podemos atribuir entonces la elección del escenario en que transcurren las aventuras de Odiseo? ¿Qué facetas del comportamiento del héroe, de sus móviles y sus virtudes, se corresponden con una sociedad basada más en el comercio que en la actividad guerrera?

**c** ¿Qué elementos realistas y fabulosos se combinan en la obra? ¿Qué trasluce esa mezcla de verdad y fantasía?

En estrecha conexión con el espíritu aventurero se halla la concepción de la vida como un proceso de formación, y, derivado de éste, el afán de conocimiento, la curiosidad intelectual del hombre que, arrumbando el pensamiento mítico, pretende develar todos los misterios de la naturaleza desde una perspectiva racionalista. En el [‘actividades: segunda parte: l.d’] hemos considerado la insaciable curiosidad de Odiseo.

**d** Cuando Odiseo llega por fin a Ítaca, ¿por qué podemos decir que es una persona distinta de la que partió a la guerra de Troya? Aunque en menor escala, ¿sucede otro tanto con su hijo Telémaco? ¿Por qué?

**e** ¿Qué cualidades pone en juego el héroe para vencer las amenazas de la naturaleza o los reveses del destino?

**f** ¿A qué importantísima faceta de la cultura griega antigua responde esta actitud intelectual?

**2** El amor y la nostalgia de Ítaca y de Penélope son dos constantes temáticas recurrentes a lo largo de la obra. La añoranza de su tierra es además el móvil principal del paciente y sufrido navegante.

**a** ¿Qué personajes femeninos mantienen relaciones amorosas con Odiseo? ¿Corresponde siempre el esforzado héroe voluntariamente? ¿Qué tiene el protagonista de seductor y de seducido? ¿Hay alguna relación entre el amor, la experiencia vital y la aventura?

Más de un lector advertirá una contradicción entre las aventuras amorosas de Odiseo y su lacerante añoranza de Penélope. Sin embargo, y dejando de lado el hecho de que el concubinato en la Grecia clásica no era infrecuente.

**b** ¿Qué parece predominar en el héroe, la añoranza de su ‘esposa o la nostalgia de su rocosa isla de Ítaca?

**3** Un tema de menor calado, que domina especialmente en la tercera parte de la obra, es el de la venganza, que lleva aparejadas la recuperación del honor, del poder y del orden en el hogar y en la patria de Odiseo. El predominio de estos temas coincide con un cambio significativo respecto a la parte de las aventuras marinas.

**a** ¿En qué difieren esas dos partes?

Odiseo emprende una sangrienta venganza para recuperar su prestigio personal y recomponer el orden político.

**b** En dicha actitud, ¿qué reminiscencias hay de la escala de valores propia de los héroes de la *Íliada*?

**4** El trabajo manual como actividad dignificadora del hombre es un rasgo característico del espíritu burgués. En la obra, reyes o personajes nobles como Odiseo, la princesa Nausícaa o el anciano Laertes acometen

trabajos que la sociedad aristocrática consideraba humildes o propios de esclavos o clases inferiores.

**a** ¿Qué tipo de trabajos realizan los personajes aludidos?

**b** ¿Cuáles son los principales defectos que motivan la crítica y el desprecio hacia los pretendientes y en qué medida responden a una perspectiva ética y social de carácter burgués? ♣